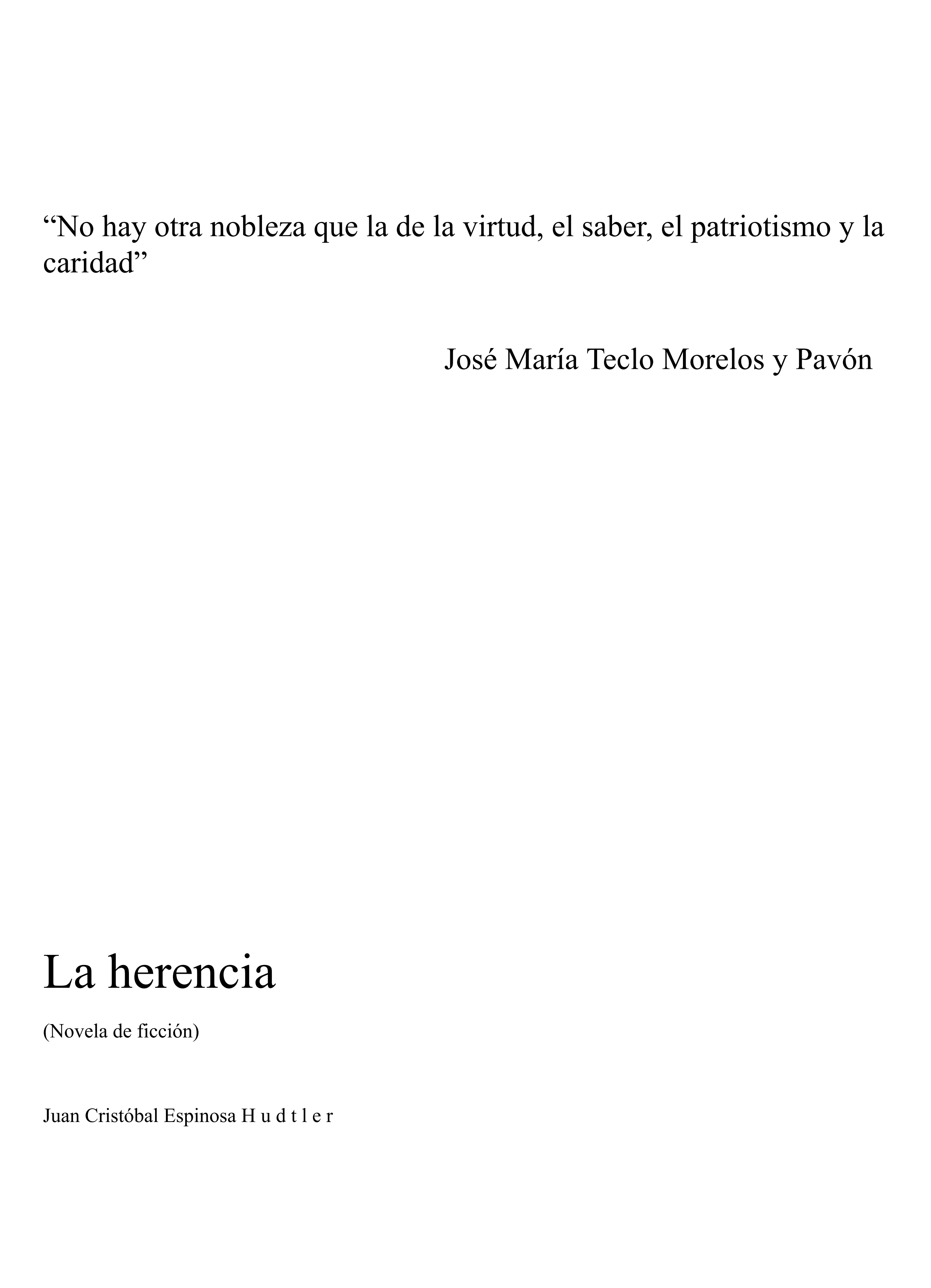


“No hay otra nobleza que la de la virtud, el saber, el patriotismo y la caridad”

José María Teclo Morelos y Pavón

La herencia

(Novela de ficción)

Juan Cristóbal Espinosa H u d t l e r

- La encomienda

Al llegar a la oficina me encontré con la mirada compasiva de Yadira, la secretaria de Don Doroteo Martínez y mi compañera de trabajo, lo que me hizo suponer que el jefe estaba disgustado conmigo; ahora lo importante era saber la razón, pensé.

-Buenos días, Yadira, ¿A qué viene esa mirada de misericordia?- Ella haciéndome una señal con el dedo apoyado en sus rubicundos y voluminosos labios me indicó que me callara y, agitando la mano, me señaló que siguiera de frente. Entonces me dirigí al despacho del Sr. Martínez para darle los buenos días. Estaba de muy mal humor y echaba humo por la nariz, la causa de lo primero me era desconocida, la segunda era por el cigarro que mantenía muy apretado entre sus opacos dientes mientras bufaba como un toro.

-¿Qué tal está?- le pregunté, aprovechando que tenía la mirada dirigida hacia unos documentos que leía con atención.

-¿Ya se enteró?- me inquirió, sin responder a mi saludo ni levantar la vista.

-¿De qué?- contesté fingiendo inocencia. Simulé que no me imaginaba en absoluto de lo que se trataba porque las últimas semanas había cometido errores garrafales en los trámites y gestiones de documentos oficiales o demandas. Como era lógico, el resultado era que ya le estaba colmando la paciencia a don Doroteo por los disgustos que le habían ocasionado los clientes, al quejarse de mi ineptitud para realizar cosas tan simples como las que se me encomendaban.

-Pues, ¿de qué va a ser? Otra vez metió la pata con los documentos de los Domínguez,- se levantó bruscamente, arrojó su cigarrillo a la papelera con extrema puntería y me cogió por las solapas del saco.- ¿Sabe cuánto dinero vamos a perder por sus tonterías?- me miró y soltó la cifra de quince mil pesos deletreándola con ironía.

-Lo siento de verdad, Señor Martínez, no sé qué me pasa. Eso nunca me había sucedido antes, es que… -No me dejó explicarle que me encontraba un poco turbado emocionalmente y que le había perdido el interés a la abogacía.

-Mire, le voy a dar la última oportunidad de que se reivindique conmigo, pero

esto lo hago más por usted que por mí. Hay una gran herencia de muchos terrenos, casas y cuentas de banco que no se pueden cobrar porque el difunto, que en paz descanse, nunca se preocupó de poner los documentos en orden y, claro, ahora no se puede hacer nada. Mejor dicho,-aclaró mirándome con sus pequeños ojos penetrantes-, sí se puede hacer mucho, tanto, que quiero que se ocupe usted del asunto y hasta que no lo resuelva no quiero verlo por la oficina. Yadira le explicará lo que tiene que hacer, vaya y pregúntele por los detalles.-Me miró con los ojos a punto de explotar, sentí su aliento con olor a tabaco fino con aroma de vainilla y su insoportable bilis agria, así que me di la vuelta y fui a ver a Yadira.

Por un cortísimo instante pensé que había llegado el momento de tirar la toalla y echarlo todo por la borda y dedicarme a hacer lo que realmente me interesaba. Tal vez, me había llegado mi hora y lo mejor sería irme dejándole tirado todo el trabajo a don Doroteo y no volver, pero un pequeño chispazo de autoestima y amor propio me obligó a mostrar que tenía agallas. No iba a darme por vencido tan fácilmente, me prometí a mí mismo que esa sería la última tarea que cumpliría antes de renunciar con todas las de la ley. Traté de no dejarme llevar por los recuerdos de mi infancia pero la imagen imperiosa de mi padre apareció de nuevo diciéndome, cuando era un mocoso, que de grande sería abogado y que tenía que cumplir con los requerimientos de la ley para hacer justicia aunque tuviera que morirme en el intento. Sus palabras resonaron como platillos dentro de mi cabeza, retumbaron con crueldad y solo pude librarme de ellos en el momento en que llegué al escritorio de Yadira que levantó la mirada y me dio una carpeta de color amarillo.

-Mira,-dijo con su hermoso acento habanero y su voz aguda-, aquí está toda la información. Por desgracia hay muy poca cosa, chico, y todo está patas arriba. Los documentos,- continuó diciendo, mirándome con sus enormes pestañas rizadas y acomodándose el incómodo sostén que contenía el fuerte empuje de su respiración (dicho hábito era una forma automatizada que repetía varias veces durante el día, algunos clientes adoraban esos movimientos y tardaban más de lo habitual en saludarla o despedirse de ella cuando se aparecían sin motivo alguno por el bufete) -solo muestran.-continuó- el nombre del bisabuelo, el cual, por desgracia, no lleva el apellido de sus descendientes, aunque todos afirman que eso está relacionado con las peripecias que el rico hacendado tuvo que urdir para engañar a sus enemigos durante el paso del Porfiriato a La Revolución y de ésta a La Guerra Cristera, así que ármate de paciencia y empieza a buscar algunas

pistas que te lleven al meollo del asunto y no te eche del trabajo el jefe. ¡Ah, perdona que no te lo haya dicho al principio!,-gritó de pronto-, pero es que con tantas prisas una tiene que hacer maravillas, mi amor, ya tú sabes, pues, que se trata de una gran herencia de muchas tierras, ganado y haciendas en Zacatecas y Aguascalientes. Mira y estudia los documentos, si no entiendes algo, llámame y ya te lo investigo, papito. -Le di las gracias a la mulata cubana con la esperanza de que esa no fuera la última vez que la trataba como colega, ella me mandó un beso soplando sobre sus dedos de forma muy sensual y fue cuando entendí por qué nuestro vecino, el señor Pedrito, la adoraba tanto.

Salí del edificio donde se encontraba nuestra oficina y bajé por la calle Cinco de Mayo hasta llegar a la cafetería donde se reunían los abogados para comentar los chismes del día. No sé si exista en otro lugar un sitio tan singular como la cafetería El Águila, que no tiene nada de peculiar, salvo que fue fundada a principios del siglo XX por un comerciante muy rico y poderoso. Con el paso de los años había perdido su opulencia para servir de punto de reunión a los letrados, jubilados y en función, que se daban cita todos los días, incluyendo los fines de semana, para acordar transacciones, decidir juicios, crear conspiraciones y hacer todo tipo de chanchullos para que los jueces en los juzgados decidiera las sentencias a su favor.

Un ser muy característico en este local era el licenciado Chepe, un hombre muy astuto, que se sabía las leyes al derecho y al revés, que usaba el pequeño comercio de café como oficina personal y no le importaba dar consultas a cualquiera que se lo pidiera a cambio de un café con leche o una sabrosa comida; todo dependía de lo complicado del caso que se le planteara. Don Chepe, ni siquiera era abogado pero de oídas habría podido presentar una tesis en cuestiones laborales, civiles o penales y defenderla, sin lugar a dudas, con mención honorífica. Era por eso, que las personas que no tenían dinero para pagarse un abogado de renombre se dirigían a él y, en la mayoría de los casos, salían victoriosos de sus disputas legales gracias a la enorme sabiduría y experiencia del simpático anciano.

Entré y le pedí a una camarera baja y fortachona unos huevos fritos bañados con salsa picante, un café con leche y un bísquet, e inmediatamente me fui a sentar a la única mesa que quedaba libre y muy encajonada a un lado de la ventana. En cuanto me senté y levanté la vista para buscar a la mesera, la mujer ya estaba a mi lado, colocó frente a mí un enorme plato llano con los huevos y un platito con

el bísquet. Cualquiera habría pensado que el servicio del establecimiento era el mejor del país. Sin embargo, el que me hubieran atendido tan rápido se debía, en primer lugar, a que a esa hora el menú estaba compuesto de tres combinaciones de platos y en la repisa que había a un lado de la cocina, surgían las porciones de huevos como las flores en primavera. Los preparaban con salsa, fritos o con jamón, así que las camareras solo iban por lo que necesitaban y lo servían al instante.

La ceremonia del café, otro atractivo del establecimiento, iba acompañada de un chorro marrón oscuro vidrioso, semejante a una serpiente líquida de cristal, que dejaba caer la camarera desde lo más alto que le permitía su brazo levantado, el sonido del choque del café con la leche producía unas burbujas deliciosas y excitantes que se agrandaban vistas a través de los vasos, los cuales al semejarse a una lupa, dejaban también, entre ver la liga aprisionadora en los muslos que cada encargada descubría al estirarse tanto, entonces era imposible comprender qué causaba más deseo, si el muslo regordete aprisionado o la ansiedad de ingerir cafeína lo antes posible. Le di las gracias a la complaciente camarera y se retiró.

En ese momento Don Chepe, quién estaba sentado a dos mesas de distancia debajo del enorme y elevado candil del salón, contaba una de sus famosas anécdotas que le había dado una envidiable popularidad. Había varios practicantes de derecho riéndose a sus costillas, pero en el momento en que el anciano comenzaba a remedar e interpretar las voces de los jueces y abogados que conocía, las cuales le salían casi idénticas, cerraban el pico para disfrutar más de lo cómico del espectáculo. Como me sabía al dedillo las historias de don Chepe decidí echarle una ojeada a los papeles que me habían dado en la oficina.

Al ver unas pocas cartas en manuscrito con mala caligrafía y las viejas copias de documentos oficiales que contenía desistí y me relajé. Oí las divertidas historias de don Chepe, solo para confirmar que el divertido octogenario bonachón gozaba aun de buena salud y sentido común. Don Chepe era muy bajito y llevaba una barba al estilo de Alonso Quijano que en su fino rostro de afilado perfil se tornaba en medieval caballeresco, a pesar de eso, cuando se le veía paseando por la calle era muy fácil asociarlo con un gnomo travieso, dado su andar enérgico, rítmico y alegre. Así que escuché por enésima vez la historia del juez que no entendió a don chepe cuando le propuso, en broma, que resolviera un acertijo muy popular en los juzgados, pero que por desgracia, era

desconocido por ese ilustre magistrado y el final fue trágico.

-Mire, señor juez,- decía don Chepe con un aire de majestuosidad imitándose a sí mismo- nuestro caso es como el del hombre al que le propusieron salvarse dando únicamente la respuesta correcta a un acertijo cuando fue apresado por una tribu africana. La situación era esta, escuche con atención.

Un explorador cayó en manos de unos aborígenes y para morir con honor se le ofrecieron dos posibilidades, debía decir una frase que de ser cierta moriría envenenado y de ser mentira moriría en la hoguera. Sin embargo, con la frase que dijo el hombre no pudieron condenarlo. ¿Sabe Ud. cuál fue, señoría?

-Don Chepe hizo una pausa para recibir las ovaciones de los presentes, al igual que lo había hecho entonces en aquel juzgado,- Todos disimulaban la risa,- susurró con voz chillona don Chepe, - mientras todo mundo reía por lo bajo, el juez con su actitud heló cualquier intento de burla o escándalo, puesto que estaba muy pensativo. Pasaron unos segundos y toda la gente notó que el juez, en realidad, estaba tratando de resolver el acertijo, con gran sorpresa lo miré,- decía don Chepe como si estuviera contando una historia de terror,- sin poder creer que tan alta autoridad se tomara la molestia de resolver una nimiedad conocida, incluso por los niños, entonces se me escapó la siguiente frase,-agregó aullando como un lobo-

*"Vamos, hombre, ¿no se lo estará usted tomando en serio, verdad señor juez? Sí todos saben que…*No pudo terminar su frase porque el juez dijo: *"Moriré envenenado"*

-Por un instante, don Chepe sintió que había llegado demasiado lejos proponiéndole ese tonto acertijo al juez, y éste aprovechándose de la ocasión para sacar alguna sorpresa con su característico ingenio, había dado la respuesta incorrecta. No obstante, el temor de don Chepe era infundado porque el juez estaba hablando en serio, completamente convencido de que su respuesta era la correcta. Luego don Chepe, sin pensarlo explicó:

"Señoría, el explorador dijo que moriría en la hoguera y como para morir en la hoguera la frase tenía que ser falsa, no pudieron quemarlo; y para morir envenenado la frase tenía que ser verdad, por lo tanto también se salvó del envenenamiento. No es posible que sea usted tan tonto."

De pronto, el juez advirtiendo que estaba quedando en ridículo, tomó lo primero

que tenía a mano, que era un martillo de madera, y se lo lanzó a don Chepe, éste alcanzó a esquivarlo pero se cerró la sesión y después, como era de esperarse, don Chepe perdió el caso. A partir de ese día, todos los que se lo encontraban por las salas de los juzgados, en la calle o la cafetería, en lugar de saludarlo, le decían:

"Don Chepe, morirás de un martillazo, ¿eh?"

Después de disfrutar del divertido chascarrillo, recordé que ya llevaba casi dos años oyéndolo. Había seguido una línea rutinaria compuesta de los encargos que me daba don Doroteo, encuentros amorosos ocasionales con María, visitas a la facultad de derecho y tardes divertidas ambientadas con las bromas y chistes de abogados que tenían formada aquí su abadía del café El Águila. Me cuestioné nuevamente sobre mi futuro como abogado y no me causó el más mínimo sentimiento de alegría o satisfacción, por el contrario, experimenté el pesar de convertirme en un viejecillo fracasado pidiendo limosnas en un café divirtiendo como humorista a los miembros de la abogacía que eran mucho más sagaces que yo. Me dieron ganas de irme en seguida, así que pagué la cuenta y me fui hacia el teléfono del local para llamar a María, con quien, unos días antes había quedado para ver una película que nos tenía en ascuas por la publicidad que se le había hecho y, además, porque aparecía en el papel principal Al Pacino, quién tenía según palabras de María, un parecido enorme conmigo. Yo siempre le decía que eran sus figuraciones y que de ser ciertas tendría que compararnos al revés, pues siendo tan famoso Al Pacino, lo normal era que me comparara a mí con él y no a la inversa, pero a ella eso no le importaba nada y seguía irritándome, llamándome Al.

A decir verdad, no éramos muy adictos a ver películas en una sala de cine con olor a palomitas rancias, violada a menudo, por los gritos, las risas, las malas críticas y comentarios soeces de los espectadores. Esta vez, no teníamos más remedio que ir porque habían llevado a la pantalla la historia real de un hombre que se metió a robar un banco para hacerle a su amigo la operación de cambio de sexo. Sentíamos el morbo de verla y para satisfacer la curiosidad pensamos que valía la pena dejar nuestros prejuicios. Además, habíamos leído una crítica de "*Tarde de perros"* en el suplemento semanal del periódico y creíamos que esa película sería muy reconocida en las premiaciones del Oscar en Hollywood, cuando se celebrara dicho evento.

María era diez años mayor que yo y, a pesar de que en ocasiones tenía sus malos

ratos, nos compaginábamos muy bien, además salíamos sin ningún compromiso moral o sentimental. Lo que más nos importaba era pasar un rato agradable obteniendo cada uno la ansiada satisfacción y placer que nos podíamos proporcionar mutuamente. Estaba divorciada, no tenía hijos y trabajaba como secretaria en una oficina de venta de electrodomésticos, tenía mucho tiempo libre y le gustaba leer. Fue precisamente ese amor por los libros lo que nos había unido por casualidad porque un día fui a su oficina a entregar unas facturas y, mientras esperaba que me revisaran los documentos, entablé conversación con ella. Unos cinco minutos después, ya habíamos hablado de Franz Kafka, Guy de Maupassant y Antón Chejov, habíamos conversado de literatura como si fuera una conversación sobre el estado del tiempo.
Luego supe que esos cuentistas eran sus escritores preferidos y decidí regalarle unos libros de otras historias cortas que consideré adecuadas para su temperamento práctico y realista.

Un día, me llamó a la oficina para invitarme a comentar un libro que en especial le había gustado y quedamos de vernos en una cafetería muy popular de La Zona Rosa. Llegó muy ataviada con un pañuelo blanco con estampados de flores y un vestido rojo entallado que realzaba su esbeltez y lo largo de sus piernas. Llevaba el pelo recogido y el maquillaje modesto que la hacían semejarse a una bailadora de flamenco antes de su participación en el tablado. El libro que me comentó fue el de *los cuentos misóginos* de Patricia Hightsmith, luego tratamos el tema de *El Varón Domado* de Ester Vilar, *La Romana* de Alberto Moravia, después, por el calor de la conversación y alguna palabra erótica que nos hizo remitirnos a Xaviera Hollander, el aire y la luz se tornaron más íntimos y seductores, volaban sobre nuestras cabezas ideas que entibiaban la atmósfera impregnándola de deseo y algunos vecinos de las mesas contiguas comenzaban a sentirlo, fue por eso que decidimos que lo más prudente sería continuar la conversación en un sitio más íntimo, así que María me propuso que la acompañara a su casa.

Ella vivía en una habitación alquilada que era parte de una casa con un estrecho patio y un enorme zaguán rojo. No estaba lejos del centro, según María era una ganga porque el alquiler era ridículo y además, la dueña, una viejita muy modesta la tenía en gran estima y la consideraba su amiga o, tal vez, su propia hija.

Pasamos una noche romántica untándonos de pasión el uno al otro, con quejidos de placer y sudor consagrado, divirtiéndonos con juegos eróticos y risas pícaras.

Dormimos unas cuantas horas y a la mañana siguiente, muy amodorrados, salimos, ella para ir al trabajo y yo para la universidad.

En muchas ocasiones prefería mejor quedarme con María acostado en la cama que ir a escuchar las lecciones de derecho romano que nos impartían en la universidad profesores de segunda. Por desgracia, ese día era imposible proponérselo a María porque las obligaciones que teníamos nos lo impedían. Llevábamos dos años juntos y teníamos una amistad que nos satisfacía en todos nuestros deseos y necesidades, por eso la relación iba avante.

En realidad, salíamos poco porque a mí me acomplejaba demasiado que me vieran con una mujer que me sacaba, sin tacones, diez centímetros de altura. María era muy bonita, tenía unas facciones que habrían envidiado las fotomodelos o las actrices de Hollywood, pero no fue tan agraciada en otros aspectos porque tenía más cintura que caderas y los hombros tan anchos como los de una nadadora olímpica alemana. A parte, su voz, que era un poco masculina y en muchas ocasiones cuando nos escuchaban conversar nos tomaban por un par de amigos que se habían encontrado para tomar una cerveza y conversar en el bar. Ella era muy femenina en sus maneras, pero por las dimensiones de su cuerpo a algunos hombres les parecía que era un travesti cuando la miraban de espaldas, no obstante, era suficiente que alguien viera su fino rostro de adolescente tardío, en el que la tersura servía de prohibición al paso del tiempo, para que quedara prendado de su belleza para siempre.

- Datos preliminares

-Buenos días Adalberto, ¿Qué tal estás?- Fue el saludo menos cordial y más lleno de ironía que había recibido de la casera hasta entonces. Bien sabía que era por el retraso que llevaba con las mensualidades del alquiler y que se le estaba terminando la paciencia a la casera.

-Más o menos, señora Chelo, sigo esperando que mi jefe me dé el adelanto que me prometió, pero no veo el día.- Pareció que esas palabras fueron suficientes para que se enfadara, entrara al trapo y me dio el embiste.

-Pues, hijo, lo siento mucho pero si este mes no me saldas tu deuda tendré que

sacarte de patitas a la calle con todas tus cositas.

-No se preocupe, ya verá que el día veintiocho le traigo todo el dinero.

-Pues más te vale que así sea porque mi marido ya me la sentenció, tú ya lo conoces, que pierde la paciencia y anda golpeando a quien le quiera ver la cara de tonto o a quién le deba dinero. Hazme caso, no vaya a ser la de malas y acabes en el hospital, que conste que te lo he advertido, ¿eh?

-No se apure, señora Chelo, ya sabe que soy hombre de palabra y de ley.

-Bueno, ándale, ya vete a descansar que traes una carita de desvelado que no puedes con ella.

Subí por las estrechas escaleras de cemento, caminé hasta el fondo de la segunda planta y abrí la cerradura de mi pequeño cuarto, cerré la puerta metálica con cristales cuadrados, típica de este tipo de viviendas, y me eché en el pequeño diván que me servía de cama. Me quedé dormido. Cuando desperté en el patio de la casa los niños de la señora Chelo estaban armando una trifulca con su perro que no dejaba de ladrar. Entonces me acordé de que llevaba dos días sin ni siquiera leer los documentos que me había dado Yadira.

Abrí la carpeta. Había una fotografía muy vieja y obscurecida de un documento que, pensé, sería de principios o mediados del siglo XIX porque en el sello que tenía mostraba un águila posando de forma frontal, mirando a la derecha, con las alas abiertas y un gorro de frigio semejante a un gran sol, idéntico al que se usaba en la época de Porfirio Díaz. Por desgracia, la letra con que habían escrito el documento era muy lúcida pero inteligible por lo borroso de la imagen, ya que, con seguridad, se había tomado de prisa y con una cámara que requería de mucho tiempo para su instalación. Había otra foto más pequeña y mucho más nítida, era un retrato en colores sepia, sucia, muy arrugada con las esquinas desgastadas, en la que aparecía un hombre de unos treinta y tantos años, llevaba el pelo corto, tenía la frente amplia, los ojos redondos, claros y nobles, cercados por unas cejas muy espesas, tenía la boca bastante pequeña, pero con el labio inferior protuberante, la nariz respingona y tenía un hoyito en el redondo mentón. Su aspecto era la de un ser bastante lúcido e inteligente, llevaba puesta una chaqueta oscura, una camisa blanca y una corbata que tenía el nudo pequeño y medio oculto por el ancho cuello sin puntas de la camisa, el cual estaba sujeto por dos botones pequeños. Al reverso, estaban escritas las iniciales J L M y el apellido Luévano. Acopladas con un clip estaban tres copias de las actas de

nacimiento de los hermanos Zurita Vargas, Adrián, el mayor, Heraclio el medio y Teclo el menor, que habían sido registrados en el estado de Aguascalientes entre los años 1920 y 1925. Aparte, había una carta dirigida a María de las Nieves y otras dos solo con el nombre Nieves firmadas por José Luis M Luévano. Por último, garrapateados en un papel amarillento, que estaba a punto de deshacerse, estaban escritos los últimos deseos de José Luis Luévano de que se les adjudicaran sus propiedades a su esposa María de las Nieves Miranda Díaz y a su hijo José Juan Luévano Miranda. El papel tenía unas manchas de sangre, tal vez de tinta aguada o quizás café, que por el color eran semejantes a esos líquidos, pero era imposible adivinar exactamente de cuál provenían.

Después de analizar con calma los papeles que me habían encomendado llegué a la conclusión de que la foto borrosa era de alguno de los documentos de propiedad del señor Luévano; que la otra foto era el retrato del mismo testador; la hoja amarilla manchada era un testamento improvisado y; las cartas eran las misivas de amor que le había enviado José Luévano a su prometida María de las Nieves. No había ninguna relación con los hermanos Zurita, cuyos padres deberían haber nacido en la época de la revolución y no eran, en ese momento por falta de pruebas, descendientes de José Juan Luévano. Este debería figurar como abuelo o, en último de los casos, como tío abuelo, si hubiera tenido éste algún hermano o hermana emparentado con la familia Zurita. Lo cierto es que tenía claras dos cosas, la primera era que había un vacío insalvable entre los hermanos Zurita y los Luévano, en la historia de esta herencia, y la otra, que mi jefe se estaba burlando abiertamente de mí.

Tuve un intenso deseo de llamar a la oficina y decirle a Don Doroteo Martínez que si de esa manera quería echarme del trabajo, sería mejor que me lo dijera en mi cara y yo lo aceptaría con todo el dolor de mi corazón. Por fortuna, lo entendí después, no podía hacerlo, ya que para llamar a la oficina tenía que ir a la cantina que teníamos enfrente de la vecindad y pedirle de favor a don Nacho que me permitiera llamar desde su teléfono y no quería hacerlo. Además, la posibilidad de pedirle a la señora Chelo que me dejara hacer la llamada desde su aparato, delante de su fortachón y furibundo marido, más aparte el tema de la conversación que mantendría con Don Doroteo y las trágicas consecuencias que todo esto acarrearía, me quitaron toda la intención de hacerlo. De tal forma que esperé hasta el día siguiente para hablar directamente con mi jefe.

Llegué a la oficina a mediodía, Yadira me saludó sorprendida porque no

esperaba que apareciera por allí, me sonrió como solo ella sabía hacerlo, mostrándome sus enormes dientes blancos y sus sensuales labios que al pronunciar el "Buenos días" parecía que estaban expectantes y sedientos de un beso. La saludé y, al darme cuenta de que el jefe ya estaba en su despacho, me fui directamente a verlo.

-Oiga, Don Doroteo,-le dije sin saludarlo-, la verdad es que no entiendo nada del asunto que me ha dado, ni siquiera me imagino cómo se podría encontrar una relación familiar entre personas de diferentes apellidos. Además, solo tengo unas cuantas cartitas de amor, un testamento a punto de desintegrase y dos fotografías, ¿qué puedo hacer con eso?- Él me miró con ironía y mordió con fuerza su cigarrillo, señal de que se disponía a darme una cátedra o una regañiza del carajo. Se acomodó en su sillón, haciendo rechinidos en su butaca que era a la vez su mecedora, y me indicó con la mano que me sentara en la silla que tenía destinada a los acompañantes de sus clientes.

-Mire**,** Adalbertito,-lo dijo con una ironía hiriente-, durante el período del Porfiriato y hasta que se terminó la Revolución Mexicana, incluyendo el desmadre que se armó con la Guerra Cristera o Cristiada, sucedieron en el norte de México infinidad de cosas que en nuestra época resultan muy difíciles de creer. Hubo hombres que robaron, que murieron por defender una causa, que traicionaron a su patria, que aprovecharon el ajetreo para sacar algún beneficio como, violar mujeres o robárselas; o engañar a los incautos y matar a sus enemigos. Así son las revoluciones Adalberto, aparecen las lacras humanas de donde menos se lo imagina uno para recordarnos que la humanidad está muy lejos de ser perfecta.

¿Usted se imagina la situación, verdad? No quiero darle una cátedra de historia porque se supone que todo eso ya lo debía usted saber desde la escuela. Me refiero a lo del ostracismo de Porfirio Díaz, los asesinatos de Madero y Pino Suarez, la usurpación de Victoriano Huerta, el oportunismo de Carranza y el manco Álvaro Obregón y las muertes trágicas de Pancho Villa y Emiliano Zapata. Aparte la absurda situación en que se encontró Pascual Orozco al revelarse contra Madero y enfrentarse a Pancho Villa. –Se aflojó la corbata y apagó su cigarrillo en el cenicero apachurrándolo con saña y mirándome como si yo fuera la colilla que estaba comprimiendo en el cenicero.

Le pidió un café a Yadira y continuó. -Los documentos que tiene en su poder pertenecen a la familia de José Luis M Luévano que durante la época de

Porfirio Díaz era un burgués, con muchas propiedades y tierras en el norte del país, dicho caudal, en parte, le fue concedido por el futuro secretario de Hacienda, el señor José Ivés Limantur cuando ocupaba el puesto de Presidente de saneamiento y que allá por el año de 1902, hizo una gira por los estados de Zacatecas y Aguascalientes y, al conocerse con José Luis Luévano entabló amistad con él y le regaló grandes parcelas de tierra en las que luego fueron construidas grandes haciendas. Sin embargo, cuando empezó la revuelta, primero para echar del poder a Don Porfirio y luego otra por el asesinato de Madero y la usurpación de Huerta, el señor Luévano se las ingenió para que sus propiedades siempre le pertenecieran a las personas en las que se iba convirtiendo según las circunstancias y necesidades, ¿sabe lo que le quiero decir o no?- me preguntó con un aire de superioridad digna de un catedrático y no me quedó más remedio que asentir con un movimiento leve de la cabeza.- Pues, eso quiere decir, querido Adalbertito, que es muy posible que de aristócrata, don José Luis Luévano, haya pasado a ser villista, luego con la llegada de Carranza, se haya vuelto carrancista y en la Guerra Cristera eclesiástico o callista. El asunto,-continuó con voz prepotente y cada vez más alta,- es que por esas peripecias que realizó don José, como, cambiarse de nombre varias veces en los registros civiles, falsificar actas de defunción y unirse en matrimonios ficticios para mantenerse vivo durante el oleaje de violencia que arroyó a México en aquella época y poder salir a flote en el momento en que llegara la paz a nuestra patria y, que por fortuna así fue, ahora los Zurita están en peligro de que les expropien todas sus propiedades.

Lo peor es que cuando el demente anciano se disponía a poner en regla sus documentos, un enfisema pulmonar se lo impidió, al menos eso es lo que cuentan los hermanos Zurita. Para lo único que tuvo oportunidad de hacer, dicen, fue para dejarles a sus descendientes un testamento improvisado, que había guardado en secreto, en el que decía que por voluntad propia les dejaba a sus descendientes toda su riqueza y que se las arreglaran como pudieran sus herederos. Entonces, lo que le toca a usted es irse a escarbar y espulgar en todos los registros civiles e iglesias donde haya testimonios de los artilugios del astuto anciano para demostrar que los hermanos Zurita son los dueños de todo lo que tienen, ¿me ha entendido? –Afirmé murmurando primero y luego para que se me escuchara mejor casi grité que sí.

-Oiga, Adalberto, por cierto, ¿ha leído el boletín oficial del estado?, ¿No? Pues le aviso que va a haber una nueva reforma agropecuaria en Durango, Zacatecas y

Aguascalientes, así que apúrese y que no me lo sorprendan con las manos vacías en el momento en que empiece la revisión de los registros de propiedad y el censo de población. Hay mucho dinero de por medio y sería una lástima que esos mañosos hermanos Zurita quisieran tomar represalias contra nosotros, es decir, contra el ahora responsable del asunto, que es usted. Pienso que lo mejor sería que se apresurara a poner manos a la obra, ¿no cree?- De nuevo asentí balanceando la cabeza pero esta vez con el estómago retorcido porque estaba claro que me habían metido, sin deberla ni tenerla, en un gran lio del que me resultaría difícil salir victorioso.

Por último, don Doroteo le pidió a Yadira que me trajera un fajo de billetes para los gastos que tendría en breve, ya que me había dado la orden de irme inmediatamente en un autobús al estado de Aguascalientes para ponerme en contacto con la madre de los Zurita, la señora Ignacia Vargas.

Yadira llegó muy alegre acompañada de su alegre taconeo rápido y corto que era característico en ella en los momentos más álgidos donde el dinero era el principal protagonista. Una vez confirmada mi partida, le di las buenas tardes a don Doroteo, le guiñé el ojo a Yadira y salí como un perro con el rabo entre las patas.

- El viaje

Decidí irme a despedir de María. La encontré justo cuando iba saliendo del edificio donde estaba su oficina, se alegró mucho de verme y abriendo los brazos se acercó hacia mí.

-¡Qué sorpresa! No me digas que has venido a invitarme a salir a algún sitio o que me has echado de menos.-Luego me abrazó y me dio un beso en la mejilla haciendo un chasquido de ventosa al separar los labios.

-Pues, aunque no lo creas así es. Quiero llevarte a tomar un café a un lugar romántico, de esos que te gustan a ti; con música, luz tenue, muy confortables- ella interpretó esta última palabra como íntimos, por eso me giñó el ojo con picardía y me cogió de la mano arrastrándome en dirección de una calle que daba a una zona muy bonita donde paseaban los enamorados.

Entramos a un lugar bastante popular y nos sentamos en una mesa que se encontraba cerca de un rincón casi oscuro, pedimos unas cubas libres con unas ensaladas de la casa que según decían eran exquisitas. La mesera nos trajo una bandeja con dos vasos decorados con una rajita de limón y las ensaladas venían en sendos cuencos de madera con dibujos aztecas, los vasos eran de color verde y parecían de jade, había una vela en forma de rosa que apenas nos iluminaba. Los asientos de icpalli, tenían unos cojines muy cómodos, solo que por estar hechos de carrizo producían crujidos y rechinidos con cada movimiento que hacíamos al acercarnos el uno al otro. Miré los hermosos ojos aceitunados de María y en ese momento el guitarrista, que cada noche ejecutaba las mismas melodías, empezó a cantar el bolero romántico *"Si nos dejan"* al estilo de José Alfredo Jiménez, entonces, María, acompañada de los acordes hizo de acompañamiento mientras escrutaba con su mirada felina mi reacción. Yo estaba acostumbrado a que ella tarareara las canciones que oíamos en los cafés y me mirara con ojos furtivos, pero nunca había oído su voz susurrante siguiendo la letra de un bolero y mucho menos ese. Me sonrojé un poco por la sorpresa y ella me sonrió elevando el tono de voz para ver si lograba ponerme al rojo vivo, al final sí lo logró. Cuando se terminó la canción me preguntó si estaba dispuesto a irme a vivir con ella.

-¿Por qué no te vienes a vivir conmigo? Eso te ahorraría estar yendo a mi oficina cada vez que quisieras verme. Además, ya llevamos el tiempo suficiente como para compartir nuestras vidas, ¿no crees?

-A mí me encantaría, pero por culpa de mis últimas metidas de pata en el trabajo no creo que vaya a durar mucho en el bufete. Para acabarla de amolar, el licenciado Doroteo me ha dado una tarea imposible de cumplir y seguro que lo ha hecho para echarme definitivamente.

-No te preocupes, puedo ayudarte con dinero mientras terminas la carrera.

-Pero, es que ni siquiera sé si seguiré estudiando derecho, estoy harto de todo. La jurisprudencia no es mi fuerte y siempre he querido ser médico, tú lo sabes bien.

-Pues, entra a la facultad de medicina, déjalo todo y ponte a estudiar lo que te gusta.

-La verdad eso sería lo más sensato que podría hacer y pensándolo bien, te voy a hacer caso. Déjame terminar con este fastidioso asunto que me ha dado don Doroteo y me voy contigo, con la condición de que luego me ayudes a estudiar

anatomía ¿vale?

-En tu lugar, yo empezaría ahora mismo ese plan, pero que sea lo que tú quieras.- luego, bajó la vista y empezó a hacer círculos en la mesa removiendo con el índice el agua que dejaban escurrir los vasos fríos. Cerca de las ocho de la tarde salimos rumbo a su casa.

Pasamos una noche muy apasionada, alimentada por el fuego de la pasión y la esperanza de nuestra vida futura. Estábamos felices a la mañana siguiente y nos despedimos como si fuéramos dos tórtolos, comiéndonos a besos y deseando quedarnos juntos para siempre. Por desgracia, los acontecimientos futuros impidieron que volviéramos a vernos, pero en ese momento era imposible imaginarlo. Me fui con la imagen de su hermosa cara radiante de felicidad con la sonrisa de sus dientes alineados, su nariz chata y sus enormes ojos verdes de gato que me miraban con ternura.

Llegué a la Central Camionera del Norte y compré un viaje para Aguascalientes. Me dijeron que el siguiente autobús saldría en hora y media, así que tuve que buscar la forma de matar el tiempo mientras llegaba el momento de la salida. Compré unas revistas, el periódico y un libro de Luis Spota que contaba la historia de un supuesto príncipe italiano de nombre Ugo Conti que les había robado los corazones a las mujeres más bellas de México y que se había ganado la confianza de uno de los hombres más influyentes del país, según decía el interesante prólogo. Decidí leerlo durante el viaje pero solo pude hojear unas cuantas páginas, no porque fuera malo el libro o el autor tuviera el don de hacer dormir al lector con las primeras páginas, al contrario estaba muy bien redactado y uno se dejaba llevar dócilmente por la prosa del famoso periodista. Era más bien que el paisaje del Valle de México me robó por completo la atención. Iba sentado en el asiento número seis desde el cual se veía perfectamente al chofer y el parabrisas era como una gran pantalla de televisión con efectos tridimensionales que se alejaba mucho de las cajas tontas más modernas que se vendían en las tiendas de electrodomésticos donde trabajaba María.

De pequeño siempre me había gustado ver como los árboles y arbustos formaban una línea verde detrás de los cristales del pequeño escarabajo o el bolcho, como le decíamos al coche de mi papá en el que mi padre nos llevaba a la playa casi cada fin de semana cuando éramos pequeños mis hermanos y yo. Me sumí rápidamente en esos placenteros recuerdos y fui disfrutando del paisaje y la música de boleros que llevaba puesta el chofer en la radio. El trayecto se

prolongó nueve horas y, a pesar de que el chofer se había ido a la máxima velocidad que alcanzaba el autobús Dina plateado, llegamos con mucho retraso. La causa habían sido tres accidentes de autobuses de la misma línea, Flecha Blanca, que como un pasajero dijo después era la más peligrosa porque los conductores que contrataban corrían demasiado o se dormían durante el trayecto, e incluso alguien dijo que hasta se drogaban con sobredosis de aspirinas y Coca Cola. Sentí un fuerte estremecimiento entre las piernas y pensé que había sido una suerte enorme no haberme quedado atrancado en alguno de los despeñaderos de la carretera por culpa de un chofer drogado o somnoliento.

Cuando salí de la estación de autobuses era casi la una de la mañana y la ciudad ya estaba sumida en un tranquilo sueño. Caminé buscando un hotel en el que pudiera pasar algunas horas hasta que amaneciera, pero caminé durante treinta minutos y no encontré ningún hotel hasta que llegué a la calle Montoro. Por fortuna, cerca de la plaza central había un hotel abierto con un farol amarillento en la entrada que no iluminaba mucho. Entré y le pedí al recepcionista una habitación. El hombre me miró escudriñándome con la mirada, tratando de descubrir algo que yo no podía adivinar. Al final cogió una llave con un trozo de madera con el número diez escrito con un bolígrafo azul, me pidió cincuenta pesos y me fui a dormir. Al alejarme alcancé a oír que el tipo decía en voz casi imperceptible *"Qué chango más raro"*.

La habitación estaba desordenada y tenía un olor acre, se mezclaban de forma inexplicable el aroma de perfumes baratos de mujer, el sudor y la humedad estancada y rancia. La cama no estaba hecha, una almohada estaba en el piso y la sábana enrollada como un enorme churro amarillento. Me di un duchazo y descubrí que tampoco había toallas limpias, me sacudí el agua con las manos, cogí una manta que estaba doblada dentro del viejo ropero con las puertas flojas a punto de desprenderse y me acosté. A las cinco de la mañana en punto sonó el silbato de un tren que hizo eco por toda la ciudad rebotando por las cúpulas de las iglesias. Así, el sonido armónico de las campanas y los silbatos de las locomotoras daban la impresión de que estaba comenzando una gran fiesta como la *Feria de San Marcos* o algo parecido. Traté de seguir durmiendo pero el olor sudoroso de la almohada me espantó el sueño y me arqueó tanto el estómago que me dieron ganas de irle a echar una bronca al tipejo que me había dado la peor habitación de todo el hotel.

Bajé y me dirigí al mostrador donde el hombre dormitaba bajo su sombrero

ranchero Stetson de alas anchas y tan encorvadas estaban que daban la sensación de que en cualquier momento emprenderían el vuelo. Al verme, desplegó una enorme sonrisa blanquísima, se restregó un poco los ojos y me espetó:

-¿Qué tal durmió, joven?

-¿Cómo cree usted? Si me dio la peor porquería que tiene en este cuchitril.

-No se me enoje, por favor. ¿Qué no se dio cuenta de qué tipo de hospedaje damos aquí?- me miró con sus ojos centelleantes ya despiertos y explotó en carcajadas.-Este es un hotel de paso, para traerse putas. ¿No le digo? ¡Chilango tenía que ser! Mire, la próxima vez que quiera una habitación de lujo, váyase al hotel Francia, allí enfrentito, porque aquí solo se le pueden pegar las pulgas, las ladillas o la gonorrea.

Me salí irritado, más conmigo mismo que con el hombre burlón del hotel. Me recriminé un poco por no haber puesto atención ni siquiera en el nombre del hotel y no haber sospechado de qué tipo de lugar se trataba. Me justifiqué diciéndome que no tenía mucha elección la noche anterior y me prometí no olvidar la desagradable experiencia.

La señora Ignacia vivía en la calle Fco. I Madero que era paralela a la de Montoro, así que llegué rapidísimo. La casa era de una planta y en la fachada estaban pintados los retratos de Josefa Ortiz de Domínguez y Miguel Hidalgo. Me sorprendió de sobremanera que hubiera gente tan patriótica en el país, o que fuera tan extravagante para elegir un decorado tan inusual. Llamé a puñetazos, golpeando el zaguán porque no había timbre y el eco que se formaba en el patio hacía que un perro compitiera a ladridos con ese sonido metálico y hueco de la gran puerta férrea que sonaba como un enorme tambor de hojalata, a un lado había unas señoras barriendo su trozo de acera y con sus escobazos animaban más al perro que parecía gozar de dicho acompañamiento de cepillos de paja friccionando el hormigón.

- La madre de los hermanos Zurita

La puerta se entreabrió y vi a una mujer de unos setenta años de edad que con

voz desconfiada me preguntó por la causa de mi visita.

-Soy el ayudante del señor Doroteo Martínez, me llamo Adalberto y vengo por petición de los hermanos Zurita… Para lo de la herencia. La mujer levantó la mirada por encima de las gruesas gafas de oro que de milagro se sostenían en su pequeña nariz, me miró con una actitud muy analítica y me invitó a entrar.

-Ah, pase, pase, mire yo soy su mamá. Vivo sola aquí en la casa desde hace muchos años por eso desconfío de los fuereños, ¿sabe? uno nuca se imagina lo que pueden hacer esos astutos y engañosos chilangos. – se dio la vuelta y me hizo una señal con la mano para que la siguiera.

Entramos en un salón amplio e iluminado acondicionado con muebles bastante antiguos pero muy bien conservados. En el centro había una mesa redonda con un mantel bordado con dibujos de venados y un frutero de cristal con duraznos y uvas descansaba en el centro, había solo cuatro sillas con forro de cuero y respaldo alto. Vi una vitrina con cristales impecables que dejaban ver unas figuritas de porcelana, retratos de la familia Zurita y utensilios de cocina, cerca de la ventana había un sofá de color marrón oscuro con unos almohadones en los laterales y los cojines estaban forrados de terciopelo verde opaco. Sentí un poco de humedad en el aire.

-Siéntese, por favor. ¿Desea un cafecito con canela?- me observó con picardía y me aclaró que era su especialidad. Le acepté el café y mientras lo preparaba me acerqué a una pequeña estantería en el que había algunos libros de cocina, la enciclopedia *El tesoro de la juventud* con su clásico empastado blanco, algunos libros entre los cuales estaba una colección de novelas que se vendían en fascículos en los puestos de periódicos y *La verdadera historia del descubrimiento de la Nueva España de Bernal Díaz del Castillo*. No me sorprendió que estuvieran pintados en la fachada de la casa los rostros de héroes nacionales, quizá esta región del país se caracterizara por conservar más presente en la memoria los valores patrios. En la estantería inferior, estaban los libros de primaria con la imagen de una pintura de Jorge González Camarena, llamada *La patria* que me hizo recordar mis primeros años en la escuela. Por arte de magia se me apareció mi profesora de civismo, con su sonrisa descarnada y su pelo erizado negrísimo. Estaba deleitándome con las imágenes de mi profesora del quinto grado de la escuela Martín de la Cruz. Sentí mucha nostalgia al pensar que ella me había inculcado el amor a la patria y que me había hecho germinar ese sentimiento de cariño hacía mi país cantando cada mañana, en la formación

junto con nosotros, el himno nacional en el patio de la escuela. Estaba balbuceando la letra del himno cuando me sacó de mi letargo la señora Ignacia porque oí que me decía que ya estaba listo el café.

-Tenemos pocos libros en la casa, pero a decir verdad ya ni los necesito aquí porque casi no veo y por eso no leo nada. Mis hijos sí que han estudiado un poco, pero ahora con tanto trabajo en el campo y las haciendas no sé si les dé tiempo de cultivarse. –Miré, a la encorvada y diminuta señora con su larguísima falda negra, su rebozo de colores chillones y su pálida blusa rosa y sentí un poco de lástima por ella.

-Mire, señor Adalberto, así me dijo que se llamaba, ¿verdad? -Sí, le respondí con una sonrisa incompleta, - nos dirigimos al señor Doroteo para que nos ayude a poner en orden los papeles de las propiedades de mi marido, que en paz descanse, porque en vida Rosendo Zurita, mi esposo, era un hombre muy trabajador pero chapado a la antigua y muy testarudo. Por más que le insistieron sus hijos en que registrara las propiedades de sus antepasados a su nombre, no quiso mover un solo dedo y dijo que lo que le había dado dios no se lo quitaría el hombre. Ahora, como ya lo sabe usted, van a hacer un censo y empezará esa reforma agropecuaria de la propiedad de la que todos hablan y nadie sabe qué es exactamente y cómo nos va afectar. Nosotros queremos que cuando empiecen a escriturar de nuevo todas las tierras de aquí, las nuestras estén en orden porque hay mucho ganado que se nos podría morir si perdemos nuestros terrenos para pastar, son muchas hectáreas.

-Señora Ignacia, necesito que usted y sus hijos me ayuden en este embrollo porque solo poseo unos cuantos papeles y no creo que pueda conseguir mucho con lo que tengo, así que por favor si fuera tan amable, ¿me podría decir si tiene más documentos que me puedan ayudar, ya que sus hijos solo me dieron estos papeles.-en ese momento le presenté la carpeta que tenía con las dos fotos y las hojas escritas a mano que me había dado Yadira,- se acercó para coger la carpeta y la puso después en la mesa, la abrió y fingió echarle un vistazo.

-Es todo lo que tenemos señor Adalberto, si quiere le puedo dar las cajas que tengo con papeles, cartas y fotografías de nuestra familia y unas alforjas viejas de cuero que Rosendo escondía en el fondo del armario con mucho celo, ahora se lo traigo todo para que lo lea y saque lo que le interese o le pueda ayudar en este asunto.

-Se lo agradecería de la forma más atenta, señora.

-Venga,- me dijo con actitud amistosa y pasamos por un pequeño corredor a la parte donde estaba su habitación que era bastante amplia, menos luminosa que el comedor, con una cama enorme de latón que tenía cabecera grandísima tan lustrada que parecía un corno de orquesta sinfónica recién pulido. Había una cómoda de estilo inglés con cajones y una luna con una forma que se asociaba con una enorme taza; con las asas rotas, con el pie arqueado y los cantos curvos. Además, al lado, estaba un ropero muy viejo del mismo estilo que la cómoda. Tenía la sensación de haber hecho un viaje al siglo XIX no solo por el mobiliario, sino por el olor rancio, pesado y húmedo impregnado de vejez. Doña Nacha, como empecé a llamarla persuadido por ella, se acercó al enorme ropero, abrió una puerta, sacó una caja de zapatos y unas alforjas,-Esto es todo lo que tenemos, joven.

-Aquí están todas las fotos y documentos de la familia, espero que le ayuden en algo.

Si quiere puede quedarse aquí unos días en lo que encuentra algo.- La miré con una expresión de agradecimiento y le pregunté si no sería mejor alojarme en un hotel para no causarle molestias pero ella se negó rotundamente, temiendo que sacara los documentos y fotografías de la casa, además no deseaba que la importunara con mis horribles toquidos que desesperaban a su perro. Así que me confió la llave de la entrada.

De esa forma empezaron mis primeras indagaciones sobre la familia Luévano Miranda que me traerían un montón de sorpresas, desagrados y experiencias que jamás habría podido imaginar encerrado en el despacho de don Doroteo Martínez.

Empecé separando las pocas fotografías, cartas, hojas sueltas, postales y documentos. Las fotos eran pocas y casi todas en blanco y negro, algunas parecían del siglo XIX o principios del XX, las de color eran pocas y no había ninguna instantánea, lo que indicaba que no las habían hecho nunca o se las habían llevado los hermanos Zurita cada uno las suyas. Había unas cuantas cartas atadas con un pequeño cordón, las primeras estaban escritas a una tal Magdalena, las siguientes a Guadalupe, las últimas a Anacleta, no había ni dirección ni remitente en ninguna de ellas y empezaban con palabras dulces, por tanto no era difícil deducir que se trataba de cartas amorosas. Entre los

documentos había unas cartillas militares con fotos manchadas o arrugadas, no había actas de nacimiento. Entre los papeles sueltos había notas escritas con pluma y de aspecto muy viejo. Le pedí a doña Ignacia que me diera unos folios sueltos para ir escribiendo los nombres de las personas que fuera encontrando y formar así el árbol genealógico de la familia Luévano Zurita.

Necesité la ayuda de la anciana para ir acomodando por orden de importancia y antigüedad a las personas de las fotos y un dibujo de mapa mental a manera de árbol genealógico o, mejor dicho, un mapa mental donde, al final quedó un gran hueco que separaba la parte derecha de la izquierda. Por desgracia de Rosendo Zurita no había ningún dato. La señora Ignacia me contó que según sabía, los primeros emigrantes que llevaban el apellido Luévano habían salido del país Vasco y se habían asentado en México algunas familias. Luego un miembro de los primeros descendientes de los Luévano vascos se unió a Juan de Montoro en 1525 para crear la Villa de San Marcos, que es ahora Aguascalientes y que su nombre oficial antes de ser simplemente Aguascalientes había sido Villa de Nuestra Señora de la Asunción de las Aguascalientes. Me repitió lo que ya me había dicho don Doroteo sobre la relación de Juan Luis María R Luévano con José Ives Limantour y como gracias a él, se había hecho terrateniente aprovechando las concesiones del gobierno de don Porfirio a finales del siglo XIX. Habló sobre los favores que la iglesia le hacía al régimen porfirista cuando se le permitió de nuevo participar en la repartición de las riquezas de la nación, suprimiendo por debajo del agua los mandatos de Benito Juárez.

Después de tres horas y media de repasar los momentos más significativos en la vida de esta familia, tuve el presentimiento de que había un eslabón perdido que desconocía la familia Zurita y que era el que permitía enlazar, tal vez, los dos cabos de la familia con sus antepasados.

La señora Ignacia me dijo que si quería espabilarme podía darme una vuelta para tomar un poco de aire y volver cuando ella ya tuviera preparada la cena.

Salí para conocer el barrio en el que permanecería unos días. Hacía bastante calor, aunque el sol ya se había ocultado un poco, la gente andaba sin prisa y por la hora muchas jovencitas muy arregladas iban a comprar pan, aprovechando la excusa para ver a sus novios o coquetear con algún muchacho guapo.

Para un espíritu urbano las ciudades de provincia semejan pueblos grandes, será por la falta de edificios, el poco transporte público, la ausencia de grandes

comercios y por la gente andando sin prisa con un paso majestuoso y lento, es como si esa inquietud contagiosa y cosmogónica de la gran metrópoli fuera una adicción dolorosa y, a la vez, añorada. Aquí hasta el viento limpio soplaba como un susurro tibio y acariciador, la cantera sonrojada por su aludida belleza y los toques certeros de talavera en las casas o templos hacían que uno se enamorara de la quietud, el corazón me palpitaba gozoso. Me quedé mirando a los paseantes envueltos en alegres conversaciones; las muchachas con trenzas engalanadas con cintas de colores y la sonrisa tímida de ojos provocadores y los jóvenes, mirando de reojo, la cadencia de las faldas balanceándose en armónico compás.

Se oyó de pronto una risa provocada por las cosquillas de una flor de cempasúchil, una expresión burlona y cordial de color amarillo y naranja cubría algunos jardines, un leve cascabeleo de gotas trepidantes y una sonaja en forma de fuente con ritmo pausado me avisó que me encontraba frente al templo del señor del Encino y el Jardín de la Paz, creí ver un enorme pan de muerto, de azulejos de talavera y piedra caliza, empotrado al lado del campanario. La fugaz imagen de un grabado de José Guadalupe Posadas, en el que un hombre se le rendía a la muerte y al pie de la imagen estaba la leyenda: *"! Ni aquí te olvidaré!"*, pasó revoloteando frente a mis ojos. Lo cogí, era un trozo de periódico que iba coleteando con el enamorado de la muerte, la cual estaba representada por una jovencita pueblerina muy modesta. Volví sobre mis pasos a la casa de doña Nacha. Ya tenía la cena preparada, cené solo porque la señora se retiró al instante y luego, me fui a la habitación que me había asignado la amable anfitriona. El cuarto estaba limpísimo y casi ausente de mobiliario, la cama y una mesita pequeña se veían huérfanos en medio de tanto espacio. El techo era altísimo y cubría la ventana una cortina verde claro muy delgada. Me dormí en cuanto sentí el contacto de la almohada.

- Registro civil

Salí por la mañana y me fui directamente al municipio central a buscar el registro civil. En la cabecera del ayuntamiento investigué sobre la ubicación de los libros del registro de las actas de nacimiento, de matrimonio y de

defunciones. Cuando llegué al archivo donde se conservaban tales libros le pedí a la encargada, una joven sonriente y coqueta de nombre Francisca, que me buscara documentos del señor Rosendo Zurita originario de la Ciénaga, nacido en 1885, casado con Ignacia Vargas Domínguez de la misma región nacida en (1901) y sus hijos Adrián Zurita Vargas (1922), Heraclio Zurita Vargas (1923) Teclo Zurita Vargas (1924)

La encargada me prometió tener la información por la tarde y me recordó el horario de trabajo para que no llegara a destiempo. Tenía la esperanza de que al encontrar, al menos la partida de matrimonio de Rosendo Zurita podría indagar sobre su acta de nacimiento, que era la única que no había visto entre los tesoros de la señora Ignacia, para saber el nombre de sus padres y así constatar que su progenitor llevaba el apellido Luévano.

Cuando llegué, la muchacha ya me estaba esperando con unos folios y unos libros de color azul marino muy gruesos.

-Hola, Francisca, ¿encontraste algo?

-Sí, aquí está todo, le he puesto unos separadores en los lugares donde hay personas con los apellidos que me dio.-Le di las gracias, cogí mi cuaderno y empecé a hojear las forjas de los libros de registro de nacimiento que comenzaban con la leyenda:

"En Aguascalientes, á seis de septiembre de mil novecientos veintidós se ha presentado ante el juez que suscribe, á las once de la mañana , el C Rosendo Zurita, casado, de treinta y siete años de edad, jornalero y vecino de la primera demarcación pidiendo que el acto de nacimiento de su hijo Heraclio Zurita Vargas, acaecido en la 3ª Calle de las ánimas se haga constar en esta oficina con arreglo a la ley de la materia; Nació el día 15 de agosto a las nueves horas y son sus padres el compareciente Rosendo Zurita y la señora Ignacia Vargas Domínguez de 21 años de edad , abuelos paternos, abuelos maternos testigos; CC. A quienes les consta dicho nacimiento. Y no teniendo más que hacerse constar, se dio lectura á esta acta á presencia del comparente y testigos, todos los que fueron conformes con lo en ella expresado; y firmó el juez y los demás.

Encontré los registros de los hermanos Zurita en los que no figuraban los nombres de los abuelos paternos por haber fallecido antes de su nacimiento. Todos los registros coincidían con las partidas de nacimiento que había visto. Cuando comencé a buscar en los registros matrimoniales vi que había

separadores en varias partes y le pregunté a Francisca por qué había tantos.

-Es que con ese apellido Zurita hay varios matrimonios, y lo más sorprendente es que es el mismo señor Rosendo Zurita de las actas de nacimiento que ya ha visto.

-A ver, déjame verlos todos.

Me llevé una gran sorpresa al ver cuatro registros de matrimonio de Rosendo Zurita, quien había contraído nupcias en diferentes pueblos del estado de Aguascalientes. Pensé que sería un error pero los registros oficiales firmados ante los empleados de la institución pública no podían engañarme, además la firma de Rosendo Zurita era la misma en todos los documentos. Pensé que existía la posibilidad de que esos múltiples matrimonios hubieran sido consecuencia de incompatibilidades que habían llevado esas uniones al divorcio y, seguramente, estarían registradas algunas actas constatando las separaciones de este personaje tan singular con sus esposas.

-Francisca, ¿se podrían buscar en algún sitio las partidas de divorcio entre estas tres mujeres y el señor Rosendo Zurita?- le mostré las actas que ella me había dado y esperé su respuesta.

-Creo, creo que sí, pero ¿sabe cuánto trabajo cuesta eso? -Me miró con la misma actitud de una mula cuando no se quiere mover de su sitio. Tuve que ingeniármelas para convencerla.

-Pues, si quieres te puedo ayudar, además te podría pagar o invitarte a comer los días que te tardes en la tarea.- Ella sonrió muy pícara y me preguntó qué diría su novio si la viera conmigo.

-Pues, me caso contigo, si él te deja y si tú quieres, estoy dispuesto a reparar el daño con tal de resolver este asunto.

-Ni lo mande dios, usted está rete feo y no me gusta, ay, que ocurrencias tiene.- luego, se puso roja y me dijo con la voz alterada que aceptaba el almuerzo.

Salimos a almorzar a un puesto de comida que allí llaman cenadurías y le conté todo el embrollo del caso Zurita. Ella me escuchó con actitud pasiva y condescendiente y al final me dijo que tal vez estaría bien hablar con algún padre de la iglesia porque ellos llevaban registros de comuniones, bautizos y matrimonios. Pensé que no era tan mala la propuesta y decidí que después

consultaría a algún clérigo. Por el momento me urgía indagar más sobre José Luévano porque la partida de nacimiento de Rosendo Zurita no estaba, ya fuera porque faltaban datos en los libros de registro de finales del siglo XIX, o por estar registrado en otro ayuntamiento, o quizás en otro estado de la república. Pues como me había dicho Francisca, Aguascalientes había pertenecido al estado de Zacatecas y luego había vuelto a ser independiente. Traté de ocultarle a ella mi malestar por el hecho de presentir que este embrollo se iba a convertir en mi peor pesadilla, pero al notarlo me dijo, Adalberto, no se lo tome tan a pecho, hágale como dice mi papá: *"Lo que ha de ser, será a huevo; y lo que no ha der ser, ni aunque te pares de manos."* Así que cálmese y tómese su café que se le está enfriando.

Al terminar de comer acompañé a Francisca a coger su autobús y me fui a revisar los papeles que me había dado doña Nacha, pues había comprendido que había cometido el gran error de no darle la importancia necesaria a las cartas amarradas con el cordón.

-Buenas tardes, señora Nacha, ¿qué tal está?- No me respondió y me dijo que si quería cenar sólo tenía un trozo de carne frito con frijoles.-Le agradecí su gentileza y me disculpé diciéndole que estaba a punto de descubrir algo importante en estas peripecias de la herencia.

En mi habitación leí las cartas de Rosendo, tres estaban dirigidas a Magdalena Contreras con la que se casó en 1909 cuando ésta tenía solo dieciséis años, tres para la segunda esposa de nombre Guadalupe Ávila Cortés de quince años, con la que se había unido en nupcias en el año 1910, y las últimas dos cartas eran para Anacleta Escamilla López de dieciséis años de edad unida a Rosendo en matrimonio en 1912.

Las cartas estaban escritas con el mismo modelo, con mala letra y con un lenguaje directo y convincente. Eran muy románticas y básicamente se apoyaban en una presión psicológica para obligar a las inexpertas jóvenes a sentirse culpables, en primera instancia, y casarse con él, en la segunda. Dándoles órdenes directas y elogiando sus cualidades de hombre decidido, Rosendo, obligaba a las pobres muchachas a sentir remordimientos de conciencia y en la obligación de corresponder a las peticiones de su amado "Romeo", que como el mismo decía, sentía la necesidad de salvarlas de su ignorancia y pobreza.

Lo cierto era que habían sido engañadas y usadas para los fines pasionales de

Rosendo Zurita, era probable, también, que hubieran quedado embarazadas y hubiera muchos más hermanos Zurita de los que había alumbrado la señora Nacha. Decidí aclarar algunos aspectos de la personalidad de Rosendo y cuando la señora Ignacia me ofreció un café aproveché la oportunidad para que me describiera a su marido.

-¿Cómo era el señor Rosendo, doña Nacha?

- ¡Huy! joven, era muy difícil comunicarse con él. Siempre andaba metido en sus asuntos del campo, controlando a los peones de las haciendas, vendiendo en las ferias sus animales y cabalgando en sus finos caballos que amaba más que a su familia. Conmigo, al principio era cordial, pero era muy cerrado, seco en el trato. Muy ranchero, como decimos por acá. Cuando empezamos nuestro matrimonio me traía regalos, vivíamos en una hacienda grande de la que después nos salimos porque la vendió para construir esta y otras casas en la ciudad. Yo le creí a ciegas, pero sospechaba que no me decía la verdad. Era imparcial y nunca me contestaba mis preguntas. En ocasiones se desaparecía semanas, meses. Luego volvía tomado, sucio y se tiraba en su habitación, dormíamos separados, porque…-En ese momento se calló y desvió la mirada, por eso le pregunté si había amado a su esposo.

-Solo el primer año,-contestó-, o los primeros meses, pues en cuanto me creció la barriga, desapareció su interés por mí. Tuvimos cinco chamacos de los que solo nos quedaron tres, los otros dos murieron chiquitos por enfermedad y descuido.- Para no complicar la situación volví al tema del marido.

-Bueno, usted lo conoció cuando tendría unos diecinueve años, ¿no?

-Un poco antes. Él me vio por primera vez allá por el año de 1919, más o menos. Era arrogante y se me acercó, me abrazó por la cintura. Era fuerte y estaba muy curtido por el sol. Me susurró al oído:

"Ándale nomás, mire qué yegua tan fina, a usté le ponía su montura y me la cabalgaba cien leguas, preciosa. Cuídese, porque un día de estos me la roban y qué voy a hacer solito y desconsolao".

Luego, me besó y me dijo que iba a regresar para pedirme en matrimonio. Pasaron los meses y yo ya me había olvidado del incidente, pero me encontró de nuevo y me empezó a traer joyas muy caras. Mi familia no era muy rica, ni siquiera teníamos animales y más bien trabajábamos el campo. Entonces, un día

que yo andaba paseando por el jardín de San Marcos, cerca del kiosco, llegó Rosendo con un collar de esmeraldas, me dijo que era europeo, que se lo había dado un hacendado muy rico por su trabajo y que me daba eso y más, si aceptaba casarme con él. Me llevó sin que me diera cuenta al templo de San Marcos, y cuando estábamos frente al altar, y aprovechando que yo rezaba en ese momento se fue a buscar a un padre, volvió más tarde con un sacerdote que traía puestos sus oficios y una biblia, luego Rosendo se fue por dos campesinos que estaban sentados cerca de nosotros, les dio unos billetes y les dijo que serían sus testigos. Así fue como me casé o me casaron, jovencito, imagínese nada más.

-Pues, sí que era de armas tomar, ese hombre. ¿Pero en el matrimonio sería buen marido y padre, no?

-No se crea, ya le dije que era imparcial, nunca estaba con nosotros, se enteró tardísimo de la muerte de Pedrito, mi hijo más pequeño, y ni siquiera se apareció en el entierro. Hubo cosas que nunca le perdonaré.

Pensé que era suficiente, que si había un manto que ensombrecía la imagen de este señor Rosendo Zurita era porque sus familiares lo cubrían con esa imperceptible nube de odio y olvido. Estaba a punto de levantarme y agradecerle a doña Nacha su sinceridad, pero ella pronunció más para ella misma que para mí.

-No le perdonaré sus abusos.

-¿A qué se refiere?- Le pregunté, muy desconcertado.

-A lo que me hacía en la cama. Era una bestia, parecía que se apacentaba con una burra y no le importaba si lo que hacía era pecado o no. Le interesaba solo satisfacerse, descargar sus odios y frustraciones contra las mujeres.

No pude soportar más despertarle malos recuerdos a doña Nacha y me retiré disculpándome por el mal momento que le había hecho pasar.

- La vida de José María Luévano

Decidí que debía empezar a atar el otro cabo del asunto que correspondía a la

familia Luévano. Lo primero que le pedí a Francisca fue que me buscara los registros de nacimiento de las personas con el nombre de José Luis María Luévano que encontrara. Ella se volteó rápidamente y me dijo:

-Oye, ¿Cuál crees que es el apellido más común en Aguascalientes?- de inmediato comprendí mi estupidez y traté de rectificar con una sonrisa tonta.

-Bueno, no te pongas así. Mira, para que sea más fácil, búscame esa información entre los años 1900 y 1910. Y te invito a comer toda la semana porque esto va para largo, ¿de acuerdo?- Ella se fue a buscar los libros rezongando y pateando, pero más fingiendo que experimentando esa irritación causada por mi testarudez.

Hizo varios viajes al sótano para traer los cuadernos de registros que llevarían allí guardados decenas de años.

Cuando comenzamos a leer, por casualidad, Francisca, tiró unos papeles y al volver a ponerlos en su lugar les clavó los ojos, acostumbrada a las búsquedas certeras y dueña de una mirada inquisitiva envidiable, vio algo que retuvo su atención.

-Mira, aquí están las actas de defunción del año1912—Comenzó a leer en voz alta como si se encontrara frente a unos espectadores invisibles que reclamaban su información.- muerte por eclipse, el día diecisiete de abril de mil novecientos doce, los señores,,, y la madre de …. Torcuato López, presentaron al niño de…, muerto por eclipse…-Soltó una carcajada y se burló de la ocurrencia. Yo estaba un poco incómodo por la duda y la impresión de que un eclipse causara la muerte.

-Pero, ¿es verdad? ¿Tú crees que alguien podría morirse por esa causa?- Ella se volteó con el rostro iluminado por un tono carmesí y me dijo.

-Ni te imaginas de lo que se muere la gente en estas tierras- buscó entre otras actas y leyó,- Las personas aquí presentes declaran que el Sr, fulano de tal, murió entablao y…

-¿Qué es eso de entablado?

-¿No sabes? Ja, ja, ja. Pues de empacho o de problemas de la barriga, una disentería o algo por el estilo. Mira este otro, Aguascalientes a 27 del tal de mil novecientos doce, a las cuatro y media de la tarde compareció ante el juez que suscribe, el señor Feliciano Noriega soltero de 25 años ayudante de impresor y

vecino de la 4ª demarcación manifestando que hoy a las once de la mañana falleció por heridas de bala, nombre José Luévano, de trece años de edad, fueron testigos los ciudadanos Pedro Venegas, zapatero de profesión y Juvencio Dorantes Félix, jornalero, a quienes les consta dicho fallecimiento. En seguida se expidió boleta para la inhumación del cadáver, que deberá ser en el panteón de Cruz 3ª clara, 1ª barra, bajo el número 3-5, con lo que concluyo esta acta, que leída al interesado y testigos, la ratificaron, y firmó el juez y los que supieron.

-Espera,-le dije impulsado por la semejanza del apellido y el nombre a los que buscaba,- A ver, muéstrame el documento.-Leí.

-Sí, efectivamente es José Luévano, declaró su muerte un ayudante de impresor, y otras dos personas, Pedro Venegas y Juvencio Dorantes Félix– murmuró Francisca.

-Oye, Paquita,-usé el diminutivo para manifestarle mi respeto y cariño, y para que no se negara a lo que le iba a pedir,- Mira, si este niño fue asesinado, es decir baleado como dice ahí, en 1912, seguro que en las actas de nacimiento debe estar registrado entre 1887 y 1900, ¿podríamos buscarlo? -Como era de esperarse se enfadó de nuevo, comenzó a mirar las pilas de libros que tenía sobre la mesa, después bajó al sótano por otros y comenzamos la búsqueda.

Perdimos medio día sin obtener ningún resultado porque nada de lo que habíamos encontrado nos daba una pista para determinar si éste pobre niño tenía relación con el hombre que buscaba. Al final reunimos los registros de diez niños con el apellido Luévano, solo dos con nombres compuestos: José Antonio y José Luis, y otros que consideré que no servirían de mucho. Decidimos detener la búsqueda e irnos a comer.

De nuevo en la cenaduría, comimos, yo con mucho pesar por no haber encontrado nada de lo que buscaba, y Paquita como era su costumbre disfrutaba de su agua de limón, la carne asada, sus tortillas y el guacamole.

-Estás muy serio y triste, Adalberto ¿Porque no vas a ver al padre Agustín o al cura Armando Salinas del templo de San Marcos y les pides que te dejen ver sus registros de bautizos?

-Estas palabras de nueva esperanza me sacaron rápido de mi estado depresivo y arisco,-Creo, que tienes razón. Seguro que en esos libros están los bautizos y podría preguntarles por el tal Juvencio Dorantes, Pedro Venegas y Feliciano

Noriega, a lo mejor encuentro alguna buena pista. Ella se sonrió y comenzó a guiñarme el ojo derecho con una expresión muy pícara que me alegró muchísimo y nos hizo reír a carcajadas.

Paseamos un rato por la plaza, luego nos dirigimos a la parada del bus y nos despedimos. En cuanto Francisca puso el pie en el estribo del autobús me dirigí al templo de San Marcos. Atravesé otra vez La Plaza de la Patria y exedra, entré por la calle Venustiano Carranza y crucé el jardín de San Marcos hasta llegar al templo. Al encontrarme ante la entrada vi la sencillez de la fachadas con un estilo barroco sencillo, unas hornacinas con esculturas de santos, los campanarios, el Izquierdo más alto que el derecho y un reloj montado en un nicho blanco que desentonaba con toda la estructura y la composición. El templo tenía, en ese momento, un aspecto sombrío por una nube muy densa que lo cubría como un gran capote gris.

De pronto, un pensamiento me impidió seguir adelante y me quedé clavado en mi sitio. Era el recuerdo del viaje que habíamos hecho a la Iglesia de Santo Domingo de Guzmán en Oaxaca, cuando tenía ocho años. Había ido con mis padres y mis hermanos y ese día era la primera vez que vería el templo que tanto le gustaba a mi padre. Quizás la plaza o la fachada, que era más sencilla pero mejor equilibrada, o la sensación engañosa de un deja viu que provocó la falsa sensación de que ya me había encontrado en este mismo lugar, me hicieron recordar con mucha intensidad lo que me sucedió en Oaxaca. Antes de llegar a la ciudad de Oaxaca de Juárez habíamos visitado la zona arqueológica de Monte Albán que me pareció una copia en pequeño de Teotihuacán, pero con un encanto especial por su observatorio, la pirámide central y el campo de juego de pelota que los mixtecos y zapotecos habían compartido en sus aferrados encuentros.

Un poco después del mediodía llegamos a la iglesia de Santo Domingo, mis padres entraron primero y mis hermanos después, yo me quedé un poco retrasado y en cuanto entré me deslumbró la belleza del altar y la decoración de las cúpulas, se sentía una agradable frescura que contrarrestaba con el horrible calor que hacía afuera. El altar brillaba y me pareció que estaba cubierto de oro de verdad, el silencio apacible me rodeó y traté de caminar sin quebrantarlo.

Mis hermanos andaban curioseando por todos lados y los seguí para ver que hacían, de pronto me encontré parado ante una capilla que tenía en el centro un ataúd transparente donde yacía un Jesús de Nazareno con una capa de terciopelo

color lila, estaba ensangrentado, conservaba aun la corona de espinas y su herida en la costilla parecía tan real que creí que emanaría más sangre en cualquier momento, el cuerpo revelaba las huellas de innumerables latigazos y la expresión de su cara era apacible y resignada. Empecé a sentir un dolor intenso causado por la vergüenza, no podía entender por qué se había empleado tanta violencia contra un ser que solo quería mostrar el reino de dios y redimir a los hombres. Después, ya no me pude contener y me dio un ataque de angustia. Salí corriendo de la iglesia y me fui a ocultar en el jardín de cicas y bromelias enfrente de la iglesia para esconder mis sollozos. Llegaron mis padres y me preguntaron por la causa de mis berridos, yo no podía responder porque estaba realmente ahogado en llanto. Mi padre perdió muy rápido la paciencia y me empezó a gritar, mi madre solo trató de calmarme y oculté mi cara en su pecho llorando a lágrima tendida. Cuando pude explicarles a mis padres la causa de mi llanto, me dijo mi padre que en la iglesia no había ningún Cristo de Nazareno y yo nunca lo pude comprobar porque no volví a ir allí.

Al salir de mi recuerdo descubrí que las lágrimas ya se me habían desparramado solas. Pensé que, tal vez, aquellas imágenes habían sido evocadas por el fusilamiento del pequeño José Luévano y que tenía los pensamientos revueltos, por eso desistí de entrar al templo, di media vuelta y me marché.

- El Padre Agustín

Como el día anterior no me había metido a la iglesia a causa de mis recuerdos de la infancia, fui a avisarle a Francisca que no contara con la comida ese día. Ella se desconsoló un poco, entonces cogí unos billetes y se los di. Me fui tan rápido que no supe si se alegró o lo tomó como una humillación.

En la iglesia vi a un sacerdote que se estaba preparando para hacer algo urgente y daba muchas vueltas.

-Oiga, padre, ¿puedo hacerle una consulta?

-No, hijo, perdóname, que estoy muy atareado con unas cosas que me han dejado allí tiradas y no veo la hora en que pueda resolver problemas ajenos.

Una mujer se acercó y lo llamó por su nombre.

-Padre, padre Agustín, mire, quiero comentarle algo que me preocupa…

-No, ahora no, doña Lola, es que no puedo de verdad. –Se puso a andar otra vez. Como yo no tenía una excusa que lo hiciera parar, le dije que quería confesarme, que había hecho algo inhumano.

- ¿Qué? – Preguntó un poco sorprendido- ¿Qué es eso tan inhumano que has hecho, hijo?

-Algo muy malo, padre, en verdad es horrible.

-Bueno, espérame en el confesionario, ahora mismo voy. ! Dios, que día!

Llegó unos minutos después, esperé a que se calmara su agitación y cuando se disponía a hablar le dije que le había mentido. No entendió muy bien y le empecé a contar la historia de José Luévano.

-¿Eso que tiene que ver con tu confesión, hijo?

-Le digo, padre, que necesito que me ayude a encontrar los antecedentes de un señor de nombre José Luévano, porque si no lo hago pronto, me matarán en mi trabajo. Y he pensado que si me deja usted ver los libros de bautizos, primeras comuniones, matrimonios y demás, podré encontrar algo útil que me ayude a salir de este lío.

-Bueno,- se rio con picardía y un poco más tranquilo - entonces lo que quieres es meter tus narices en asuntos de la iglesia, ¿con qué fin, hijo?- Perdí un poco la paciencia pero el padre Agustín no tenía la culpa de que yo no fuera claro y no le explicara las cosas como debía ser. Entonces le expliqué todo el asunto.

-Mira, ¿cómo dices que te llamas?

-Adalberto.

-Mira, Adalberto, el que decide todo aquí es el obispo y tiene que darle la orden al cura. Por fortuna, nuestro prelado viene mañana y si quieres le digo que tengo aquí una persona que me puede ayudar a ordenar los archivos y si se requiere, pues hasta hacer de monaguillo o dar misa, ¿Eres católico?

-Sí, padre, pero le prometo que haré todo lo que quiera con tal de que no me dé ninguna función aquí en la iglesia, estoy dispuesto a barrer, cocinar, lo que

quiera, menos lo que me pide.

-Era una broma, hijo. No es tan fácil dar misa sin tener los hábitos y para monaguillo estás muy pasado, además ya me ayuda un niño encantador que se llama Guillermito. Solo te quedaría hacer de sacristán pero no me gustas nada para esas tareas.- Nos reímos con gusto y me fui con la promesa de volver al día siguiente.

Por la tarde me encontré con Paquita y estuvimos conversando sobre algunos aspectos de la ciudad y sus héroes. Me comentó que José Guadalupe Posadas era originario de Aguascalientes y por eso la ciudad estaba considerada como el hogar de la Catrina. Entonces, entendí porque andaban revoloteando por todos lados los trocitos de periódico con ilustraciones cómicas de ese gran ilustrador mexicano que le dio la idea a Diego Rivera para que la Catrina quedara presente en un fresco del Palacio Nacional de la capital mexicana. Me despedí de Francisca y quedé de verla al día siguiente.

Serían las diez de la mañana cuando llegué para encontrarme con el Padre Agustín, éste ya se encontraba con el obispo quien tenía un aspecto bastante imponente con su sotana negra, un fajín de color morado en la cintura, un solideo del mismo color en la coronilla y una biblia en la mano. Llevaba gafas muy gruesas y su aspecto era la de un hombre muy estudioso, pensé que de no haber llevado su vestimenta sacramental lo habría confundido con un profesor emérito de alguna famosa universidad. El obispo permanecía callado, observando con atención al padre Agustín que le explicaba cosas que me eran completamente ajenas por mi ignorancia en el lenguaje sacerdotal y religioso.

Al mirar al larguirucho padre Agustín que eclipsaba, con su brillante casulla verde, la figura del importante prelado que permanecía con la cabeza volteada hacía arriba, dudé en acercarme pero el padre Agustín me vio y tuve que arrimarme a ellos. Los saludé y me presenté al obispo, después intercambiamos unas palabras muy superfluas y excusándose se marcharon cogidos del brazo hacía la sacristía para poder tratar asuntos de extrema importancia. Desaparecieron casi al instante y me quedé esperando sentado frente al presbiterio en una de las banquillas de la primera fila mirando el hermoso altar. Media hora después salió el padre Agustín y me dijo que ya estaba todo solucionado, que me habían permitido ayudar en algunas labores de la iglesia y poner orden en algunos archivos que requerían ser clasificados.

-Ven aquí, Adalberto, necesito que me ayudes a descargar unas biblias que me han traído.- Me dijo, el padre Agustín con una sonrisa muy cordial.

Entramos a la sacristía que era bastante amplia, bien iluminada, el sol entraba con esplendor, había una cama pequeña, con una cabecera muy baja, y al parecer no muy cómoda. Estaba cubierta por una impecable sábana blanca y una manta de color naranja con franjas amarillas y negras, había dos sillas y una mesa con un mantel blanco en la que se encontraban las ostias, un cáliz que parecía de oro, incienso y una toalla, todo acomodado con gran escrupulosidad. Frente a la cama estaba un armario con las casullas de color verde, rojo y blanco, una de cada una. Colgada de una percha estaba una sotana negra, que era lo único que parecía romper el orden escrupuloso del lugar, había dos o tres albas muy blancas. En la pared un gran crucifijo ocupaba el centro y en la pared contraria una imagen de la virgen de Guadalupe. En el rincón izquierdo del fondo había una estantería con muchos libros encuadernados con un empastado de color negro.

-Pasa y siéntate, Adalberto, me dijo el padre Agustín,- Mira, esos son los libros de registros de la iglesia, aquí podrás consultar lo que quieras, pero te pido por favor que no saques nada de aquí porque son confidenciales, ¿de acuerdo?

-Sí, padre.

Me acerqué a la estantería y vi los libros de registros pero empezaban a partir del año 1940, por lo que me desanimé un poco, dado que necesitaba los libros de principios del siglo XX o de mediados del XIX para poder indagar, por eso le pregunté al padre Agustín sobre dicha cuestión.

-Mira, Adalberto, tal vez haya libros de registro entre las cosas que guardamos bajo llave por tener algún valor religioso, tú sabes, son reliquias importantes. Hay incluso objetos que pertenecieron a Rafael Guisar y Valencia, a los héroes que dieron su vida por Dios en la guerra cristera y, según creo, hay cositas de José Sánchez del Río y mucho más, así que si quieres tener acceso tendrás que hablar con el cura Armando Salinas Castro, que llegará pronto de sus visitas por Veracruz. Por el momento confórmate con estos libros que hay aquí.

No sabía a quienes se refería el padre Agustín porque los nombres de Rafael Guisar y Valencia y José Sánchez del Río me eran completamente desconocidos, además la imposibilidad de ver los libros que necesitaba me puso de mal humor y me sentí un poco incómodo. Traté de convencer al padre Agustín de mostrarme la cámara donde se encontraban los objetos resguardados con tanto celo, pero me

reiteró que el único que podía abrir la puerta era el cura Armando Salinas, así que sin su presencia y acuerdo estábamos completamente imposibilitados.

- El cura Armando Salinas Castro

Al día siguiente fui de nuevo a la iglesia a ver al padre Agustín para saber si ya me podría permitir que espulgara en sus libros viejos con el permiso del cura Armando Salinas Castro. La iglesia estaba vacía y solo un hombre humilde estaba sentado rezando frente a la Virgen, de vez en cuando se persignaba y se volvía a sumir en su rezo. Fui a la sacristía y no vi a nadie pero oí muy cerca una voz desconocida y las risas de algunos niños. Salí y rodeé la iglesia, ahí estaba un hombre muy anciano, delgado y bajito que se veía muy moreno por causa de su deslumbrante alba con bordados en forma de cruz. Tenía una voz un poco aguda y hablaba con pausas para enfatizar las palabras que le interesaba que recordarán los niños que tenía alrededor. Estaba dando una clase de catecismo y el tema, por lo que pude entender, era sobre la resurrección de la carne y lo que significaba morir en Cristo. Los niños estaban muy atentos y no se perdían un solo detalle. Esperé a que terminara su lección, luego despidió a los niños y se retiró con un muchacho de aspecto muy vivo que tenía una mirada muy tímida y llevaba unos libritos de catecismo en la mano. Pensé que ese era Guillermito y le sonreí.

-Buenas tardes, vengo a buscar al padre Agustín.

-Lo siento hijo, pero Agustín no vendrá hoy. ¿Tú debes ser Adalberto, no?

-¿Y usted debe ser el cura Armando Salinas Castro, verdad?

-Sí, hijo, así es.

-Sí. Seguro que ya sabe que le he pedido al padre Agustín un favor.

-Ya estoy al corriente, ven con nosotros vamos a la sacristía.

Caminé detrás de la pareja de religiosos, Guillermito daba unas pisadas muy firmes y sus zapatos tenían una enorme suela ancha que hacía que sus pies parecieran de pato, era delgadito y tenía la cabeza muy redonda.

Al llegar a la sacristía nos sentamos y el cura Armando se cambió de ropa y luego comenzó una interesante conversación más cercana a un monólogo pero muy provechosa.

-¿Sabe, Adalberto, por qué guardo con tanto celo las chucherías de la iglesia?- Se volvió y cerrándole el ojo de forma pícara a Guillermito, continuó.

Pues es que allí se encuentran cosas que más tarde podrían servir para justificar la canonización de un niño que dio su vida por Jesús nuestro señor durante la Cristiada. Se llamaba José Sánchez del Río y cuando murió, más o menos a la edad de Guillermito, realizó su primer milagro, que sucedió después de su muerte, cuando el General Enrique Gorostieta, que era poco creyente, se acordó del jovencito José y sintió la necesidad de recibir los santos oleos. El general había sido contratado para encabezar y organizar el ejército cristero, cosa que hizo con éxito, incluso puso en jaque a las fuerzas armadas del presidente Plutarco Elías Calles y tal vez habría ganado si no hubiera sido por una trampa que le tendieron. En su última batalla, cuando ya había caído en la emboscada, sabía que moriría irremediablemente, por eso, quizás, escuchó sus propias palabras que le había dicho a uno de sus subordinados cuando se enteró de que éste se había llevado el caballo de José Sánchez durante un enfrentamiento con el ejército federal, razón por la cual el pobre chico había caído en manos de los enemigos de la religión.

"Él me inspira, es lo que me da fuerza para seguir en esta lucha, ¡no lo puedo perder!"

Después de revivir la imagen de José Sánchez muerto en sus brazos, le pidió al padre Reyes Vega que lo bautizara y escuchara su confesión. El general tuvo solo tiempo para recibir los santos oleos y salir a combatir gritando "! Viva Cristo rey!" Después lo acribillaron tirándole a quema ropa mientras disparaba contra los pelones.

En ese momento Guillermito le preguntó al padre Salinas sobre el destino del joven José Sánchez.

-Pues, era casi un niño, más o menos de tu edad. Se había unido al grupo cristero que comandaba un ex general de la revolución y murió de un tiro, hijo. En la cabeza le dieron el disparo, en la frente para ser exactos, después de haberlo torturado varios días. El asesino fue un hombre al que le apodaban el Zamorano, su nombre era Rafael Gil Martínez. Ese pobre niño- prosiguió- fue un mártir. Le

cortaron las plantas de los pies y lo hicieron caminar hasta un hoyo que sería su tumba, lo torturaron para que denunciara a sus compañeros y el niño resistió hasta el final. Mostró más fe que muchos de los hombres que se consideran religiosos. Era un santo.

-Padre, ¿cuándo sucedió todo eso?- Le pregunté asombrado por la noticia.

-Adalberto, hay cosas que suceden que sabe la gente, pero que, por desgracia, oficialmente no se escribe de eso porque es un secreto a voces y afecta los intereses de las personas que están en el poder. Hace poco apareció un libro que cuenta el conflicto de las dos guerras cristeras, se lo puedo prestar si quiere es de un señor de apellido Meyer, Jean creo que se llama.

-¿Pero es posible que la iglesia le haya hecho la guerra al Gobierno? Perdone mi ignorancia, señor cura, es que la verdad sé muy poco sobre lo que me cuenta.

En realidad, el inicio del conflicto aparece después de la independencia de México cuando la presencia de los sacerdotes en la nueva república era imprecisa, ya que el Vaticano no había concedido su patronato, puesto que este se les había dado a los reyes españoles y en caso de concederlo a México sería aceptar su independencia. A pesar de que hubo varios intentos por parte de Agustín de Iturbide, el resultado fue nulo. Mientras la iglesia perdía su fuerza, muchos miembros del nuevo gobierno mexicano se fueron aliando a grupos de protestantes o masones, lo cual trajo como consecuencia que se formaran dos bandos que, si no me equivoco, siguen disputándose la hegemonía de la nación desde entonces. El primer grupo era de conservadores que abogaban por el establecimiento de la iglesia católica como única religión, además de conservar los derechos de la iglesia sobre la propiedad privada; el segundo grupo era de los liberales, que primero se llamaron insurgentes, cada vez se alejaban más de la religión católica y determinaban a través de las leyes las prohibiciones que debía tener la iglesia. Te voy a contar a grandes rasgos porque el conflicto ha durado unos ciento cincuenta años.

Había un grupo católico que se llamaba *la Virgen de los remedios* que intentó establecer la religión en el país, pero los *Guadalupanos*, con muchos miembros en el gobierno, pudieron separar los bienes de la iglesia y del estado, dejando a la primera sin recursos económicos suficientes para desarrollarse, así que aparecieron *los centralistas*, partidarios de la iglesia y los federalistas que fueron aumentando considerablemente se asentaron en el gobierno. Para 1847, Valentín

Gómez Farías, al grito de "Religión y Fueros" reunió a los creyentes para enfrentar al gobierno pero no logró nada. Después los opositores de la iglesia fueron Santa Anna que tuvo tiempo para vender el país y traicionar hasta la religión, Ignacio Comonfort que sometió a los cruzados en San Luis Potosí, Lerdo de Tejada en 1862 empezó el enfrentamiento contra Francia y se estableció el segundo imperio mexicano con *Maximiliano de Habsburgo* quien junto con Antonio Labastida, como presidente del consejo del estado, trató de implantar el catolicismo como religión única e intentó devolverle sus bienes a la iglesia, pero terminó fusilado por representantes de los conservadores.

En 1873 se extraditó a los monjes, lo que trajo consigo enfrentamientos armados y con la consigna de *"Viva la religión"* y *"Muera el mal gobierno"* se desarrollaron las guerras de guerrillas. Con Benito Juárez como presidente la situación no mejora para los clérigos y solo con la llegada de Porfirio Díaz y una circunstancia muy favorable para la iglesia que cambió el curso de las cosas y el poder eclesiástico se recobró milagrosamente. Tal vez no sepas que Porfirio Díaz estaba casado con su sobrina y al ser masón no podía darle los sacramentos a su mujer quien había enfermado gravemente y antes de que ella muriera, Porfirio Díaz, abjuró y se convirtió al catolicismo, pero para entonces el grupo de los liberales exigía la separación de la iglesia. En 1910.-hizo una pausa y le dijo a Guillermito, que seguía la conversación con los ojos muy abiertos y las cejas levantadas, que ya iba a terminar y que se irían a realizar las tareas pendientes; que necesitaba decir lo que sabía; que tuviera paciencia-. Como te iba diciendo, Adalberto, después de la matanza de Velardeña en el estado de Durango, en la que se mató despiadadamente a 48 personas y se les enterró en unos hoyos, Francisco I Madero junto con el Círculo Nacional Católico a la voz de "Dios, Patria y Libertad" empezó lo que sería La Revolución Mexicana.

Hay solo tres cosas que estropearon la reputación de la iglesia católica en nuestro país. La primera, fue el apoyo al emperador Maximiliano, la segunda, el coaccionar con Porfirio Díaz y la tercera, que es la peor, creer que Victoriano Huerta tendría la capacidad de controlar el país y brindarle su apoyo. Esos tres errores le dieron a la iglesia la reputación de adicionarse a los traidores de México. Es posible que por esa y otras razones, Venustiano Carranza y Plutarco Elías Calles decidieran prohibir toda educación religiosa e impartir la laica presionando a la iglesia a grados extremos. Lo que no sabían esos dos caudillos de La Revolución era que los mexicanos con fe saldrían a la calle a defender a su iglesia, a luchar contra la masonería, el comunismo y los ateos. En fin, hijos

míos,-dijo, mirándonos con bondad,- después hubo dos guerras cristeras y ahora ya ves que ha llegado la paz, ¿pero por cuánto tiempo?

Bien, no vayan a creer que me gusta la política ni mucho menos, pero después de leer todo eso, ya se imaginarán que se despiertan las dudas, ¿no? -se levantó y le acarició la cabeza a Guillermito, luego me dijo,- ¿Se imagina que José Sánchez tenía la edad de este crio cuando murió asesinado por esos herejes? ¿Qué pecados podría haber tenido? Mírelo nada más, es un alma del señor que apenas despierta a la vida con criterio propio.

-A ver, Guillermito,-dijo mirándolo con autoridad-, me tienes que ayudar con la misa de hoy. Tenemos que repasar las partes del sermón y debes prepararme todo lo necesario para que los que vengan hoy puedan comulgar. Ahora mismo llevamos a Adalberto al cuarto de los cacharros y luego empezamos con los preparativos, ¿de acuerdo?-Guillermito sonrió y le hizo entender al cura que estaba listo.

Subimos a la parte superior del ala derecha de la iglesia y caminamos por un pequeño corredor, luego el cura sacó un llavero y abrió una puertecita de madera que al abrirse dejó salir un aroma rancio y húmedo.- Es aquí,-dijo, mostrando con el brazo derecho haciéndome una invitación para que entrara. Guillermito veía todo con mucha curiosidad, iba memorizando todos los objetos que se encontraban con su mirada. Había muchas cajas y baúles, alteros de libros, unos armarios y una pequeña mesa un poco empolvada, entraba un rayo muy fuerte de luz por la ventana y vi que le iluminaba los gastados zapatos a Guillermito, quien permanecía como un saldado en la posición de firmes pero con un rostro muy ilusionado. Pensé que pronto sería un seminarista y algún día llegaría a ser un espléndido sacerdote a pesar de sus defectos de dicción.

-A ver, a ver, -continuó, el cura,-por aquí debe estar todo, sí, es aquí. Adalberto, este armario contiene libros secretos que me gustaría que no tocaras, están sellados y algunos fueron rescatados de las quemas que se llevaron a cabo por los bandoleros en los tiempos de La Guerra Cristera. Creo que lo que necesitas está por aquí, sí, mira, todos estos son registros que datan del año 1900 hasta el año 1945, pero faltan algunos porque fueron robados o extraviados. En ese pequeño rincón,- me señaló una estantería del fondo,- están algunos libros de teología y, por fechas, los libros de registros de bautizos, matrimonios y comuniones de 1875 en adelante, tampoco están todos porque algunos se los llevaron a la catedral, así que si no encuentras lo que buscas, tendrás que esperar

a que el obispo te permita verlos, cosa que creo imposible de lograr.-Hizo una pausa y agregó,- después, vendremos por aquí para saber qué tal te ha ido.- seguidamente salieron.

Empecé a sacar los libros de registros con mucho cuidado, vi que tenían un empastado duro pero el cartón estaba muy suave, así que empecé a buscar los libros del año 1900 que me urgía ver, pero al acercarme a la pila donde estaban me quedé mirando, como hipnotizado, el libro del año 1901, lo cogí como un autómata, me puse sobre las rodillas el libro de color violeta con las esquinas y el lomo blancos.

Un pequeño escalofrío me entró por el espinazo y temblé porque se había filtrado una corriente fría y húmeda, luego empecé a leer con cuidado. La primera hoja llevaba el nombre del templo de San Marcos, hacía referencia a que contenía los bautismos del año1901. Primero, había una lista por orden alfabético de los niños y niñas bautizados. Llegaban a mil cien, en la página treinta y tres estaba escrito que era el libro Nº 23 de Bautismos de hijos legítimos a partir del año 1901. En la siguiente página había un texto bastante extenso señalando que el Obispo hacía hincapié en el respeto y la veracidad con que se debían hacer los registros y las sanciones a que se verían los responsables del registro en caso de violar los estatutos. Después, los agradecimientos y buenos deseos de que se llevara a cabo el registro de muchos creyentes y, al final, las firmas de los responsables de la diócesis.

Encontré en la lista de nombres el de José Juan Luévano que estaba en la página cincuenta que decía que el siete de febrero de 1901, el presbítero Valentín Figueroa, con licencia del señor cura, bendecía solemnemente y le ponía los santos oficios a José Juan Luévano que había nacido en la Hacienda del Ojo Garzo el 10 de enero de ese año a las diez de la mañana y era hijo legítimo de José Luis María Luévano y María de las Nieves Miranda Díaz, no había nombres de los abuelos paternos ni maternos, pero había dos testigos, uno era Carlos Ancira Espinoza y el otro, la señora Mónica Reyes Castro. Al término de la lectura del acta de bautismo me sentí muy contento porque ya tenía más cabos atados y empezaba a esclarecerse el caso. Por un lado, lamentaba mucho la muerte de José Luévano, pero al menos, sabía que había muerto como un santo y que ahora tenía varias personas a las que podría empezar a buscar que eran el señor Carlos Ancira, la señora Mónica Reyes, Juvencio Dorantes Félix, Feliciano Noriega y Pedro Venegas. Por un momento creí estar a punto de

resolver el misterio. Me cruzó por la cabeza la idea de buscar más pistas pero desistí inmediatamente porque si había tenido la suerte de encontrar un dato tan importante debía conformarme por el momento, tal vez fuera por superstición, así que decidí ir a darle la noticia a Francisca.

No tardó mucho en llegar el cura seguido de Guillermito.

-Solo hemos venido a ver qué tal vas con tus cosas y a darte ánimo, en caso de que lo necesites.-Yo estaba tan feliz que abracé a Guillermito y le dije que era un amuleto de la buena suerte.

-Señor cura, he encontrado algo muy importante y le agradezco su autorización para fisgonear aquí. Ahora, necesito irme a ver a una persona que me ayuda en este trabajo. ¿Le podría pedir que otro día me cuente más sobre lo de la Guerra Cristera?

-Sí, hijo, con todo gusto, pero ven cuando no haya tantas tareas pendientes.-le besé la mano, luego volví a abrazar a Guillermito y le di un sonoro beso en la cabeza.

-Perdone, padre, es que no puedo contener mi emoción. Hasta pronto.

Salí corriendo hacía las oficinas donde trabajaba Francisca para comentarle las buenas nuevas y pedirle que me ayudara a buscar a las personas que había encontrado en el registro de bautizo de José Juan Luévano.

- Un paseo poco afortunado

Se sorprendió un poco al verme y puso cara de distraída para aparentar que no me había visto.

-Hola, Francisca, ¿qué tal el trabajo?- Le dije con una sonrisa de oreja a oreja, que ella interpretó como burla.

-Pues, solo tú andas de vago. Yo aquí tengo mucho trabajo e infinidad de cosas que hacer como para andar perdiendo el tiempo inútilmente.

-Pues, por tú aspecto me parece, más bien, que estás aburridísima.

-¿Ya ves cómo eres?, solo bienes a burlarte de mí.

-No exactamente. Te tengo muy buenas noticias, ¿sabes que encontré el registro de bautizo de José Juan Luévano? Y es por eso que me urge que me busques a unas personas.-Ella, se volteó para mostrarme su rechazo y comenzó a refunfuñar. Se me ocurrió una idea.

-Oye, ¿Por qué no te inventas una excusa y le pides permiso a tu jefe para que te deje salir hoy, eh? Y te invito a comer y luego a la Alameda o al jardín de San Marcos, ¿te parece bien?- Ella siguió con su actitud huraña pero se dio rápidamente la vuelta y desapareció. Unos minutos después llegó muy sonriente.

-Bueno, pues ya vámonos, por hoy me han dado el día.- Me dio mucho gusto que le permitieran salir y seguramente lo notó porque empezó a reírse como tonta.

Al atravesar la plaza sentí que poco a poco esta ciudad se me iba filtrando por los poros, los latidos de esta pequeña urbe iban resonando en mi interior y vi las cosas de forma diferente. Comencé a disfrutarla con su olor de pan tradicional de muerto, su dulce de guayaba, la alegría de la feria de San Marcos que, aunque ya hubiera pasado, había dejado el eco de su griterío alegre encajado en los adoquines de las calles, en la corteza de sus bajos árboles y en las canteras de las construcciones antiguas. Los nombres de las calles se fueron llenando de orgullo y heroísmo, fe y ensoñación. El aíre agitado por las alas del águila de La Plaza de la exedra se mezclaba con el rasgueo de las cuerdas de guitarras para cantar corridos de la revolución y entre acordes y gritos surgía *"La cucaracha"* para bailar al ritmo de las escobas mañaneras que cosquilleaban el sueño incluso los fines de semana.

Nos fuimos caminando en dirección de las vías del ferrocarril para salir a La Alameda. Las casas de ladrillos me parecían comestibles por los panes del mismo nombre, como si fueran de polvorón hojaldrado o condoches de maíz. Francisca comenzó a contarme sobre la feria de San Marcos, que es junto con la celebración de Día de Muertos, la Semana Santa y la Navidad, una de las fiestas más importantes de la ciudad. Me dijo que había ido a una corrida de toros cuando era una adolescente para ver a los tan guapos matadores con su traje de luces; que si le preguntaban qué era lo mejor de Aguascalientes, sin duda diría que los charros del jaripeo y los maestros del arte taurino porque lo que no le gustaba eran las peleas de gallos, pues no estaba de acuerdo en que se organizaran los palenques.-Es que me dan un montón de lástima los pobrecitos

dándose navajazos y cortándose con los espolones afilados, luego se picotean la cabeza y se rompen el cráneo, es un espectáculo horroroso. Nunca iría a un palenque a ver como unos borrachos fuera de sí, agitan sus billetes y gritan como dementes-. Lo que si había hecho era ir a la arena, a ver a los hombres con su traje de lentejuelas y su capote de paseo, arrogantes y valientes.- Se necesita tener muchos huevos para meterse a birlar un toro, la verdad.- Me dijo imaginándose a los novilleros en el momento de las revoleras, los faroles de rodillas, las serpentinas y los pasos de pecho.

-Lo malo,-decía,- es que ya no me dan tantas ganas de verlas desde el día que vi como a un español, que había venido a hacer su alternativa con dos matadores mexicanos muy famosos, cometió un error y el toro le rasgó la parte interna de la pierna izquierda. –Vi con horror el color rojo que lo humedeció de inmediato, luego le pusieron una venda y el torero salió de nuevo pero cojeaba mucho y el toro parecía que lo veía y hasta leía sus pensamientos, por un momento parecía que se habían cambiado los papeles y que era el toro el que se disponía a rematar la faena, entonces el pobre aspirante a matador se llevó dos revolcones y al pararse estaba endemoniado, bañado en sangre con la cara desfigurada por la furia y se tiró a matar con la espada levantada y la hundió hasta los pulmones del vacuno, sin embargo el animal levantó la cornamenta y le asestó un golpe en el vientre. Se tuvieron que llevar al novillero sin título y con la barriga rebanada. Después salió en el periódico que se había salvado, pero a mí me pareció que el toro si lo había herido de muerte. Solo recuerdo los gritos que daba el güerito, primero de gusto y después de furia.

-Lo que pasa es que no es un espectáculo para jovencitas sensibles y buenas como tú.- Me miró de forma pícara y me cogió de la mano.

Cuando pasamos por la estación de trenes vimos a unos camarógrafos acomodando un enorme aparato en un tripee, había muchos curiosos y cerca de ellos estaban dos actores que se me hicieron conocidos, quise ir más cerca para ver pero Francisca me dijo que mejor nos fuéramos porque si nos quedábamos allí no pasearíamos nunca. Después supimos que se había rodado una escena de la película *La pasión según Berenice* dirigida por un hidrocálido de nombre Jaime Humberto Hermosillo.

Anduvimos paseando por la larga Alameda que es mucho más grande que la de la capital, pero no cuenta con un coloso de mármol como el del Palacio de Bellas Artes. No sentamos en una banca y dejamos que el tiempo transcurriera mientras

observábamos cómo llegaba el hermoso atardecer. Hablamos de todo tipo de tonterías, he hicimos infinidad de bromas y de repente el cielo se puso naranja y fue calentándose hasta alcanzar un rojo intenso, las nubes comenzaron a quemarse y desmenuzarse como la ceniza de un papel quemado, se comenzaron a acercar pequeñas hojuelas de color marrón y se fueron depositando en las copas de los árboles, con ellas llegó un sonido de aleteo y los piares de unos pájaros que comenzaron a pelearse por un espacio entre las poco frondosas ramas de los álamos, había riñas encarnizadas, una parvada de plumas enloquecidas, sin sitio para irse a descansar, rodeaba como enjambre de colmenas, revoloteando y ocupando los pocos huecos que encontraban. Empezó una lluvia intensa, las gotas caían como plomazos y estallaban como si de pequeñas bombas se tratara, noté que se me manchaba la camisa de color verde.

-¡Vámonos!- gritó Francisca, que se apoyaba cómodamente en mi hombro,- estos pájaros nos van a poner perdidos de caca.

Salimos corriendo pero no pude evitar estrellarme contra los excrementos aviares en mi precipitada huida. Llegué a la estación de trenes con la cabeza hecha un amasijo verde y la camisa como de lunares mal pintados. Me dio mucha pena andar así por las calles y me despedí de Francisca con la promesa de verla al día siguiente. Al marcharme solo tuve tiempo de decirle que me buscara datos sobre Carlos Ancira Espinoza y Mónica Reyes Castro.

Cuando llegué a la casa de la señora Nacha, me abrió la puerta y al mirarme no se asombró en absoluto del aspecto que tenía y solo me preguntó si había estado en La Alameda. Le dije que sí y me fui directamente a la ducha. Cené algo muy ligero y soñé toda la noche, entre volteretas, ronquidos y balbuceos que encontraba finalmente a las personas que me revelaban todos los secretos de la vida de los Luévano; que volvía triunfante a la oficina de don Doroteo y renunciaba diciéndole que nunca más me volvería a ver en su oficina y que lo esperaría en un consultorio médico para atenderlo de su horrorosa tos de fumador; que finalmente me decidía a vivir con María con la que formaba una familia y mis hijos crecían y triunfaban profesionalmente en un país libre y justo.

Por la mañana me desayuné con mucha calma, arreglé las pocas cosas que había llevado en mi pequeña maleta y le dije a la señora Nacha que había descubierto mucha información que podría aclarar el asunto de su herencia muy pronto.

-Ojalá y sean cosas buenas, porque quién sabe cuántos secretos sin revelar hay

en la vida de nuestra familia, Adalberto.-Sin entender exactamente lo que me decía, le previne que tal vez por el curso de las circunstancias tendría que ausentarme o irme de su casa.

-Señora Ignacia, es posible que pronto me tenga que ausentar por unos días para ir a buscar a algunas personas en las regiones aledañas.

-No se preocupe, venga cuando quiera. Aquí siempre lo recibiré con gusto y aprecio,

Le agradecí que fuera tan atenta conmigo.

- ## Grandes revelaciones

Fui en busca de Francisca para saber si había encontrado datos de las personas que le había encargado. Esta vez al verme llegar se le iluminaron los labios con una sarcástica sonrisa y me preguntó por mi camisa. Le dije que la había lavado pero que nunca se me olvidaría la lluvia de excrementos de pájaro que era peor que la película tenebrosa de Alfred Hitchcock.

-¿Encontraste algo de lo que te encargué, Francisca?

-Malas noticias, Adalberto, las personas que buscas se murieron en la época de La Revolución por el año de 1912. Carlos Ancira Espinosa de una pulmonía y la señora Mónica de un mal embarazo. Para acabarla de amolar fue en el mismo año que se murió Josecito Luévano. Encontré las dos actas de defunción, es que como parece que habían nacido en el otro siglo y aquí no tenemos los libros de finales del siglo XIX, pues busqué en las defunciones y ya ves, solo que me tardé un montón.

- ! Qué lástima! Francisca, ¿Y ahora qué hago?

-Sí quieres te busco al Juvencio Dorantes y al Venegas ese.

-¿Me harías el favor?

-Pues, claro, ¿qué no sabes cuál es el significado del bautizo de caca en la Alameda?

-Pues, la verdad no.

-Eso significa,-y se rio con mucha alegría,- que somos dos enamorados.-luego comenzó con su particular parpadeo y a fruncir el entrecejo, me reí.

-Paquita, me disculpas si vengo por ti después, me voy a ver al cura a ver si puedo indagar más en su cuarto de trebejos.

-Bueno, pero me debes una comida y una cena, ¿eh?

-Sí, Paquita, claro que sí. No te preocupes. Paso más tarde por ti.

Cuando entré al atrio del templo de San Marcos vi a Guillermito que seguía al padre Agustín, les hice una señal con la mano pero no me vieron. Luego caminé hacia el altar y el cura Armando apareció como por arte de magia.

-Buenos días, señor cura.

-Buenos días, Adalberto, ¿otra vez por aquí?

- Sí, señor cura, es que vengo del registro civil y mi amiga Francisca, una encargada del registro civil, me dio malas noticias, así que he venido de nuevo a ver si me deja curiosear un poco en sus libros.

-Ayer te vi tan feliz que creía que tardarías más en volver. Bueno, acompáñame y te abro la puerta, además quiero poner un poco de orden allí.

Entramos y el cura me mostró los libros de los últimos años del siglo diecinueve,-No están todos porque algunos fueron quemados.- me confesó con pesar.

-Es que en nuestro país han sucedido tantas cosas,- decía mientras arreglaba unos objetos en un armario.

-Adalberto, el pueblo mexicano es muy creyente. Ya te conté todo lo que pasó en la historia pero me gustaría que escucharas algo sobre los creyentes. El mexicano cuando tiene fe es inquebrantable, sin embargo la misma religión no se estableció tan rápidamente en esta hermosa tierra. Los monjes, sacerdotes y obispos siempre encontraron obstáculos puestos por la política liberal, de hecho siempre se ha callado la verdad y lo cierto es que siempre ha habido enfrentamientos armados. Para poder santiguarse libremente todos los indios y los mestizos han tenido que luchar contra la influencia de la masonería y el

protestantismo. El gobierno no sólo ha intentado limitar las funciones de la iglesia, sino que ha intentado erradicarla del país. No es un secreto que la política de nuestros vecinos del Norte, siempre ha estado encaminada a controlarnos e influirnos tanto económica como políticamente. -Son los amos del mundo, ¿qué podemos hacer, padre?- le pregunté.

-Pues amar nuestra tierra, sentir ese orgullo de tener un país con historia. En el año de 1926 hubo una guerra organizada, se le conoce como Cristiada, pero prueba buscar información oficial y no encontrarás mucho. Yo era un muchacho como tú, con muchas inquietudes, había hecho mi seminario en la ciudad de México y me mandaron a Fresnillo, Zacatecas a colaborar con un cura que se había propuesto muchos planes, pero corría el año 1925 y estaba por empezar el conflicto armado. Plutarco Elías Calles había empezado a prohibir que se instruyera a los feligreses fuera de la iglesia, estaba dispuesto a terminar de una vez y por todas con la casa de Dios. Presencié enfrentamientos entre federales y cristeros, confesé a cientos de campesinos y sacerdotes que cayeron durante las batallas. Durante varios años anduve errante con grupos que no se rendían, incluso cuando ya había sido asesinado Gorostieta. ¿Sabías, Adalberto, que hubo incluso un partido católico?

Era una organización que luchaba contra el gobierno de Calles. Tuve la suerte de conocer a un representante que después fue mártir y, que según espero, será canonizado algún día. Se llamaba Anacleto Gonzales Flores y aunque no había terminado su seminario, se unió y apoyó a los miembros del partido católico, ideó un plan de boicot económico que trajo como consecuencia el desequilibrio monetario en el estado de Jalisco, fue un hombre brillante que luchó con ideología y tácticas muy inteligentes, ocultó a un obispo e hizo un gran servicio a nuestro Señor. Lo lamentable es que lo torturaron y lo fusilaron como a todas las personas que se rebelan contra la tiranía y la injusticia en nuestra patria. Uno como padre,- en ese momento hizo una pausa para secarse la boca con un pañuelo, me miró y siguió,- se entera de muchas cosas, hijo mío. Tal vez no sea lo más propio esto que te voy a decir, porque un cura debe guardar los secretos de la confesión, sin embargo un día tomé el testimonio de un hombre que me contó cómo se habían enterado los federales de la ubicación de Anacleto que se ocultaba de los sabuesos federales que le iban siguiendo el rastro.

"Se lo dijo Zurita, padre, se lo juró. Me he guardado ese secreto y quería llevármelo a la tumba por miedo a que se enterara Rosendo y me matara, pero

ya sé que no va a pasar nada. Quiero obtener el perdón de dios. Él fue quien le pidió el dinero a los espías de Calles, les dijo que le comunicaran al general Ferreira que Anacleto estaba en la casa de Florentino Vargas González.”

-Eso fue lo que me dijo el pobre hombre antes de agonizar, ¿Te imaginas?

-Me quedé noqueado por el impacto que causó sobre mi cabeza el apellido Zurita y de inmediato le pregunté al padre para saber si había oído bien o era producto de mi imaginación.

-Sí, hijo, era Rosendo Zurita, un hombre malo por naturaleza.

El hecho de escuchar esa revelación de improviso me dejó mudo. No podía ordenar mis ideas y por más que trataba de formular una simple pregunta, no sabía cómo poner las palabras de la forma más lógica posible. En lugar de preguntar le conté al cura sobre mi intención de buscar información de José Luévano porque había descartado encontrar datos sobre Rosendo y ahora, salía de pronto, sin más, para complicarme las cosas en este enredo.

-Pues, Adalberto, yo no me puse a investigar mucho sobre ese mal hombre, sin embargo sé, por referencias de otra persona, que era un ser horrible. Con quien llevé amistad realmente fue con un ex revolucionario que odiaba a muerte al tal Zurita. Se llamaba Juvencio, venía a misa en ocasiones y me preguntaba cosas de religión, a veces me sorprendía con preguntas difíciles de contestar porque tocaban el campo de la teología y me embrollaba mucho para explicarle. Luego, un día dejé de verlo, supe que se había ido a vivir a una hacienda abandonada allá por la carretera hacia Zacatecas.

-Padre, estoy completamente desorientado, tengo la cabeza vuelta al revés. Dígame cómo se apellidaba ese señor Juvencio, por favor.

-Dorantes Félix.

- Buscando a don Juvencio

Comprendí que el destino me había puesto en un juego donde mis acciones y voluntad estaban de sobra. Ya no podía deducir nada, esperaba que las mismas circunstancias me fueran llevando como la corriente del agua de lluvia en las calles se lleva las hojas de los árboles a los alcantarillados. Tenía solo la esperanza de que Juvencio se encontrara aún vivo.

-¿Cuántos años tendría ahora ese señor Juvencio, padre?

-Pues, no sé, Adalberto, creo que más de ochenta.

-¿Y no sabe si está vivo?

-No, hijo por desgracia ha pasado demasiado tiempo. Juvencio trabajaba en los talleres componiendo trenes, pero un día se retiró y se fue sin decir nada. Uno de sus hijos me comentó que se había ido a vivir cerca de la hacienda donde hacía muchos años había vivido con su patrón porque no le gustaba ser obrero y que como había nacido campesino se iba de la ciudad. Luego, ya no supe de él. Pero han pasado tantos años que solo recuerdo algunas cuantas conversaciones. La memoria se va perdiendo con el tiempo, hijo, es el mal que debemos combatir para no cometer los mismos errores.

-¿Cómo se llamaba esa hacienda de la que habla, padre?

-Pues, en aquel entonces era la hacienda el Ojo de Garzo, ahora solo son ruinas abandonadas. No sé realmente en dónde estén ubicadas pero si vas, por allí hay varios pueblitos pequeños. La gente te sabrá decir, ¿pero porque no le preguntas mejor a sus hijos? Ellos viven aquí en la ciudad.

-Sí, señor cura, creo que será lo mejor. Ahora si me disculpa, tengo que irme. Ya volveré para informarle.

-Sí lo encuentras, espero que no sea demasiado tarde, dile que le mando mi bendición.

-Gracias, señor cura.

Salí del templo de San Marcos muy aturdido y con una sensación de encontrarme envuelto en una nube magnética que me cimbraba. La necesidad de ir directamente a la hacienda del Ojo de Garzo a constatar que Juvencio existía, me oprimía hasta dejarme inmóvil por la angustia, además un presentimiento me mantenía en vilo como a un jugador ludópata que no quiere hacer ningún

movimiento después de haber arrojado los dados en una mesa de juego dónde las apuestas han dejado una enorme suma y la posibilidad de ganar es del cincuenta por ciento. Sabía a la perfección que era mucho más fácil ir a la casa de los hijos de Juvencio a preguntar directamente por el destino del viejo, pero una actitud testaruda me hacía alejarme de todo razonamiento lógico. Estaba empecinado en ir directamente a las ruinas y ver a don Juvencio.

Me costó mucho trabajo llegar al empleo de Francisca. Ella, al verme se espantó por causa de mi aspecto.

-¿Qué te pasa? Pareces un zombi, ¿qué te sucedió? No habrás descubierto algo malo, ¿verdad?

-No, no, Francisca, al contrario. Es que me siento muy mal. Es como si de pronto me hubieran desfundado, como si me hubieran sacado todas las emociones y estuviera completamente vacío. Siento apatía y náuseas.

-No te preocupes. Ya se te pasará- ¡Cuéntame!

Comencé a caminar sin ponerle a tención a Francisca, que me tironeaba de la camisa y perdía la paciencia. Iba sin ánimo y con la mente en blanco, mis pasos eran como los de un autómata que se deja llevar por la inercia. De pronto Francisca me dio un golpe en la nuca y reaccioné.

-¿Pero qué haces? ¿Estás loca?

-Es que no me oyes, llevamos quince minutos caminando sin rumbo y vas como una mula. Si quieres estar solo, dímelo y me voy.

-No, por favor, Paquita, quédate. Es que estoy impactado por una noticia.-sin reflexionar lo que decía, le dije.- He encontrado a Rosendo Zurita.

-¿Cómo? Pero si no había rastros de él y se supone que murió, ¿no?

-No, no me entiendes. Quiero decir que ya sé dónde está don Juvencio Dorantes Félix. Pero tengo miedo de ir o preguntarle a sus hijos por él. Es que si está muerto se me va todo por la borda, y si vive, sabré por fin cuál es el significado de todo este embrollo, sabré por fin el secreto de la herencia.

-Pues, arriésgate y ve. No pierdes nada.

-Mejor nos vamos a tomar algo y lo analizamos juntos, no sé qué hacer, la

verdad. Estoy sin fuerzas.

Sólo tuve la energía suficiente para llegar a la calle de Don Miguel Hidalgo y Costilla. Enfrente de la Casa Vieja, una construcción del año 1725 muy bonita, hay un frondoso árbol y una fuente con unas banquitas. Me senté y traté de descansar un poco. Francisca llamó a un hombre que en ese momento pasaba arrastrando un carrito con una cuba de madera muy grande.

-Adalberto, ¿quieres una nieve? Ese señor las hace riquísimas.- Se emocionó y le pidió dos vasos atiborrados de nieve de guayaba. El hombre moreno y bajo sacó una paleta de madera y comenzó a poner la nieve en abundancia parecía que los grandes vasos de plástico no tenían fondo. Le pagamos y comenzamos a saborear la dulce y deliciosa guayaba congelada. Recobré el ánimo y el golpetazo de la aromática fruta, junto con las caricias al paladar, me fueron volviendo a mi condición normal.

-Está riquísima, Francisca, ¡qué maravilla!

-Ese señor lleva tanto tiempo haciendo nieve de guayabas que ha logrado la perfección, ¿no crees?- Otra vez el movimiento de sus cómicas cejas me hizo reír.

Le conté a Paquita lo que me había dicho el cura.

-Oye, Paquita, ¿sabes qué?- ella dejo de mover las cejas y las frunció en actitud interrogativa.-Pues, creo que ese tal Zurita era un embaucador, un estafador profesional y un traidor.-Mira, primero la señora Ignacia me dijo que Rosendo la trataba muy mal en la intimidad, que era violento y pervertido. Luego, vimos las actas de matrimonio de Rosendo Zurita con tres mujeres muy jóvenes y, por cierto, ¿sabías que la señora Nacha se casó con unos testigos a quienes Zurita amenazó de muerte con una pistola? Ahora, el cura me ha dicho que Zurita traicionó a un Beato, que podría ser canonizado algún día, de nombre Anacleto González Flores que era miembro del partido católico y fue torturado por el general Ferreira el encargado de Calles para mitigar los levantamientos cristeros en el norte del país. Todo esto no encaja con las declaraciones de los hermanos Zurita, pues ¿qué peligro correrían sus propiedades en aquel entonces?, solo que fuera un miembro de los que se oponían a Plutarco Elías Calles, que lo descarto por completo. Es por eso que estoy nervioso, Francisca, porque si encuentro ahora a don Juvencio, él me desvelará todos los secretos y este asunto se irá al traste o se aclarará. La verdad, no pensaba que el caso pudiera tomar este curso.

-No te apures, ya te he dicho la frase de mi padre que…

-Sí, sí, ya lo sé, pero si al final los Zurita no son los propietarios, ¿Qué voy a hacer?

-Pues, eso a ti no te importa. Te mandaron a descubrir la verdad, ¿no?

-Sí, pero tengo el presentimiento de que esto se va a poner muy feo.

-A ti eso qué te importa, de todas formas a ti te pagarán por eso o ¿no?-Se hizo un silencio sepulcral y nos miramos con actitud interrogativa.

-No, Paquita, creo que todo saldrá al revés. ¡Quién me manda meterme en esto! Pero, si ya había decidido renunciar, ¿para qué acepté este trabajo maldito?

-Pues, no sé. Lo único que puedes hacer es terminarlo y luego largarte.- Me miró, con atención, pues la última palabra que pronuncié sonó muy raro.

-Me dejarás aquí ilusionada, ¿verdad?-Yo no había pensado en ningún momento acercarme sentimentalmente a Francisca pero al parecer ella pensaba lo contrario.

-Paquita, no puedo hablar de eso ahora. ¿Porque no me dices cómo encontrar esa hacienda del Ojo de Garzo?- ella se enfadó, me miró con un poco de rencor y me dijo que si me iba por la carretera hacía Zacatecas por allí la encontraría. Después, la abracé y empecé a cuchichearle palabras cariñosas en el oído como si se tratara de una niña pequeña.

- El encuentro con Juvencio Dorantes Félix

Me informé sobre la ubicación aproximada de la hacienda del Ojo de Garzo y me fui en busca del sitio. En la avenida de la Convención de 1914 cogí un autobús que iba por toda la ruta de la carretera 45 hacia Zacatecas, el viejo vehículo salió por la ciudad a San Francisco de los Romo, pasé Los Ánimas y antes de llegar a San Luis de Letras me bajé y caminé por el pabellón de Arteaga, encontré una vereda escoltada por unos pirules medio pelones y seguí en dirección oeste. Caminé más de una hora sin encontrar un alma. Hacía un

calor agobiante y como no llevaba sombrero sentía hervir la cabeza por eso me iba ocultando bajo los álamos y cedros que encontraba, el viento solo se llevaba con desgana las pequeñas nubecitas de polvo que levantaba con mis pasos al atravesar por el terregal.

De pronto apareció en un cruce, un hombre con una mula cargada de leña que iba en la misma dirección que yo, rápidamente corrí hacia él y le pregunté si sabía dónde quedaba la ex hacienda del Ojo de Garzo. Teníamos una planicie muy extensa al frente, casi no había vegetación. El señor se quedó mirando algo en la lejanía y después me indicó, señalando hacia unas casitas abandonadas que apenas se veían,- creo que será por ahí, vaya para allá y pregúntele a alguien, más adelante está un pequeño poblado con el nombre de Venustiano Carranza. Le agradecí muchísimo su ayuda y me fui en dirección de las casitas de adobe, cuando finalmente llegué me di cuenta de que estaban abandonadas pero de la última casita de la fila, que estaba en mejores condiciones, salía una pequeña estela de humo, también había un pequeño corral donde pastaba un toro viejo. Había dos árboles medio muertos y entre ellos se veía detrás un sembradío de frijol rodeado por un marco alto de pastizales. Oí el mugido cansado y débil del toro. El animal era muy viejo y masticaba muy despacio la hierba que tenía en una gran caja de madera. Vi la puerta de la pequeña vivienda entornada, me acerqué y al tocar. la madera empezó a rechinar muy fuerte.

-Buenas tardes, ¿hay alguien aquí?

-¿Qué desea? -Me preguntó una mujer de unos cuarenta años muy morena que llevaba un vestido de algodón con estampados de flores y un poco sucio, en los hombros llevaba un rebozo negro con franjas blancas muy finas.

-Busco la hacienda el Ojo de Garzo,-dije saltándome todas las reglas de cortesía, luego rectifiqué,- o mejor dicho, al señor Juvencio Dorantes Félix.- Me miró un poco sorprendida y con desconfianza, luego contestó.

-La ex hacienda del Ojo de Garzo ya no existe, joven, estaba a unos ochocientos metros de aquí, detrás de la loma. Y el señor Juvencio es mi abuelo, ya no debe tardar, fue por un poco de agua, pase usted, si quiere.

No pude contestar porque a mis espaldas oí el sonido metálico del asa de un cubo al chocar con el filo del balde. Vi a un hombre encorvado, con sombrero de paja medio roto, camisa amarillenta, vaqueros pálidos y botas viejísimas. Me pareció que el anciano apenas se mantenía en pie, a pesar de su constitución de

pedernal, porque tenía las piernas un poco flexionadas y arqueadas.

-¿Es usted el señor Juvencio Dorantes Félix?-Lo pregunté con tanta duda que el viejo pensó que en lugar de preguntar, negaba.

-Sí, ¿Por qué? ¿Para qué soy bueno?-Me preguntó con una voz gastada por el uso pero con un acento norteño muy agradable.

-Mire, no sé cómo explicárselo, -me dejé llevar por la emoción y no traté de explicarle nada, tan solo le inquirí,- me gustaría preguntarle sobre José Luévano, ¿se acuerda de él?-El rostro del viejo cambió de una expresión triste a una alegre y después se puso serio.

-¿Del chiquito o del padre?

-Pues, la verdad de los dos.-Él se sorprendió mucho de que yo conociera a esas personas y me miró con unos ojos curiosos atiborrados de cataratas.

-¿Pero es que conoce usted la historia de El Venadito?

-¿Cuál venadito?

-El chamaco, Josecito Luévano.- Se rio mostrando sus dientes muy espaciados, medio alineados y amarillentos.

-Ah, pues es precisamente por eso que he venido a buscarlo a usted desde la ciudad de Aguascalientes, vengo del D.F, y como ando investigando la vida de los Luévano, pues he llegado hasta aquí, gracias al cura Armando Salinas Castro, ¿Lo recuerda?- Se quedó callado, bajó la mirada y se dio la vuelta. Me pareció oír un leve sollozo, pero pensé que había sido algún ruido raro del campo.

Dentro de la casucha estaba una cama muy estrecha con una almohada grande que tenía un enorme hueco en el centro, estaba cubierta por una manta de cuadros verdes con negro muy parecida a la de la cama de la sacristía del padre Agustín, pensé que tal vez era una característica de los hombres pobres o modestos, al lado de la cama estaba una mesita pequeña en la que había un quinqué de petróleo y dos sillas con respaldo de paja tejida muy hundidas del asiento, el piso era de tierra y en un comal había unas tortillas calentándose.

-No esperamos nunca visitas, joven, por eso sólo le puedo ofrecer unos tacos de frijoles y un café caliente, pero aguado. Me dijo la señora como si no fuera bien recibido.

-No tengo hambre, señora, muchas gracias. Le acepto el café.

-No se fije, joven, mi nieta Yolanda es así, francota como su mamá. ¿Cómo se llama usted?

-Adalberto, señor Juvencio, para servirle.

El viejo se quedó enclaustrado en sí mismo, sentado como una estatua de piedra esculpida en roca. Parecía que ni siquiera parpadeaba, creí que se había quedado dormido, pero habló de pronto.

-Sí, joven Adalberto, es una historia triste lo del pobre Josecito. Yo lo quería como a un hijo porque lo crecí, allá en la hacienda de su padre, pero con La Revolución el chamaco se perdió y luego lo encontré de nuevo, pero sólo para enterrarlo. Para entonces ya estaba huérfano y se fue al cielo con sus padres. –Se quedó mirando el reflejo del fogón en su café, levantó el jarrito y sorbió un poco.

-Ya me voy, tata, vengo mañana para lo que se le ofrezca y como siempre, le traigo su desayuno,- Dijo Yolanda mirándome sin mucho aprecio,- bueno, pues para los dos.-Corrigió,- usted se va quedar hoy aquí, ¿verdad?- asentí con la mirada. Se levantó Juvencio y me dijo que acompañaríamos a su nieta. Salimos y nos fuimos caminando al lado de Yolanda por la vereda que iba hacía un lugar de nombre Rancho el Mirador en dirección sudeste. Anduvimos hora y media o más porque Juvencio avanzaba muy despacio, luego vi con un poco de dificultad, porque anochecía, unas casas aglomeradas en un pequeño llano austeramente iluminado. Juvencio se despidió de su nieta y la vimos alejarse poco a poco por una pequeña vereda terrosa resguardada de altos pastizales, árboles chaparros y arbustos.

Volvimos sobre nuestros pasos sin intercambiar palabra alguna y Juvencio, a pesar de su inevitable ceguera recorría la vereda como si fuera una estela luminosa que lo guiaba hasta su casa. Llegamos cuando la oscuridad era casi completa porque no había luz de luna, pero el anciano se movía con gran familiaridad. Entramos en la pequeña casa, Juvencio con movimientos automatizados encendió el quinqué, luego sacó un petate que puso en el suelo y me dio su manta, después cogió un poncho se lo puso y se acostó.

-Duérmase ahí, que ya mañana será otro día y tengo muchas cosas que contarle.

-Buenas noches, don Juvencio. Que descanse bien.

-Buenas noches, pero no me diga don Juvencio, llámeme por mi nombre a secas.

El silencio era implacable, lo único que de vez en cuando se oía era algún ruido provocado por el viejo toro o algunos ronquidos de Juvencio. Como no estaba acostumbrado a dormir en el suelo, estuve dando vueltas. Tenía la misma sensación que se experimenta cuando se tiene un examen muy difícil y no se ha estudiado lo suficiente. Los nervios me obligaban a revolverme, enderezarme, cambiar del lado izquierdo al derecho. Más tarde, sin darme cuenta me dormí, pero a las cinco y media de la mañana se abrió la puerta y entró Yolanda que me saludó con cordialidad.

-Buenos días, joven.

Buenos días, Yolanda, ¿dónde está Juvencio?

-Ah, ya debe andar por ahí haciendo algo, nunca se queda quieto por eso está tan sano, parece un roble y eso que ya pasa de los ochenta años.

Me levanté y unos minutos después llegó don Juvencio con unas ramas de hierba en la mano. Me saludó como tratando de reconocerme y me dijo que después de desayunar nos iríamos a dar una vuelta por el campo. Yolanda nos sirvió un café con canela, esta vez más cargado y con azúcar, y unos panes grandes hechos sin levadura. Al terminarnos el modesto desayuno, salimos de la casa, nos acercamos a una montaña de leños que estaba junto a uno de los árboles muertos, el anciano cogió un hacha y comenzó a cortar con destreza la madera.

-Llévele esta leña a Yolanda y dígale que luego venimos.-Me llevé en tres viajes los maderos trozados y se los di a Yolanda.

Empezamos a caminar al paso de Juvencio como si en lugar de ir hacia el frente lo hiciéramos hacia atrás, luego subimos por una empinada y de pronto me preguntó

-¿Qué ve allí?,- señalo el horizonte y sonrió.

-Nada.-Le contesté de inmediato y sin entender la pregunta.

-¿Está seguro? Mire bien.

Me quedé callado porque no sabía si se me estaba pidiendo que describiera lo que estaba ahí cerca ante nosotros o el paisaje.

-¿Ve,-continuó-, cómo una intensa luz amarilla sale por el horizonte? Se ve como una llama de fuego joven saliendo de la tierra, ¿no?- y sin esperar mi respuesta, siguió.-Pues de esta tierra sale todo, Adalberto, el oro, la plata, el cobre, el petróleo y todo lo que comemos. Estamos atados a ella desde tiempos ancestrales y los hombres que la trabajan, lo único que quieren es que les den un trozo de ella, una parcelita para trabajarla, sembrarla y recoger su cosecha para poder comer y alimentar a su familia. ¿Pero, dígame, cuánto se ha luchado por ese trozo de tierra?

La encarnizada pelea por la tierra empezó con Cuauhtémoc al frente del imperio Azteca cuando tuvo que enfrentar a los españoles, le siguieron Morelos e Hidalgo, luego Iturbide y así otros hasta llegar a Orozco, Villa y Zapata.

¿Sabe cómo veo La Revolución? Villa, es el cuerpo, la fuerza y el empuje; Zapata es el alma, el espíritu inocente y justo que mantenía la llama de la esperanza en los revolucionarios que pedían solo un poco de comprensión y justicia, no pedían más que su trozo de tierra propia *"Tierra y Libertad"*, decía Zapata, qué simple, ¿no? Y a la vez tan imposible de obtener; las cabezas son y serán muchas, todas afectadas por la ambición del poder, ahí está Porfirio Díaz, que no se quería levantar de la silla presidencial y se reelegía y se burlaba abiertamente del pueblo.

Cuando se cortó la cabeza de Díaz se puso la de Madero pero, aunque él era de origen aristocrático, nunca había gozado de los favores que se le rinden a un gran mandatario, es decir, al señor presidente, era como si lo hubieran invitado a un palacio donde todos eran anfitriones y el mero dueño, fuera no más que un hombre de la calle al que se había invitado a compartir un comensal. Por eso, todo mundo lo engañaba, estaba rodeado de los científicos de Díaz, esos cuervitos saca-ojos que miraban con desprecio al pequeñito Francisco I Madero,- Don Juvencio, se quedó quieto y se sentó en una piedra grande y plana, luego continuó- Va usted a creer que estoy loco para decir todo esto pero, por si no lo sabe, yo anduve en la revuelta de 1910, conocí a Pascual Orozco, veía a mi general Villa como la coraza que nos protegería de las invasiones extranjeras, era como un cuerpo luchando contra las enfermedades del país. Primero, contra los latifundistas hambrientos de placer y víctimas de la gula, por eso mató al hacendado que quería ejercer el derecho de patronato regio sobre su hermana cuando todavía era Doroteo Arango; después, se enfrentó a banqueros, traidores, estafadores que le vendieron parque sin pólvora, incluso contra fuerzas

extranjeras gringas, por último perdió la lucha contra sus propios líderes, sus propios aliados que al principio del movimiento armado fueron sus colaboradores y después se lo escabecharon.

Fue necesario que le metieran kilos de plomo para cerciorarse de que estaba completamente muerto y así Obregón y Calles pudieran dormir tranquilos, pero al matar el cuerpo de la revolución, las cabezas quedaron a merced de los pecados capitales. Obregón como caudillo de la revolución y en nombre de la misma quería influir sobre el gobierno, incluso planeó su reelección y Calles lo mandó matar, pero al hacerlo el mismo contrajo el mal y se puso a invocar espíritus, quizás por eso Calles se ensañó contra la iglesia y empezó a matar a los sacerdotes y sus partidarios.

Mire, que cosa tan curiosa. El general Enrique Gorostieta, que era ateo pero que con el movimiento cristero se redimió, se encontró con Plutarco Elías Calles y le pronosticó su fin, se lo dijo como si Gorostieta fuera un mesías de la nación condenando sus pecados de hereje. Luego los siguientes presidentes fueron sufriendo en mayor o menor medida la influencia, mejor dicho, la enfermedad de esas ideas contagiosas de la violencia y poder, mal o bien han gobernado el país pero las matanzas siguen porque las cabezas están sin soporte y cada vez que se empieza a consolidar un cuerpo viril y sano en el que pueden descansar, lo matan o lo niegan.

Zapata era mi fe, tenía la creencia de que sólo él podría repartirle a los mexicanos lo que era de ellos por derecho con una ley agropecuaria justa, Emiliano me llenaba de esperanza, pero el guerrero de Morelos no veía quien pudiera gobernar a la Patria porque cada vez que se ponía un líder en el país la cabeza en turno se infestaba, se contagiaba de maldad y se llenaba de pus. Emiliano Zapata se entregó a Madero de forma incondicional, por eso cuando se le acercó a Huerta lo trató como un Caín traidor asesino, luego cuando se reunieron Villa, el cuerpo, Zapata, el alma, y Carranza la cabeza interina; hubo una esperanza de que el país se cuajara en una masa vital, uniforme y con una imagen para salir adelante con un aspecto lúcido y bien logrado para presentarse triunfante ante el mundo, ya constituido con una trinidad en armonía. Sin embargo, la cabeza no aceptó las condiciones de las otras dos partes vitales de su ser y lo primero que hizo fue matar el alma y con eso se perdió toda creencia, luego eliminó el cuerpo y quedó como ánima perdida. Vagando por una tierra llena de traidores y apátridas. Carranza, es cierto, promulgó la constitución de

1917, y tuvo que lidiar con los americanos por culpa de Villa, pero él fue quien ocasionó el problema.-Don Juvencio, tomo un poco de aíre. Estaba excitado como un gallo de pelea y subía el pecho como envalentonándose con la enorme extensión de tierra que teníamos al frente.

¿Pero sabe qué?- continuó,- La traición es una de las peores enfermedades que sufre el mexicano. Madrugar al contrincante o comerle el mandado, como se dice vulgarmente. Eso es lo que nos seduce, incluso cuando existe solo la sospecha de que alguien se nos quiere adelantar en algo, se piensa tanto en eso que la misma friega de estarle dando vueltas a lo mismo provoca que aparezca lo que no había, así que, si había traidor se destapa y salta como una liebre; y si no lo había se transforma se coagula y da el salto sorpresivo y revelador, a veces, reprochándonos haberlo creado.

Ese será por los siglos de los siglos nuestro problema canceroso nacional.-Juvencio se puso de pie y comenzó a andar lentamente. Quería hacerle unas preguntas para que fuera al grano en el asunto de los Luévano, pero al mirarlo de espaldas me imaginé que tal vez a alguien así, había visto Juan Rulfo y pensé que este hombre cansado y viejo al borde de la ceguera fuera uno de los innumerables Pedro Páramo que habitan en su Comala individual, esperando que los busque algún Juan Preciado para darles el tan deseado recado que esperan. Por eso me callé y pensé que tal vez este olvidado hombre había vivido tanto tiempo aislado que ahora que tenía la oportunidad de expresar sus ideas, le salían las palabras como chorros de agua y esa fuerte corriente me balanceaba en una marea por momentos plácida, por momentos agitada y salvaje, era una vertiente que me aproximaba a un risco de piedras afiladas con las que me estrellaría inevitablemente, pero estaba a la deriva y no tenía el mínimo deseo de evitarlo.

Cuando por fin llegamos a la casita, Yolanda ya tenía la comida preparada. El olor de un mole de olla mezclado con el sabor de barro de la cazuela serpenteaba por el aíre y al sentirlo se me despertó un intenso deseo de probarlo. Yolanda le cogió a Juvencio la mano izquierda y lo acercó a una silla para que se sentara. Había poca luz dentro y en comparación con el desparramado sol que hacía afuera la casa parecía una caverna negra y húmeda.

-Siéntese, ahora le sirvo su caldito, bien picante, como a usted le gusta.-don Juvencio se lamió los labios, parecía un gato cepillándose la lengua con sus blancos y tupidos bigotes.

Yolanda nos dio dos platos hondos de barro y comenzamos a tomar el caldo caliente con unas cucharas de peltre azul ya un poco descascaradas. Estaba muy rico el espeso líquido rojo, poco a poco empezamos a sudar, a echar soplidos por la boca y a sonarnos la nariz, yo empecé a llorar en silencio porque se me salían las lágrimas de lo picante que estaba el caldo.

-¿Sabe cómo se puede determinar si un chile es picoso de verdad?-Preguntó Juvencio con una sonrisa traviesa.

-No, no me imagino, don Juvencio.

-Pues, debe provocar tres segregaciones del cuerpo, la saliva, los mocos y las lágrimas. Así, que saboreé bien esto porque ya no lo hacen así en ningún lado.

En verdad estaba deliciosa la comida y, a pesar de lo picante, tenía ganas de repetir el martirio hasta verle el fondo a la olla bombacha que estaba en el comal.

-¿Le sirvo más, joven?

-Pues… va a pensar que soy un abusivo pero sí, sí me gustaría un poquito más.

-No se preocupe, mi abuelo, ya no come tanto. A veces cuando le traigo cosas no se las termina y acaba alimentando la tierra con mis guisos, como si tuviéramos para darnos ese lujo.

Don Juvencio comió en silencio y tuve el presentimiento de que me tenía preparada alguna sorpresa para la sobre mesa. Terminamos de comer y me dijo que iríamos a dar una vuelta por las pequeñas colinas de los alrededores.

Cuando salimos comenzó a silbar una canción de La Revolución Mexicana, los pitidos eran muy suaves y el sonido de la melodía apenas se oía, era la conocidísima canción de la cucaracha. La silbaba con un ritmo bastante alegre. Seguimos una pequeña vereda que iba hacía el sur, era como una pequeña víbora que subía y bajaba, daba vueltas y luego se retorcía un poco. Nos fuimos acercando a una loma pequeña y conforme íbamos avanzando Juvencio decía que ya estábamos cerca.

-Aquí lueguito está, aquí lueguito.

- Antecedentes de José Luévano

-Mire, esto. Aquí estaba la hacienda del padre del señor José. La gloriosa hacienda del Ojo de Garzo.

Me acerqué y vi unas ruinas abandonadas. Había frente a nosotros una pared destruida con una gran puerta de madera a punto de desprenderse y unos enormes ventanales incompletos y derruidos. El recubrimiento de la fachada estaba descarapelado, por la parte lateral salían unas vigas de madera que parecían los brazos extendidos hacia los lados de un cadáver de la vieja casona.

-Aquí estaba la hacienda, Adalberto, más allá, los campos donde se sembraba legumbres, luego a la izquierda había un huerto de árboles frutales, guayabos, limoneros y duraznos, incluso había un viñedo no muy grande del que se hacía buen vino que servían con mucho orgullo los Luévano en sus fiestas. Había muchos animales y siempre sobraba el trabajo, vamos, venga por aquí,- Juvencio se había alegrado y sus movimientos se hicieron más ágiles, me imaginé que sería por el renacer de sus recuerdos. Entramos a lo que había sido el patio de la casona donde estaban unas losetas rotas y algunas baldosas se conservaban acomodadas en su lugar formando un camino entre las columnas derrumbadas. Al fondo, una pared permanecía casi intacta, tenía un bebedero con la imagen de una gran concha. Algunos pájaros bebían del agua estancada que había allí. La hierba, muy crecida, le daba un aspecto de vestigios arqueológicos al lugar. Yo me encontraba un poco conmocionado por el hecho de poder caminar por el mismo espacio por el que habían transitado los Luévano el siglo pasado.

-Aquí estaba la habitación de don José,- Juvencio avanzó un poco y levantó la mano,- aquí dormía con su esposa María de las Nieves y aquí nació Josecito. El chamaco, al salir del vientre de su madre pegó un alarido fuertísimo cuando le dieron sus primeras nalgadas y abrió los ojos como si lo hubieran despertado de repente de un dulce sueño, la señora Chole, que estaba ayudando al doctor Noriega, dijo que parecía un venadito espantado que quería salir corriendo, fue por eso que desde sus primeros días le decían El Venadito. Después, cuando fue creciendo, se fue poniendo muy guapito el condenado. Tenía unos ojos castaños enormes con unas pestañotas, su mirada era muy tierna pero con el tiempo se le fue transformando en una expresión sincera, apacible e inteligente. Nació por el año 1901. Por esa época, cuando Josecito ya tenía un año, vino a la hacienda un

hombre muy importante, de porte y estilo aristocrático. Se organizó una comilona porque el señor José Yves Limantour venía con un montón de gente del Gobierno de Porfirio Díaz. Así que desde el día anterior se estuvieron haciendo los preparativos para agasajar al ministro.

Las mujeres estuvieron haciendo toda la noche los tamales y los hombres mataron los cerdos y borregos para hacer carnitas y barbacoa. El festín fue viento en popa y al final, el señor José que no bebía mucho, acalorado por la conversación con el ministro Limantour se tomó media botella de tequila, luego me ordenó que le trajera unas pistolas y se fueron por allí detrás,-señaló con la mano en dirección Este,-a tirarle a unas botellas. Estuvieron mucho tiempo divirtiéndose, haciendo bromas y cuando regresaron venían abrazados como dos chiquillos muy alegres y gritando, entonces salió María de las Nieves a callarlos porque el niño José estaba durmiendo. El señor Limantour quedó impresionado por la belleza de María, le dijo a Luévano que la muchacha parecía una gacela, tan esbelta, alta y con un porte que inspiraba deseo y respeto a la vez, con un andar de piernas largas y elegantes capaz de obnubilar a cualquiera con el movimiento de las caderas. Abrazó muy fuerte a don José y le dijo que había tenido mucha suerte al haberse casado con una mujer tan joven y bella.

Don José conoció a María de las Nieves cuando ella era una jovencita de unos diecisiete años. La había visto un día que fue a la ciudad y al entrar a una tienda en la que vendían sillas de montar, vio de reojo a María que pasaba por ahí acompañada de su tía. Se puede decir que se enamoró de inmediato, y sin poder controlar sus pasos empezó a seguir a las dos mujeres, cuando éstas se dieron cuenta de la persecución por parte de un hombre tan bien vestido, se imaginaron que se las iba a robar para llevárselas lejos a una hacienda de las afueras y, en realidad fue así, pero de forma oficial porque en cuanto Don José oyó la voz de María y se vio reflejado en sus ojos, pues ya no pudo dormir ni un día más.

Estuvo investigando el domicilio de la niña y cuando supo dónde vivía, se puso un traje hermosísimo y se fue en su mejor caballo rumbo al pueblo donde los padres de María vivían muy humildemente. Unos días después, regresó con ella en el mismo corcel, la traía bien abrazada, parecían sacados de uno de esos cuentos de princesas, todavía recuerdo como los vi acercarse poco a poco y cuando llegó don José, me dijo: *"Mira Juvencio, esta es María la nueva dueña de mis bienes y de mi corazón."* Al oírlo María se sonrojó un poco y su rostro de adolescente iluminó de color rosa el hermoso vestido blanco de amazona que

traía puesto.

La boda se celebró echando la casa por la ventana. Fue después de que el señor José recibiera la noticia de que sin su presencia, ya se había tramitado el divorcio con su primera esposa Natalie Meurent que vivía en Francia, en París, dándose una vida de reina en la alta sociedad. El señor José recibió una carta en la que su mujer Natalie le confirmaba que habían terminado los trámites de su divorcio, que tenía arreglado el futuro de sus dos hijos pequeños y no se preocupara por ellos porque pronto tendrían un padre adoptivo, aparte de los abuelos, que los adoraban, así que no hacía falta su presencia en Europa. Creo que esa separación lo terminó de hacer feliz en su vida por que la señora Natalie era una francesa de origen aristócrata que no era muy amante de la vida campirana, cuando venía, una o dos veces al año se sentía mal todo el tiempo, se pasaba los días quejándose y solo hablaba en francés sin interesarse en saber si la servidumbre la entendía o no.

Pues el día de la boda hubo música, baile y comida en proporciones que se habría podido alimentar un ejército entero. Vinieron invitados del Gobierno de don Porfirio Díaz, mi padre me contó que se había venido toda una comitiva de ministros y empresarios mineros exportadores de cobre y plata. Fueron varios días de agasajo y felicidad. La celebración se recordó por muchos años como una de las mejores en todo el país.

Con María, la hacienda cambió muchísimo, se notaba la presencia de una mujer humilde pero creativa y con buen gusto. Primero, la casa se fue llenando de flores aromáticas, luego se plantaron árboles frutales, la servidumbre cambió se hizo más cordial y abierta. Don José se sentía renacer en una nueva casa con fachada de color durazno y fresa. En cuanto se vio libre de la atadura que tenía del otro lado del Atlántico sus raíces se empezaron a afianzar con el nacimiento de su pequeño hijo. La hacienda comenzó a prosperar, si antes el trato que nos daba era bueno, ahora parecíamos una gran familia en armonía. Lo que más le voy a agradecer a don José, quien finalmente me hizo su amigo, fue que me enseñara a leer y entender otras cosas que no se relacionaban con el trabajo de la hacienda. Como yo era un muchacho vivaz de quince años y andaba todo el tiempo con mi padre que se encargaba de controlar a los peones, tenía un lugar respetable en la casa, en los ratos libres cuando el pequeño Josecito ya empezaba a andar, don José me dijo que fuera a su biblioteca donde tenía su despacho.

-¿En qué le puedo servir, patrón?- le pregunté con la intención de siempre que

era la de cumplir al pie de la letra sus órdenes o trasmitirle a mi padre las peticiones del patrón.

-He pensado, Juvencio, que no estaría mal que aprendieras a leer y escribir un poco, vamos a buscar unos días de la semana para que vengas aquí y te pongas a estudiar.

-Como usted diga, don José.

-Bueno, ¿Qué te parece si empezamos este viernes?

Así fue como empezamos un día a escribir en un cuaderno las letras y luego las palabras. Yo trataba de hacerlo lo mejor posible pero solo con mucha práctica logré que mis garabatos dejaran de parecer arañas revueltas en el papel. Luego, me dio unos libros para leerlos, pero con tantas labores, con la hacienda pidiendo toda la atención, me daba muy poco tiempo de leer. Luego don José me pedía que le contara los libros que yo leía y yo aprovechaba para preguntarle muchas palabras que no entendía, él solo se reía y me corregía la pronunciación o me explicaba con cosas sencillas que yo conocía para que pudiera imaginar lo que me explicaba. Esta casa parecía el paraíso. En realidad, con el tiempo me fui distanciando más de mi padre y fui, si se puede decir, adoptado por el señor José. Me empezó a contar muchas de las cosas que había visto en Europa cuando vivía allá. Me habló de Víctor Hugo y de Jean Valjean y su hija adoptiva Cosette, de Los tres mosqueteros y el conde de Montecristo y muchos más. Después, muchos de los libros que le vi leer fueron muy pronto mis favoritos.-Después de rememorar esos dulces días, Juvencio y yo anduvimos caminando por muchos sitios donde el anciano recordaba los acontecimientos significativos y banales de la vida de los Luévano.

Al volver a la casita Yolanda ya nos estaba esperando con una bolsa de yute en la mano. Se dio cuenta de que Juvencio venía un poco agotado y solo se despidió de nosotros. Yo me ofrecí a acompañarla para ayudarle con la pesada carga pero ella me dijo que la cena estaba caliente y que mejor me pusiera a cenar con Juvencio. Vimos cómo se alejó un poco ladeada por el peso de su bolsa.

- Las primeras referencias de Zurita

A la mañana siguiente, Yolanda me volvió a sacar de mi mal logrado sueño, haciendo ruido al calentar el anafre. Esta vez el desayuno fue más abundante, compuesto por unos tamales y rico atole de fécula de maíz. Juvencio estaba de buen humor e incluso nos hizo unas bromas muy divertidas. Noté cierto sentimiento de lástima y a la vez alegría en los ojos de Yolanda. Cuando salimos la expresión de Yolanda seguía entre triste y nostálgica, lo que me hizo pensar que hacía bastante tiempo que no veía tan alegre a Juvencio.

Volvimos a encaminarnos con dirección a las ruinas de la hacienda. El suelo estaba un poco mojado y los rayos de sol producían destellos luminosos como si hubiera pequeñas estrellas tiradas por doquier. Juvencio respiraba con vigor disfrutando del aire húmedo, como si con cada inhalación se comiera un poquito del suelo que se respiraba en el aire con aroma terroso.

-Huela.-Me ordenó.- este es el olor de México.

Cuando llegamos a la hacienda, mejor dicho, a las ruinas. Juvencio cogió una vara y comenzó a caminar como si fuera un profeta de los tiempos bíblicos. Luego comenzó a hablar.

-Pasaron los años y Josecito ya había crecido bastante, andaba por todos lados haciendo sus travesuras, jugando con los niños de los jornaleros y estudiando con sus profesores que venían especialmente a darle clases por varios meses. El chamaco hablaba francés e inglés y sabía muchísimas cosas. Era muy divertido encontrarlo hablando con sus amiguitos en el campo cuando les decía palabras raras, por otro lado era un niño adorado por todos porque era muy modesto y le gustaba hablar en español con la entonación de los niños del pueblo, se parecía a su madre, era una copia en pequeño, la misma mirada color miel, la naricita respingona acabada con una pequeña esfera carnosa en la punta y su rostro alegre embellecido por su pelo ondulado que le tapaba todo el tiempo los ojos y se tenía que acomodar con la mano el flequillo.

Un día nos fuimos a tirarle balazos a unas dianas que habíamos pintado en unos troncos, el Josecito no fallaba, pero se nos ocurrió alejarnos unos metros más de los blancos para ver quién era mejor. Apareció de ningún sitio, como surgido de la nada, un hombre flaco correoso con una mirada penetrante. Era Rosendo Zurita, se acercó y nos pidió que le dejáramos probar con la pistola, se alejó diez o quince pasos más allá de donde estábamos nosotros, lo que nos hizo pensar que era un iluso porque a esa distancia era casi imposible no solo acertar en el

blanco, sino darle al tronco. Pues, no. El Zurita dio exactamente en el círculo negro que no era tan grande. A mí se me puso la piel de gallina y se me congeló en los labios una risa incrédula y temerosa, pero Josecito quedó impresionado.

-¡Ah, qué buen tiro! Mira, Juvencio, le dio en el mero centro, ¡Urra!

Yo tuve un mal presentimiento y por desconfianza le pregunté al hombre cómo se llamaba y de dónde era. Me dijo que era de las colindancias con Zacatecas y que andaba buscando a don José Luévano para trabajar con él porque le habían dado una recomendación. Maldita la hora en que se cruzaron nuestros caminos porque a partir de ese día las cosas cambiaron en la aguja del destino en sentido negativo. Lo acompañé para que pudiera hablar con don José, quien ya lo estaba esperando. Do José habló con él más de una hora explicándole toda la organización de la tierra, los sembradíos, los animales y las obligaciones de los jornaleros y sus familias. Luego, le asignaron una pequeña casita para que viviera allí. Los primeros días Rosendo andaba muy atento estudiando y recordándolo todo. Empezó a entablar amistad con los hombres más importantes de la hacienda y, el muy mustio, se portaba muy afable y complaciente pero muy pronto cambió.

Zurita dejó ver su falsedad desde el primer mes cuando ya no tenía necesidad de que lo ayudaran o lo orientaran en la hacienda. Muy pronto empezó a acosar a las hijas de los peones, que apenas estaban entrando en la pubertad y eran unas niñas inocentes. Era un ser astuto y calculador. Para realizar sus malos actos se esmeraba en el cálculo. No había forma de atraparlo cometiendo sus fechorías. En varias ocasiones le aconsejé a don José que prescindiera de Zurita, pero se negó argumentando que Rosendo era de mucha utilidad en la hacienda- Le conté que Zurita era un hombre muy malo pero, por desgracia, no le pude comprobar nada de sus confabulaciones al señor José. Era imposible que se diera cuenta don José de la maldad de Zurita porque su vida estaba llena del gozo que le proporcionaba la señora María, el patrón estaba embelesado con su esposa y solo veía lo bueno de la vida y lo malo lo interpretaba de otra forma, como si no fuera maldad sino simplemente errores de la gente o ignorancia.

Recuerdo un día en el que Rosendo estaba descansando a la sombra de un árbol, agazapado como fiera rapaz, escondido bajo las alas de su sombrero, mirándose las uñas y escupiendo de vez en vez mientras tomaba agua de su guaje. Entonces, don José se acercó a un pero muy viejo que estaba detrás de la casona y arrancó una ramita. Iba acompañado de María y Josecito, se iban riendo muy

divertidos. Con ágiles movimientos el patrón hizo una rajada en un manzano frondoso y bello, luego injertó la ramita del pero en el tronco del manzano y con una ligadura de rafia lo sujetó, después cauterizó la hendidura con cera. Por descuido mi mirada fue a parar al rincón donde estaba Zurita oculto por la sombra de un álamo y me di cuenta de que los miraba con un odio atroz, pienso que si hubiera tenido la oportunidad de sacar su pistola les habría disparado para acabar con la dicha que sentían en ese momento los Luévano. Supe ese día que Rosendo era el ser más rencoroso que había visto en mi vida y que era necesario mantenerlo bajo la custodia de una mirada atenta y rápida para impedir que le ocasionara daños a los trabajadores y propagara sus intrigas como plaga venenosa.

Por lo regular él y yo no nos hablábamos y nos costaba mucho trabajo comunicarnos entre sí, por eso el intermediario que nos ayudaba a ponernos de acuerdo en las tareas de la hacienda era don José. Tramé un plan para que Rosendo respetara a las jóvenes hijas de los sirvientes, comencé evitando que se acercara a ellas, pues algunas habían abortado varias veces en secreto, incluso algunas murieron intentando sacar de su vientre el fruto de una violación o engaño por parte del caporal Rosendo.

- Los tiempos malos

Nunca supe exactamente de qué lugar había llegado ese Rosendo Zurita, quien ni siquiera tenía parientes, era como si de pronto hubiera surgido de algún foso y se hubiera ido a recorrer la tierra. Nunca expresaba sus emociones, ni buenas ni malas, era indiferente al sufrimiento ajeno y siempre aprovechaba el momento menos oportuno para ocasionarles dolor a los demás. Era difícil calcular su edad pero creo que tendría unos cinco años más que yo, sin embargo parecía que el paso del tiempo no lo afectaba tanto, parecía que los años se le habían quedado atorados por algún lugar en una verja del pasado y a él no le afectaban. Su cara era una máscara de piel curtida con la misma expresión impenetrable, con unos bordes grises alrededor de la boca semi ocultos por un tupido bigote y un lunar en la mejilla derecha que lo delataba siempre que cambiaba su personalidad.

Cuando veía a la señora María de las Nieves se notaba de inmediato que quería poseerla y no encontraba la forma para abusar de ella, bien sabía que en el

momento de caer sobre ella se encontraría con el gélido metal del machete, o con el cañón de mi pistola, o el filo de mi cuchillo. No ocultaba sus intenciones y cuando se cruzaban nuestras miradas yo sentía esa maldad diabólica, con sus ojos me decía que algún día se me iba a adelantar y me vería impedido para remediar la tragedia.-Habían transcurrido dos días en los que Juvencio me había ido armando en la imaginación ese rompecabezas del pasado y ahora ya sabía que Zurita no era el dueño de las propiedades que estaban en poder de sus hijos. Tenía muchas dudas y preguntas, pero sabía que tarde o temprano Juvencio me lo revelaría todo.

Empezaron,-continuó,- a llegar rumores de que había mucha inconformidad con la gestión de Porfirio Díaz y que se estaban formando grupos de campesinos, jornaleros y pequeños propietarios prófugos que querían unirse para organizar un movimiento armado y que en el sur ya había un ejército listo para emerger en el momento propicio. Rosendo fue cambiando de conducta, hizo varios viajes a la ciudad de México y al volver del último, fue a hablar en privado con el señor José Luévano, quién sabe qué cosas le habrá contado Rosendo al señor José, el caso es que partieron hacia la capital. Luego, el patrón se fue ausentando con más frecuencia y en el año de 1910, en el que se reveló el pueblo contra Porfirio Díaz, Rosendo nos comunicó que don José había sido asesinado a traición por unos maleantes que lo habían asaltado en el centro de la ciudad mientras se protestaba por el encarcelamiento de Francisco I Madero en San Luis Potosí.

Rosendo contó con muchos detalles las razones por las cuales no pudo ayudar a don José y se lamentó de no haber llegado a tiempo para evitar la tragedia. Todos dudamos mucho de la versión de Zurita y podría asegurar que todos teníamos la impresión de que había sido él quien lo había matado. De esa forma quedaron huérfanos Josecito y su pequeña hermana María Elena. La señora quedó viuda y a merced de Rosendo que fue apoderándose con pasos agigantados de la organización de la hacienda. Cada vez se sentía menos la autoridad de la dueña. Las noches comenzaron a teñirse de rojo y el terror se apoderó de todos.

-Al saber que había una niña, hija de José Luévano, que probablemente se encontrara en alguno de los poblados cercanos a la hacienda, no pude evitar atiborrar a Juvencio con preguntas.

-¿Y sabe usted qué nombre de pila le pusieron a esa niña y dónde la registraron?

-No, Adalberto, no sé mucho de su paradero. Al morir María de las Nieves me

pidió que la buscara entre los jornaleros de una hacienda que se llamaba en aquel entonces Ojo de Agua y que la señora que la había cogido bajo su protección se llamaba Josefina Arteaga. Además, me dijo que la niña tenía una mancha oscura en la pierna izquierda a la altura del muslo en la parte interior. Después supe que esa señora Josefina Arteaga era esposa de uno de los rebeldes que se había unido a la revolución en 1911 y se llamaba Hermenegildo Martínez, sin embargo no lo pude encontrar vivo porque murió en una batalla en Chihuahua.-Traté de no olvidar esos dos nombres que eran clave para poder seguir la huella de la que se manifestaba como única heredera de las propiedades Luévano.

-Entonces la niña tendría que llamarse María Elena Luévano Miranda, registrada por sus padres en alguna cabecera de Aguascalientes en el año 1910, ¿no?

-Pues, creo que sí, sí, así sería.

-¿Y cómo murió Josecito? –Noté de nuevo que ese peso que llevaba lo desquebrajaría en cualquier momento.

-Pues, fue muy duro, ¿Sabe que primero murió su madre envenenada? Fue un poco después de la desaparición de Rosendo. Una mañana la encontramos muerta en su cama, parecía que había forcejeado con alguien y tenía una expresión en la cara que reflejaba una muerte dolorosa. Un doctor diagnosticó que la muerte había sido causada por arsénico y que probablemente se había suicidado. Como no había ninguna nota escrita no se podía demostrar que fuera un suicidio. Nadie investigó el caso porque ya eran tiempos muy turbios pero yo siempre sospeché que había sido Zurita. Se lo digo porque los hijos de algunos jornaleros que habían estado esa noche cerca del lugar del crimen habían dicho que escucharon una conversación y algunos golpes en las paredes de la casa grande. Nadie hizo caso de las palabras de los niños y se decidió que eran sólo figuraciones de los chamacos.

Casi un año y medio después del desgraciado suceso, en San Luis Potosí, cerca de Zaragoza, me encontré a Zurita con uniforme de federal. Me sorprendí muchísimo porque tenía el grado de teniente, llevaba un pelotón de fusilamiento, íbamos al encuentro y me reconoció, entonces bajó la visera de su gorra militar y se detuvo frente a mí, me preguntó como si no me conociera-
-"¿Qué busca por aquí?" Luego, sin darme tiempo a responder agregó, "Ándese con cuidado porque aquí estamos matando a los traidores de la patria, no vaya a ser la de malas y le toque a usted." En seguida continuó su camino, pero en el

momento en que se iba noté su sonrisa maléfica bajo el bigote bien recortado. No le puse mucha atención al suceso pero lo lamenté después porque al caminar unos trescientos metros encontré cerca de un muro algunas personas recogiendo unos cadáveres de las víctimas que se habían cobrado los federales del pelotón de Zurita. Unas mujeres con sus hijos lloraban abrazando los cuerpos inertes de hombres del campo, manchados de sangre y barro. Con las ropas rojas por las hemorragias de los cadáveres algunas mujeres y niños imploraban al cielo que se hiciera justicia y que dios recibiera el alma de esos pobres que habían muerto a sangre fría.

Por desgracia esa escena se repetía con mucha frecuencia por aquí. Unas semanas después de haberme encontrado a Zurita tuve otro mal rato pero esta vez fue mucho más trágico.

- El fusilamiento de Josecito Luévano

Una mañana que había salido a comprar unas cosas en la ciudad, pasé por una calle y vi una carreta vieja tirada por un burro que llevaba unos cadáveres de revolucionarios, luego fijándome bien vi que detrás iba mi amigo Calixto, le decíamos el Contreras y era muy bravo para pelear, en las batallas parecía un tigre y tenía una puntería de esas que llamamos *"Maldita la hora en que me apuntó"* iba muy cabizbajo y triste. Me le acerqué, el me reconoció y nos dimos un fuerte abrazo. Me contó que hacía muy poco el general Álvaro Obregón había derrotado a Pascual Orozco en Ojitos, Zacatecas y que durante la huida los Orozquistas se habían escabechado a unos de sus soldados no muy lejos de Aguascalientes.

Le pregunté por los muertos que llevaban en una carreta, me miró con lágrimas en los ojos y me dijo que los habían matado en una emboscada, pero que entre ellos se habían cargado a un niño inocente, que andaba en el grupo con Pancho Villa, y que servía de espía y mensajero porque era un chamaco muy listo que sabía idiomas y era muy abusado en cuestiones de espionaje, que todos lo adoraban en su compañía y, quizás, en todo el regimiento porque era muy franco y patriota, ya le habían prometido un grado de sargento si cumplía con el último trabajo que le habían encomendado. Ahora, Contreras se lo daría, pero le haría la

entrega póstuma como honor a su valentía. Me uní al pequeño pelotón de mi colega y fuimos al registro a ver al juez para declarar oficialmente las muertes, Contreras no quiso ir atestiguar en persona por cuestiones de seguridad y se lo pidió a un hombre joven que pasaba por ahí, luego me pidió que lo acompañara y viera que las cosas se hicieran conforme a la ley para que el niño tuviera un entierro digno y fuera sepultado como héroe.

-No más ayúdame a registrar al chamaco, Juvencio, los demás son unos pobres diablos como yo. Y vaya usted a saber si no se merecían la muerte por brutos y atrabancados. Pobres de mis paisanos. Eso sí, tontos o no, valientes o cobardes, hay que vengarlos en nombre de sus hijos y sus esposas. Al llegar al registro levantaron la manta que cubría los cuerpos y lo primero que vi fue la carita de Josecito ensangrentada, estaba despeinado y sucio. No pude contener el llanto me desplomé sobre él y me quedé tendido, desfallecido. Su muerte era la mía en ese momento trágico. Estuve llorando con él entre los brazos, pasaron como relámpago todos los recuerdos que tenía de su infancia, volví a cogerlo de la mano para enseñarle como se cultivaba el campo, apareció toda la planicie de nuestra tierra y resonaron sus risitas traviesas, luego sus palabras sabias y su razonamientos lúcidos sobre la vida y la injusticia. Me sentía muy mal, tenía el alma en los pies y me sentía vacío, desollado por dentro, sin vida.-En ese momento, Juvencio se desplomó y tuvo que buscar el apoyo de un árbol para no caerse, emitió un gemido y no pudo evitar las lágrimas. Estuvo sollozando largo tiempo. Era como si llorara la pérdida de un hijo. Cuando finalmente se tranquilizó, continuó hablando con la voz entrecortada.

Después de registrar la muerte de Josecito salí con la orden y el número de sepulcro que le había asignado el escribiente, le pedí a Calixto que me dejara velarlo, ponerle ropa decente y limpiarlo para que llegara presentable al cielo con los ángeles.

Contreras me contó que se habían enfrentado con un grupo de orozquistas comandado por un rebelde de nombre Rosendo Zurita que era un demonio y que sabía que precisamente ese hombre inmisericorde había sido quien le había seguido la pista al chamaco para asesinarlo.

Sentí un chorro de sangre hirviendo que me cegó por completo.-Juvencio recobró la fuerza y su voz cobró potencia,- Recordé a Zurita disfrazado de federal y luego me lo figuré al frente de los insurgentes colorados de Pascual Orozco y me dio un coraje terrible. Juré ante dios que el día que me volviera a

encontrar a Zurita lo mataría con mis propias manos y lo haría pagar por sus maldades e injusticias. No tendría el más mínimo remordimiento de conciencia y lo torturaría hasta que me implorara ultimarlo de una buena vez.

Después del entierro de El Venadito empecé a sentirme vacío como si hubiera perdido un hijo, sin embargo la vida me fue poniendo muchas pruebas y tareas que exigían mi atención y de esa forma encontré motivos suficientes para vivir. Me casé, tuve hijos y colaboré en el desarrollo del país. Lo hice como pude y nunca traicioné a nadie. Me dediqué a trabajar a informarme y cultivarme, a poner mi granito de arena para formar una nación digna.

Incluso encontré la gloria del perdón. El cura Armando Salinas me hizo ver el mundo de otra forma, me orientó con palabras sabias y gracias a él se me borró del alma el rencor que sentía contra Zurita. Me di cuenta con el tiempo de que el mal que le causas a los demás, al final se voltea contra ti y te somete causándote el dolor más grande jamás imaginado. En el caso de Rosendo, primero tuvo que vivir escondiéndose de sus enemigos, vigilando cada movimiento sospechoso de los demás, después contrajo fuertes enfermedades, la cirrosis lo mató al final.

El alcohol se le metió en las venas para destruirlo, lo confrontó contra sí mismo en los momentos de sus alucinaciones. Creo que el castigo que recibió al final de su vida no se compara con las torturas que pueda estar sufriendo ahora en el infierno. Por mi parte, hace unos años, después de mi jubilación, me vine a recluir a este rincón. Aquí he encontrado muchas verdades y he esperado con paciencia que llegara este momento. Por fin, he cumplido con mi misión, esta larga vida que me dio dios ha servido para que me encontrara con usted, Adalberto, ahora tiene la obligación de llevar estos mensajes, debe ver por la justicia. Mientras el hombre recuerde sus errores y transmita los valores realmente benéficos, tendremos un país del cual enorgullecernos. Portaremos en un mástil una bandera y entonaremos un himno para enfrentar todas las atrocidades que nos amenacen ya sea dentro de México o fuera de él. Siga adelante, Adalberto, diga la verdad y no la oculte para que se beneficien otros con su silencio. Transmita esos valores, haga que se acuerden los demás de estas palabras. No olvide que nuestras raíces en esta tierra están fortificadas por generaciones, por tradiciones milenarias y una hermosa cultura tripartita. Que nadie nos quite nuestra identidad. Luche, luche siempre por nuestro maltratado país.-En ese momento lo abracé y sentí su cuerpo de roca tibia, jadeante. Le agradecí sus palabras y le prometí cumplir con su mandato. Después volvimos

despacio mirando el cielo copado de nubes de algodón rosa.

- La despedida

Juvencio cenó con modestia, alargando cada bocado que se llevaba a la boca, las cataratas de sus cansados ojos dejaban ver con dificultad una mirada de ensueño y alegría. Antes de acostarse se inclinó con dificultad sobre las rodillas, parecía un viejo caballo que por estar de pie toda la vida se le habían soldado las articulaciones y tenía que quebrárselas para poder cambiar de posición. Sacó una caja de madera, me la acercó y la abrió. Cogió una canana de cuero, muy raspada, de color marrón que conservaba unas balas en la cartuchera, la funda estaba muy desgastada y rota por la punta. Juvencio sacó un revólver de cañón largo modelo colt 45, el arma estaba oxidada y raspada por el cilindro donde se ponían las balas y la cacha tenía una cuarteadura que la dividía por la mitad haciendo que el águila con la serpiente que tenía grabada en el osteoporósico hueso se viera como un ave degollada.

-Con esta pistola, maté en La Revolución a muchos hombres, sabe dios si serían inocentes o culpables. En la enajenación de la guerra éramos como Caín matando hermanos por doquier. Piense nomás que culpa tenían algunos chamacos que venían con el ejército de los federales, recién saliditos del colegio con mucha estrategia militar pero con pocas culpas para morir en emboscadas o ametrallados con sus mismas armas, también estaban los nuestros; chamaquitos que no tenían más culpa que la de nacer en una tierra explotada por los gobernantes y latifundistas.

Imagínese que usted empieza luchando contra Porfirio Díaz, al lado de Pascual Orozco, y es un chamaco parecido a Álvaro Abasolo del libro *Se llevaron el cañón para Bachimba*, luego usted se queda con Madero, pensando que ya ha triunfado la gloriosa Revolución Mexicana, y se enrola con los soldados federales del nuevo ejército del gobierno y me lo echan a pelear contra Pascual Orozco, que ahora según dicen, es un insurrecto que no obedece las órdenes del Presidente, y como usted está con Orozco desde siempre y pase lo que pase, deserta y se va con los rebeldes a luchar otra vez por los oprimidos que no han obtenido ni un metro de la tierra por la que lucharon.

Cuando empiezan los tiros, usted, le dispara a sus compañeros maderistas con los que, hacía muy poco tiempo, practicaba la instrucción de orden cerrado en su compañía. Pero un buen día hay un atentado contra Madero y se queda en el poder Victoriano Huerta, para acabarla de amolar, ve como Huerta, que tiene más tipo de dictador que otra cosa y es adicto al alcohol, abraza a Pascual Orozco para hacer las paces. Después, se reúnen Villa, Zapata y Carranza, este último para buscar su candidatura a la presidencia y tratar de poner el orden, según dice. Entonces, El Centauro del Norte y El Caudillo del Sur dicen que no se respetan los principios del plan de Ayala y se retiran enfadados con Carranza porque éste no quiere dar las concesiones de la tierra a quién la ha demandado y trabajado por milenios .Entonces Venustiano Carranza junto con Álvaro Obregón fraguan la toma del poder con el apoyo de los gringos. Para ese momento algunos de sus amigos se han hecho carrancistas y pronto le pondrán a usted el cañón de la pistola en la sien desconociéndolo y acusándole de traidor a la patria. Lo peor es que con esa ruleta rusa de los cambios de bando puede usted quedar del lado equivocado luchando por los mismos ideales pero matando a sus amigos. Es triste pero hay que reconocerlo, a pesar de que La Revolución nos liberó de la dictadura de Porfirio Díaz, nos mostró nuestra cara oculta y la astucia de las naciones que abusaron de nuestra inestabilidad económica y legislativa. La moraleja o enseñanza sería esa precisamente, la de reconocer a tiempo la influencia de esos aspectos negativos y someterlos, cambiarlos por otros, por los que representen la nobleza y sentimiento patriótico. Ahora dígame si eso del cambio de cabezas del cuerpo de La Revolución que le había contado no es la peor película de terror jamás imaginada y que existe hasta ahora. Lo más lamentable es que no termina y parece que va seguir hasta que llegue un hombre que de verdad nos salve del caos de la violencia o nos eliminen de una vez por todas las cabezas tiranas.

Esas molondras han perdido el control y cada vez se vuelven más crueles. La falta de un cuerpo sano que las consolide ha provocado que la semilla de la violencia crezca poco a poco en todos los confines del país. Seguro que sabe lo que pasó hace siete años en la llamada Plaza de las Tres Culturas, para acabarla de amolar, eso suena simbólico por lo de las tres culturas que serían la antigua mexica, la virreinal y la moderna. Parece que era el mejor momento para darle fin a la ola de sangre que inunda nuestro país desde la antigüedad porque se exigía el respeto al conocimiento, al desarrollo de la cultura, pero se sacaron las armas otra vez y empezó ese ciclo que los aztecas llamaban el fuego nuevo que

sucedía cada 52 años para hacer de nuevo sacrificios humanos, pero esta vez ese fuego fue dirigido por dementes faltos de ética y sedientos de sangre joven. Por desgracia, esto seguirá porque las testas locas no conocen otro método de mediación, solo el uso de la fuerza es lo que garantiza su estancia en este mundo. Cuando llegue el tiempo de una democracia sana, tendrán que irse a sus hoyos a descansar, pero la pregunta es si llegará ese día. Yo lo dudo, pero como dicen sabiamente *"La esperanza muere al último"*.-Me quedé mirándolo sin saber que decir o argumentar para objetar o compartir sus ideas.

-¿Sabe?-siguió Juvencio,- Dicen que el poder enajena. Es verdad, todo hombre que sienta su espalda apoyada en la silla presidencial ya no podrá prescindir de ella y tratará de quedarse ahí sentado eternamente o de poner a su achichincle para que sirva de monigote mientras ellos gobiernan bajito del agua. Yo estoy muy decepcionado de la vida, Adalberto. Pobres mexicanos, dice el dicho*, tan lejos de dios y tan cerca de Estados Unidos…*- De pronto, se quedó callado, meditando mirando a través de sus pupilas nevadas.

-Adalberto, le agradezco que me haya dado la oportunidad de contar esa historia de los Luévano y que haya soportado las tonterías que le comenté. Pero, ¿sabe? tenía miedo de que no pudiera sacar ese dolor que llevaba dentro, con esta ceguera nubosa de las cataratas me he ido sumergiendo más y más dentro de mí y ya estaba al borde de la locura, me sentía culpable y sin perdón, pero usted me ha traído la tranquilidad que necesitaba. Por fin, dios me ha concedido la marcha a su reino. Mañana con ese atardecer de fuego llameante portentoso del ocaso me iré a descansar con la absolución del señor.-Me sentí sumamente triste porque sabía perfectamente que Juvencio usaría por última vez su revólver para matar su desgracia, para cubrir con un manto rojo todas las penas que lo habían atosigado durante su larga vida.

Con un fuerte abrazo me despedí de Juvencio y traté de conservar su olor, su lento latido del corazón, su sibilante respiración y su dureza corporal petrificada con olor a barro.

No tuve el valor de voltear siquiera para echarle un último vistazo, aceleré el paso y me fui como un asno terco que se niega a trabajar y se retira a un escondite seguro para lamer en soledad su irresistible dolor.

- La búsqueda de María Elena

Cuando volví a la ciudad, lleno de pesar por la fuerte impresión que me había causado el presentimiento del suicidio de Juvencio, fui en busca de Francisca para pedirle que me ayudara a buscar a María Elena Luévano Miranda, nacida en el año de 1910. Sabía que este era el punto final de mi desafortunada investigación y en caso de comprobar la existencia de María Elena, la versión de los hermanos Zurita como dueños de las propiedades quedaría anulada por completo. A parte había tantos testimonios en contra de Rosendo Zurita que por más que se tratara de demostrar que él era el dueño de las propiedades que tenía su familia, era imposible.

Ya no me quedaba otra cosa que encontrar el registro de nacimiento de la heredera de las tierras, enfrentarme a don Doroteo que por enésima vez me gritaría y me despediría finalmente y, lo peor, la amenaza de muerte que recaería en mi cabeza porque los hermanos Zurita le habían confiado el asunto a don Doroteo para que destruyera todas las pruebas que pudieran comprometerlos y los obligara a desprenderse de sus extensas tierras y propiedades.

Tenía un miedo horrible, me cascabeleaban los dientes y tenía congelado el espinazo, saqué valor de las palabras de don Juvencio, recé por el alma de los caídos en las guerras de México y le pedí a todos los santos que me sacaran del atolladero. En ese momento, no sabía que había atravesado, como una bestia para el matadero en la plaza de toros, los dos primeros tercios de una secreta y bien organizada corrida y me esperaba la última parte donde me harían una hermosa pero cruel faena para ultimarme con el estoque final.

Cuando llegué al trabajo de Paquita, estaba con ella un hombre maduro muy fornido, de aspecto tranquilo, vestido con modestia, tenía sujeta del hombro una bolsa de yute y conversaba animadamente con Francisca. Al verme se hizo un pequeño silencio entre los dos y luego mi amiga me presentó a su padre, el señor Vicente.

-Mira, papá, este es Adalberto, del que te hablé.

-Mucho gusto, joven, Paquita me ha dicho que anda buscando a unos propietarios de aquí.

-No, papá, -corrigió con enfado,- te dije que él buscaba unos documentos y

registros para encontrar a unos propietarios.

-Bueno, pues para el caso da lo mismo, ¿no es así, Joven?

-Pues, sí, creo que sí.-Le extendí la mano y sentí como me la estrechaba con la fuerza del hierro.

-Adalberto, mi padre ha venido a comprar unas cosas y ha pasado para que vayamos a comer, ¿Quieres ir con nosotros?

-Sí, claro, así aprovecho para comentarte todo lo que he sabido de los Luévano. A decir verdad, me siento como si fuera Moisés después de bajar del Monte Sinaí. Digo, por las revelaciones, no por los mandamientos, no vayas a pensar otra cosa.

-Ya estás igual que mi papi. –Se volvió hacia él y lo abrazó con cariño, luego lo arrastró del brazo, le sonrió y nos pusimos en marcha.

Llegamos a la cenaduría de siempre y como ya éramos clientes selectos nos atendieron con mucha cordialidad. Vicente y yo pedimos unas birrias bien picantes y cerveza oscura. Paquita no cambió los tacos de carnitas y su agua, está vez la pidió de horchata.

-¿Qué le parece nuestra ciudad, Adalberto?

-Muy atractiva, muy patriótica y con un toque muy especial.

-Sí, joven, pero de qué nos sirve tanto amor a la patria, si nunca podemos gozar de nuestros derechos.

-Papá, ¿ya vas a empezar?- le gritó, Paquita, temiendo que su padre dijera algo impropio o de mal gusto.

-No, Francisca, tú no sabes nada, déjame explicarle aquí a tu amigo, unas cositas.

-¡Ay, papá! ¡Eres incorregible!- seguidamente apoyó la cabeza en las manos y puso cara de aburrimiento.

-Pues, si está buscando a los propietarios de las tierras, lo mejor sería que se enterara de cómo se la ha repartido la gente en nuestro país. Míreme, yo soy hijo de campesinos o agricultores como quiera llamarles, estudié economía como autodidacta y quería ser una persona útil, de provecho para la sociedad, pero no

hay forma de contribuir. Nadie me necesita y he estado vendiendo fruta desde que me salí de los talleres del tren. Sin jubilación y sin trabajo me gano la vida de frutero. Le digo a Paquita que se vaya para la capital, que termine una carrera de provecho y que encuentre trabajo en el D.F, pero no me hace caso.

-Pues, creo que en la capital tendría más oportunidades.-Miré a Paquita que en me hacía unas muecas como provocándome para discutir.

-¿Ve? Es lo que le digo. Bueno, como le iba contando. La repartición de la tierra en nuestro país, nunca ha sido justa,-Paquita se tapó los oídos y por la expresión de su rostro parecía que se defendía de algo maléfico,- desde la conquista,-siguió Vicente,- las tierras se han repartido mal.

¿Sabe cuántas villas recibió Hernán Cortés después de la conquista? ¿No?, Pues 25 y, además, 25 000 vasallos. ¡Imagínese! Solo para mantener a ese gentío lo que se necesitaría para darles de comer o pagarles, que dudo mucho que lo hiciera Cortés pero es muchísimo. Por otro lado, el clero, que era latifundista, se fue apoderando de la tierra a través de los años. Los españoles y los criollos eran los propietarios de las grandes haciendas y la corona española implantó los ejidos. Así que los mexicanos nos quedamos con un solar para trabajarles la tierra a los ricos. De esa forma vivimos hasta la época de La Revolución. El mexicano, campesino o agricultor, nunca ha gozado de un trozo de tierra propio. La desproporción de la propiedad de las tierras trajo las guerras de La Independencia y La Revolución.

¿Sabe? Hubo un economista irlandés, Bernardo Ward, que le dijo a Fernando VI en el siglo XVIII, que la solución del problema de América, era entregarle la tierra a los indios mexicanos. ¿Pero qué pasó? Nada. No le hizo caso y ya ve ahora cómo estamos.

Sin embargo, fíjese usted, si le hubieran entregado un cachito a cada uno, me refiero a un campo pequeño no a los millones de hectáreas como a Cortés, no vaya usted a pensar,-lo dijo de forma sarcástica mirando a Paquita para hacerla enfadar más.- habrían resuelto el problema de la propiedad privada y eso es lo fundamental para el desarrollo de una nación porque si hay amor a la patria, el poseer un trozo enaltece a quien la tiene, dígame si no.

Ahora, vea, de 1821 a 1855, no se hizo nada en materia de tenencia de la tierra, en 1856 se excluye al clero con una reforma más democrática, cuando nos echamos al Maximiliano, pero la iglesia volvió a inmiscuirse en la propiedad de

la tierra de 1875 a 1883 cuando se expidió una ley de colonización y se entregó la tierra a extranjeros para que la trabajaran. En1889 se trató de deslindar, es decir delimitar los terrenos de las empresas extranjeras y ¿sabe cuántas hectáreas resultaron? 32 Millones, ¿qué tal? ¿eh?-Vi a Paquita, ya estaba completamente despeinada y tenía una cara fúrica, era como si las cifras que citaba su padre le causaran un efecto doloroso e insoportable, el señor Vicente lo notó y siguió con tono más apaciguado,-Bueno, ya voy a terminar, aguanta un poco y luego me voy para la casa para que te quedes a platicar con tu amigo a solas. Pues como le iba diciendo, con ese dichoso deslinde lo único que se logró fue que la tierra cayera en manos de oportunistas que se convirtieron en hacendados de la noche a la mañana y crearon los latifundios, la llaga eterna de nuestro país, y luego surgió el problema más horroroso de la historia de México que es el caciquismo del que mejor ni le cuento para que no se le corte el buen ánimo y optimismo que trae. Mejor léase un librito que anda por allí, se llama *El agua envenenada* de Fernando Benítez. Así que, joven, si piensa entregarles las tierras a los ladrones, piénselo bien. No vaya a ser que esté usted contribuyendo a seguir realizando atropellos en lugar de impartir justicia. No colabore con el robo y el saqueo, ya se ha hecho demasiado y falta impartir justicia.

-Ya, papá, vámonos, que ya se te hace tarde para volver a la casa.

-Ya está bien, otra vez lo mismo contigo, ¿no te digo? Solo te pido que a este joven, me lo orientes bien para que haga lo justo y no le regale las propiedades a quien no se las merece.

Pagué la cuenta y nos fuimos caminando a la parada de autobús donde Paquita se despedía de mí habitualmente. Me despedí de Vicente con mucho respeto y aprecio, pues con su conversación me había abierto los ojos, sin embargo mi alegría era prematura porque ya iba directo a la recta final donde me estrellaría con las condiciones reales de la vida y perdería el control para siempre.

Una vez que se fue el padre de Paquita pude manifestarle mi alegría.

-¡Paquita! ¡Encontré a Juvencio! ¿Sabes qué me dijo? Pues, que José Luévano tuvo una hija con María de las Nieves, se llama María Elena Luévano Miranda y nació en el año 1910, tenemos que encontrarla lo antes posible. No perdamos más el tiempo, si me ayudas te daré lo que me pidas.

-Pues, mañana te busco todo lo que quieras porque hoy no pienso volver al trabajo. ¿Vamos a pasear?- la propuesta me sacó de quicio porque quería

empezar lo antes posible a escarbar en los registros, pero luego me di cuenta de que no tenía otra salida y acepté la invitación.

-Bueno, pero que no sea a la Alameda, por favor. A cualquier lado menos allí.

-Sí, de acuerdo, ya sé que no quieres que digan que estás enamorado de mí.-Se echó una carcajada y luego me preguntó.- ¿Qué te parece el Jardín de San Marcos?

Cuando llegamos al Jardín de San Marcos le conté todo a Francisca, ella se sorprendió por la triste historia de Juvencio, de la trágica muerte de Josecito, lamentó mucho el destino de María de las Nieves y, por último, se le despertó un odio enorme contra Rosendo Zurita.

-Creo que ese Rosendo no era propietario de nada, ¿sabes? Más bien creo que era un bicho ponzoñoso, mala hierba, en pocas palabras un demonio, ¿no crees?

-Sí, Paquita, así es, Y ahora tendré que informarle a don Doroteo de que le he fallado de nuevo, pues en cuanto encuentre a Elena ya no habrá más remedio que informarle a los Zurita que su padre era un impostor.

-¿Estás loco? ¡Te van a matar! ¿Tú crees que se van a quedar cruzaditos de brazos? ¿Piensas acaso que te van a dar las gracias o qué? Yo en tu lugar me pelaba de aquí.

-Sí, pero ¿y no se va a hacer justicia? Quién sabe cómo vivan los descendientes de Elena, que tal vez no sepan lo que pasó con la familia Luévano. Tienen derecho de entrar en posesión de lo que les pertenece.

-Y cómo lo vas a demostrar, ¿tienes pruebas?

-Sí, creo que hay suficientes pruebas. Un testamento firmado por José Luévano y una foto de un documento de propiedad del siglo XIX que se podría buscar en el registro de la propiedad. Oí alguna vez a un profesor de la universidad hablar sobre un libro de legislación y jurisprudencia sobre terrenos baldíos de 1895 de Winstao Luis Orozco o en el registro público de la propiedad que menciona González Roa en su libro *El aspecto agrario de La Revolución Mexicana*. Tal vez ahí se encuentre el documento de la foto que tengo.

-Pues yo sigo pensando que es una locura. Si quieres arriesgarte, allá tú. Ya te llevaré tus florecitas a la tumba, ¿eh?- De nuevo comenzó con el juego divertido

de sus cejas.

-Oye, me ha caído muy bien tu padre.

-Sí, es demasiado bueno y por eso no tiene ni en qué caerse muerto. Toda la vida se la ha pasado leyendo sus libritos de marxismo, es un adorador de José Revueltas, lo idolatra, ni te imaginas cómo me aburre con sus cantaletas de siempre. Que si *Los días terrenales, Los motivos de Caín o Morir en tierra,* y no sé qué tanto. Debería preocuparse por hacer dinero y no andar dando penas por allí.

-Oye, pero es un hombre muy sensato, con principios, además ama a nuestro país, quizás habría sido un buen revolucionario. Es honesto, ¿te gustaría que fuera corrupto o como el Rosendo Zurita?

-No,- y persignándose, me enseñó la señal de la cruz,-claro que no. Solo me gustaría que fuera más emprendedor porque, desde que tengo uso de razón, siempre hemos tenido problemas con el dinero.

-No sé, Paquita, por desgracia en nuestro país los honestos somos pobres, nos explotan, nos usan y nos tiran, seguro que yo acabaré igual, ahora mismo, tú lo ves, tengo la oportunidad de ganarme mucho dinero ocultando todo lo que sé y buscando la manera de ayudar a los Zurita, pero considero que eso es injusto y deshonesto, ¿A dónde vamos a ir a parar si no ponemos un alto? ¿A dónde llegará nuestro país si no rescatamos todo ese amor a la patria que cada vez la gente siente menos? ¿Qué pasará si seguimos fomentando el favoritismo y la corrupción? ¿Quieres que destruyamos el país? bueno, adelante.

-No, no es para tanto. No te enojes.-De pronto, cambiando de forma precipitada la conversación, señaló unos árboles.- Mira, ahí están las ardillas, ¿Vamos a darles de comer? Ven.-Me cogió de la mano y fuimos con un vendedor que tenía nueces, avellanas y frutos secos. Le compramos unas semillas y nos fuimos a darle de comer a las gordas y abusivas ardillas que con mucha familiaridad se acercaban a los paseantes para llevarse almendras o trozos de frutillas en sus enormes mofletes.

-¿Sabes que papá era conductor de locomotora?- Me dijo de pronto Paquita, mientras trataba de acariciar a una ardilla muy gorda que tenía bastante cerca.- Sí, hace muchos años fue maquinista y todo el tiempo hacía viajes a la ciudad de México, hasta que un día se quemó la espalda por culpa de un fogonero cuando

estaban probando una locomotora descontinuada y dada a las cachas. Cuando se recuperó de las quemaduras empezó a tener problemas de salud, luego tuvo que salirse de su trabajo en el tren, se puso a estudiar derecho pero le interesaba tanto la economía y la política que no terminó su carrera y ahora lleva varios años comerciando chácharas como puede.

-Lo siento mucho, de verdad, es un buen hombre. Me recuerda un poco a mi padre, salvo que el mío ha tenido más suerte en el sentido económico, pero es igual de honesto que el tuyo. Un día nos leyó unas palabras del libro de Rafael F Muñoz "*Se llevaron el cañón para Bachimba"*, una novela de La Revolución que estaba leyendo por entonces.

"Ayuda, ayuda siempre. Dondequiera que estés, alto o bajo, poderoso o débil, rico o pobre, ilustrado o ignorante, siempre podrás hacer algo a favor de los que mueren de hambre…"

Creo que ese consejo que le da el general Marcos Ruiz al personaje principal del libro, Alvarito Abasolo, le influyó tanto a mi padre que se decidió a abrir su propio negocio y ayudar siempre a la gente necesitada. Cuando mi madre se lo recriminaba, él solo le decía:

Es por culpa de Rafael F Muñoz, yo quiero una patria noble para mis hijos.

-Pero, son tan pocos los honestos en este país que ni esperanzas tenemos ya. ¿No crees?

-No, Paquita. Te equivocas. La unión hace la fuerza. Estás tú, tu padre, mi familia, el cura Armando Salinas, el padre Agustín, Guillermito y don Juvencio.- Por desgracia, recordé que seguramente en ese momento el anciano ya estaría muerto y me asaltó el dolor, pero se lo oculté a Paquita para que no viera mi debilidad en ese momento.

Pasamos la última parte del día paseando y comentando todos los sucesos que habían hecho posible nuestra amistad. Decidimos que lo mejor sería actuar de la forma más justa y que fuera el mismo dios quien decidiera las cosas.

- La prueba inapelable de la usurpación de la familia Zurita

Esa noche dormí en el hotel Francia y al día siguiente me fui a ver a Paquita para saber si me tenía buenas noticias.

-Hola, Paquita, ¿Qué tal estás?

-Pues, agotada y todo por tu culpa. Tuve que ir a buscar desde la mañana tu famoso librito de registros y ¿sabes que hallé?

No quise decir nada, pero por la sonrisa de sus labios adiviné que ya lo había encontrado. La abracé muy fuerte y la levanté en vilo.

-Bueno, ya déjame que van a pensar mal, si nos ven así.

-Eso ya no me importa, ahora suéltalo todo, ¿Qué hay?

-Que encontré el libro de registros del año 1910, y en el apartado á fojas Nº 12, estaba la información de María Elena Luévano Miranda que decía lo siguiente.- Me sacó un papel escrito con lápiz y letra muy redonda y grande como la de los niños de primaria.

"En Cienaguilla del bajo a treinta y uno de agosto de mil novecientos diez, se ha presentado ante el juez, que suscribe, a las nueve de la mañana José Luévano, casado de treinta y cinco años de edad terrateniente y vecino de esta hacienda pidiendo que el acto de nacimiento de María Elena Luévano Miranda acaecido en Ojo de Garzo, se haga constar en esta oficina con arreglo á la ley de la materia. Nació el 15 de septiembre del presente a las doce de la noche y son sus padres el compareciente y María de las Nieves Miranda de veintiocho años de edad, los abuelos paternos fallecidos, los abuelos maternos, Testigos: CC.--- a quienes les consta dicho nacimiento y no teniendo más que hacerse constar se dio lectura á está acta a presencia del comparente y testigos, todos los que fueron conformes con lo en ella expresado M. y firmó el juez y los demás. Al margen- Registro Nº 47 María Elena Luévano Miranda hija legítima."

-Fantástico, Paquita, ahora sí que nos sacamos un diez.

-Nos sacamos, me huele a multitud.

-Bueno, bueno. Paquita, te agradezco muchísimo todo lo que has hecho para ayudarme, te prometo que te compensaré con creces. Mira, ahora la señora María Elena debe tener unos sesenta y cinco años. Tenemos que buscar su

dirección o la de sus familiares y darles la noticia. Ni nos lo van a creer.

Pasamos la tarde conversando y haciendo planes para el futuro. Nos imaginamos cómo se desarrollarían los acontecimientos venideros. Le conté a Paquita mi intención de dejar el derecho y ponerme a estudiar medicina. Luego, me empezó a hacer burla diciéndome que si me dedicaba a la pediatría los niños se espantarían al verme y que ni se me ocurriera escoger la cirugía porque los pacientes iban a preferir morirse a tener que pasar por el quirófano con un Frankenstein como yo. Luego, entre broma y broma nos despedimos para seguir con las indagaciones del paradero de María Elena Luévano. Decidí dedicarme a buscarla sin la ayuda de Paquita porque tenía prisa por hacer las cosas y Paquita con su tranquilidad y parsimonia me frenaba un poco. Sabía que aunque el registro que tenía era suficiente para encontrarla, nadie podía garantizarme que María Elena siguiera viviendo en Cienaguilla del bajo o en Aguascalientes.

Por la noche no pude dormir porque la sombra de María Elena Luévano se fue transformando poco a poco en una imagen clara y perceptible. Sentí la presión de una mirada apacible y condescendiente que desde algún lugar me llamaba para descubrirla, mi estado anímico se había visto afectado y mi sueño destruido por completo, la constante repetición de la imagen de un rostro de tez almendrada, de perlada sonrisa y enormes ojos color miel me sometían a un constante remolino avasallador entre las mantas y la almohada.

Comencé a soñarla las siguientes noches. Siempre tenía el mismo sueño. Primero, veía un enorme pastizal con algunos árboles muy radiantes por el choque de los rayos del sol contra sus hojas, luego la tenue imagen de una mujer en la lejanía, llevaba un camisón blanco que dejaba traspasar la luz, el efecto me hacía ver a un cuerpo semidesnudo envuelto en una nube muy blanca. Conforme se acercaba a mí, su carne se materializaba, se convertía en una joven de diecisiete años en plenitud, fértil e incitadora. No podía evitar desearla y llamarla por su nombre, ella se acercaba y me miraba con unos enormes ojos de ámbar radiantes como su sonrisa, me inquietaba, el aire se calentaba con su presencia y su voz me pedía que la buscara, que la explorara como mujer, luego sentía un contacto muy suave, tierno y exigente de caricias. Esa secuencia podía repetirse diez veces en una noche.

No podía concentrarme y me levantaba tarde con una cruda sentimental depresiva, sabía perfectamente que María Elena tendría unos sesenta y cinco años, su hija unos cuarenta y su nieta más o menos veintitantos. Me inquietaba la

idea de que hubiera una María Elena veinteañera porque me haría perder la cabeza. Me tranquilizaba pensando que los descendientes de la señora María Elena fueran hombres y así no tendría más remedio que olvidarme de mis ideas tontas y seguir con el asunto de la herencia.

Acudí por ayuda a la iglesia y aproveché para hablar con el cura Armando Salinas. Cuando entré en la iglesia estaban el padre Agustín, Guillermito y el cura entretenidos en una conversación. Parecía que le estaban dando consejos al pequeño monaguillo que tal vez había hecho algo malo a la hora de la misa.

-Buenos días.

-Hola, Adalberto, ¿qué nos cuentas de nuevo? Precisamente ayer estábamos hablando de ti.

-Pues. Que afortunado me siento, señor cura, ¿Y sobre qué hablaban?

-Nada, hijo, es que ha pasado por aquí la señora Ignacia y nos ha preguntado por tu paradero. Pero no te preocupes, le dijimos que andabas allá por Zacatecas.

-A mí me fue muy bien, creo que por fin he resuelto este embrollo, señor cura. Por cierto ¿No conoció alguna vez a una señora de nombre María Elena Luévano Miranda?

-No sé hijo mío, aquí conoce uno a tanta gente, no obstante ese nombre me suena de algo, sólo que mi memoria ya falla muy a menudo y ahora no lo recuerdo.

-También, quería comentarle que don Juvencio se acordó mucho de usted y lo manda saludar.

-Ah, ¿Y cómo lo encontraste?

-Si se refiere al lugar…

-No hijo, ¿en qué estado anímico?

-La mera verdad, muy viejo, pero con mucha energía y sano.

-Que gusto me da que esté bien, hijo.

-Sí, padre, sí.

Después saludé a Guillermito, le di un abrazo muy fuerte como si abrazara a

José Luévano o José Sánchez del Río y le pregunté si me podría ayudar a buscar algún registro de María Elena. Él miró al padre Agustín y con una sonrisa tierna lo convenció.

-Bueno, yo te doy permiso, pero qué dice el cura.

-Bueno, bueno, vamos para allá. Parece que hoy dios nos ha unido por alguna razón.

Subimos otra vez al cuarto de los libros de registros y el padre Agustín fue a buscar a una señora para que nos trajera un chocolate caliente y panes.

Guillermito que se había aprendido el orden de los libros la primera vez que subí con el cura Armando al cuarto de los cacharros como le decían, me empezó a preguntar con pocos tartamudeos qué libros necesitaba y qué apellidos buscar. Le agradecí mucho su disposición y le dije que buscara registros de bautizos en los años treinta. Encontró a la hija de María Elena Luévano Miranda, se llamaba Rosa María y había sido registrada en 1930, luego encontró a tres niños con los mismos apellidos, uno había sido registrado en 1929 y otros después del treinta. También encontramos a la nieta registrada el año de 1951 con el nombre de María del Pilar Torres Luévano. Nos sentíamos como dos niños que se han ido a pescar por primera vez y por la suerte de ser principiantes, cada vez que hacíamos una búsqueda, o en el sentido metafórico, tirábamos el anzuelo, el resultado no se hacía esperar. Cuando encontré suficientes datos de lo que buscaba me puse a conversar con el chico.

-Guillermito, ¿De grande serás sacerdote?-Me contestó con una gran sonrisa diciendo que era su deseo más grande. Que quería ser como el padre Agustín y que iba a dedicarse en cuerpo y alma al seminario para ser un buen misionero de Dios. Que le gustaría pregonar la palabra del señor. Cuando lo vi tan alegre y tan decidido pensé que, por desgracia, cuando nuestro país era así de inocente con los mismos sueños de un futuro prometedor, los usurpadores y traicioneros hombres del poder habían tratado de acabar con él, pero aquí estaba de nuevo esa imagen joven, decidida a crear el devenir de la nación con su empeño y nobleza. Ya nunca más habría ni apátridas, ni ladrones, ni presidentes asesinos que siguieran luchando por destruir los cuerpos de los jóvenes mexicanos. Lamenté mucho que Guillermito no fuera mi hermano menor, en realidad sentía gran admiración por él.

Entró el padre Agustín con su jarrito de chocolate caliente y nos miró mientras

remojaba su hojaldra en el líquido dulce, luego con mordiscos absorbentes se comió el pan y nos preguntó chasqueando la boca, si ya habíamos terminado.

Le dije que sí, pero que quería echarle un vistazo a los libros de registro que tenía en la sacristía porque necesitaba buscar entre los libros de los años cincuenta y sesenta.

Bajamos los tres muy alegres mientras el cura nos miraba desde el altar. Entramos a la sacristía y después de una hora ya tenía anotados todos los datos que necesitaba.

- Último encuentro con Paquita

Paquita estaba un poco desanimada porque le habían retrasado su sueldo y tenía algunos gastos que cubrir. Del fajo de billetes de don Doroteo no quedaba ni un quinto, le había pedido dos giros postales y lo que me había sobrado me alcanzaría para mantenerme unos días y tomar el autobús de regreso a la capital.

Aproveché para recordarle el proverbio de su padre y mover las cejas igual que ella, pero el resultado fue nulo.

-Paquita, no te preocupes por tonterías. Yo podría prestarte algo de dinero y luego me lo devolverías al cobrar tu salario o cuando quieras.

-No sé, es que no me gusta tener deudas.

-Pues, la deuda la tengo yo contigo y lo único que podría hacer sería corresponder a la apoyo que me has brindado.-Cogí el dinero que llevaba en el bolsillo y se lo di. Lo cogió con vergüenza, luego me comentó que su padre tenía un pequeño achaque y necesitaba unas medicinas. Le pedí que le diera un saludo de mi parte y se marchó un poco desanimada.

Me quedé un poco aturdido, me había acostumbrado tanto a Paquita que al ver como se marchaba sentí que se alejaba un pariente o una persona muy querida. Había pasado menos de un mes y ya la sentía como parte de mí. Di media vuelta y comencé a caminar hacia el jardín de San Marcos. Recordé algunos gestos de

Paquita burlándose de mí y se me compuso el humor.

Hacía un poco de calor y el viento apenas soplaba. Empecé a absorber como una esponja las sensaciones que me producían el olor de los árboles, el color del cielo, la voz de la gente. La música de la ciudad. Compré un helado y empecé a caminar despacio como si desanduviera un camino ya recorrido miles de veces. Miré a las ardillas comiendo tranquilas, llenándose la boca de golosinas para guardar su reserva de comida para un invierno inexistente en esta zona. Las sonrisas de los niños me parecían más deliciosas que nunca, me transmitían su alegría contagiosa. Pensé que debía buscar pronto a María del Pilar para informarle de su herencia. Trataba de imaginarme la cara de sorpresa que pondría al saber que era la descendiente directa de los primeros hacendados de la región.

Como el destino ya me había mostrado su hegemonía y control sobre mis acciones dejé que fuera él quién decidiera el orden futuro de los sucesos.

Al pasar cerca del Kiosco vi apoyada en una de sus estrechas columnas cuadradas a una mujer joven que llevaba un vestido blanco con un rebozo del mismo color. Tenía el pelo castaño ondulado, un perfil fino respingón, su actitud era apacible y su pierna derecha medio desnuda se apoyaba sobre la punta del pie dándole un aspecto de diosa griega posando para un escultor. Con la mano derecha sostenía una rosa escarlata. Me quedé contemplándola pensando que era producto de mi imaginación y que los sueños frecuentes de María del Pilar me habían vuelto loco. Me pareció que ella decía algo, traté de leer sus labios, estaba absorta mirando la flor, parecía que repetía las palabras que María Elena pronunciaba en mis sueños. Luego, oí, la voz dulce que decía “búscame, búscame”

Me acerqué con el temor de que ella desapareciera como en mis sueños, de que fuera no más que una visión etérea, pero al llegar hasta donde estaba no sucedió nada. Cerré los ojos y volví a abrirlos, ella estaba sonriente e inmóvil. Pude apreciar sus ojos ambarinos que eran los mismos que se habían ido transmitiendo de madre a hija en la familia Luévano. Me aproximé más aún. Listo para atraparla por si volaba como una paloma, sin embargo permaneció como una estatua.

-Hola. ¿Esperas a alguien?-le pregunté nervioso.

-No, no espero a nadie. ¿Por qué?

-¿Entonces qué haces aquí?- Me impuso silencio y me llamó para que me acercara.

-¿Oyes?

-No. No oigo absolutamente nada.

-Pues, aquí se escucha una música placentera, arrulladora. Párate aquí.-se apartó para que yo ocupara su lugar y oí, efectivamente, una melodía muy suave, como una caricia, salía del fondo de la tierra y subía por la columna. Parecía música clásica y era hipnótica.

-Todas las tardes vengo aquí a escucharla.

-¿Cómo es posible? Yo he venido varias veces y nunca te había visto.

-En cambio yo, si te he visto, solo que antes venías con una jovencita morenita muy simpática y alegre.

-Pero, ¿Y tú quién eres?- en ese momento me dio vueltas la cabeza y su respuesta me hizo palidecer.

-Soy María del Pilar.

Cuando pude recobrar el aliento, ella se acercó y me condujo a una banca que estaba a unos pasos y nos sentamos. Yo estaba sudando y me temblaba la voz, luego le cogí la mano y le pregunté si era María del Pilar Torres Luévano. Con un movimiento de cabeza lo confirmó. Entonces comencé, sin que me lo propusiera, a contarle toda la historia de la famosa herencia.

-Pues, no sabía nada de lo que me cuentas.- le dije que tenía los documentos que demostraban que su familia era la propietaria de las tierras y haciendas de los hermanos Zurita, que con un buen abogado esas tierras podrían ser devueltas para que las administrara su familia o las vendieran si fuera esa su decisión.

-Pero eso ¿está bien? Quién sabe cuántos esfuerzos le habrá costado al señor Zurita obtener esas propiedades y, sobre todo, conservarlas con todo lo que ha pasado aquí. -Perdí el control.

Ya te he dicho que Zurita traicionó a tu bisabuelo, incluso lo asesinó en una visita a la ciudad de México, luego asesinó a tu bisabuela y a tu abuelo José Juan. Además, se hizo pasar por federal, traicionó a los villistas, a los

orozquistas y a su propia familia. Usurpó el lugar de un sacerdote y lo denunció a las autoridades para que lo asesinaran, obligó a varias mujeres a casarse con él. Amenazó a los miembros de la iglesia y del registro civil. Mandó matar personas inocentes. Se convirtió en un aliado del caciquismo, se condujo como el peor y más vil de los seres humanos. Llevó una vida lujuriosa gozando de la debilidad de los pobres. Lo más sensato sería hacer justicia. Tenemos que poner las cosas en su lugar. Tal vez tú no entiendas nada de lo que te digo, pero si hablo con tu madre seguro que ella si me comprenderá y comenzará los trámites para entrar en posesión de un legado que Zurita ocultó con celo para beneficio propio. Me di cuenta de que ella no se interesaba en absoluto por lo que le decía, luego me interrumpió.

-No importa lo que me digas. Tenías que cumplir una misión. Has llegado hasta el final. Se te ha revelado toda la verdad, te has descubierto a ti mismo y estás listo para cambiar el curso de las cosas. Mañana tendrás que irte y comunicarle a tu jefe todo lo que sabes. Seguidamente me besó. Sentí mis labios endulzados por su pureza. La pasión hacía que me aferrara a ella con fuerza, sentía su tierno cuerpo suave y tibio. Quería quedarme con ella entre los brazos, pasar así el resto de mi vida. Ella me ofrecía su calidez sin reserva, era generosa, amante apasionada. Creí estar soñando otra vez pero ella me disipaba cualquier duda.

-Existo, estarás conmigo te encuentres donde te encuentres. Nunca te abandonaré a tu suerte y estaré contigo hasta el último día de tu vida. Nunca te faltaré en los momentos difíciles y te daré los hijos que me pidas para conservar nuestra estirpe. Estaremos juntos más allá del tiempo y el espacio.- Finalmente, se levantó y se fue.

• Malas noticias

Al final ya estaba dispuesto a volver para informarle a Don Doroteo el resultado de mis largas y agobiantes pesquisas. Cogí el primer autobús que salía a la capital y me recosté, en mi asiento número seis, satisfecho de poder renunciar con todos los honores al humillante trabajo que se me ofrecía en ese bufete del corrupto don Doroteo. Me imaginaba la cara que pondría mi jefe cuando le dijera que la famosa herencia no era para la familia Zurita, sino para los dueños

verdaderos de la tierra y las haciendas. Esa noticia, pensaba, le causaría el dolor hepático de un gancho al hígado, el más ardiente que jamás hubiera sentido.

Fueron pasando las horas y la línea blanca recortada de la carretera se hizo infinita, nos conducía por pendientes muy empinadas, por curvas muy cerradas, el chofer al ritmo de su música ranchera pisaba el pedal del acelerador y el freno, de vez en vez usaba la palanca de cambios para acompañar el ritmo emitiendo un sonido de guajiro con el cigüeñal del vehículo. El cielo se fue pintando de un rojo de fuego, como el que habíamos visto don Juvencio y yo. Transcurrían los kilómetros y recorríamos lentamente los minutos y las horas.

La vegetación se iba petrificando, formando en su pecado de Sodoma, casas de adobe, de cartón y cuevas. Había enormes basureros que contaminaban el aire, calles pavimentadas y gigantes de hormigón, fachadas de yeso, luego mármoles y hierro, alabastro y grandes rascacielos. El cielo estaba más ardiente que nunca y los pocos tonos azules del cielo daban la impresión de que se estaba calentando la bóveda celestial con un soplete.

Me eché una cabezadita y vi esa imagen de mujer morena, con un cuerpo esbelto y grácil, caminando entre las olas del viento con su pelo ondulado, sus piernas largas apoyadas sobre las puntas pisando la tierra con delicadeza. Su cabellera oscilando como la espesura frondosa de los árboles. Oía su risa inocente y a la vez provocadora, sentía su mirada de miel cristalina. Esas sensaciones me hacían temblar apasionado. Trataba de abrazarla pero entre menor fuera la distancia que nos separaba, más efímera se hacía su figura. Cuando trataba de tocarla se desvanecía por completo y quedaba el eco de una risa de alegría, luego decía "Búscame, búscame".

Comprendí entonces que era la patria, era la madre deseada por todos, de la que nacíamos todos y a la que volvíamos tarde o temprano después de las largas ausencias. Tenía el rostro de María de las Nieves, luego se cambiaba al cuerpo de María Elena y al final tenía el aspecto fresco y joven de María del Pilar. Esa imagen era la de la madre comprensiva a la que regresa el niño regañado, el estudiante repudiado y sometido, el obrero explotado y oprimido, el hombre fracasado y honesto, el boxeador noqueado, el barrendero por circunstancia, el desengañado y todos los seres que la sentían tan dentro de sí que no podían prescindir de ella.

Esa bella imagen era el deseo erótico y a la vez puro e inmaculado, un amor de

respeto y fidelidad. Pensé que no importaba cuanta maldad surgiera de las cabezas locas sobre las que me había hablado Juvencio, lo importante era que ella nunca desapareciera, que la tuviéramos siempre a mano enarbolando la bandera, entonando el canto de los trinos al pie del cañón.

De pronto me despertó la agitación y el temor que había asaltado a los pasajeros del autobús. Nos comenzaron a adelantar unas camionetas negras con los cristales polarizados que iban cortando el aíre como si fueran lanzas de obsidiana, al pasar dejaban un zumbido retrasado que los perseguía como si fuera un enjambre de abejas enloquecidas. A su paso, iban dejando una ondulante estela blanca, obnubiladora, aromática y seductora con textura de talco, el chofer levantaba la nariz como si fuera un sabueso de caza y siguiera el rastro que dejaba la nubecilla blanca. Inesperadamente, nos emparejaron el paso coches militares retacados de soldados de ónix, que iban armados hasta los dientes, con escopetas y ametralladoras, con cuchillos brillantes y pistolas, con ristras de granadas atadas al cuello, bazucas y hasta pequeños cañones. Eran los nuevos federales que iban a entrar en campaña contra unos enemigos rebeldes.

Ningún soldado llevaba el rostro desnudo porque se lo cubrían con una máscara o con un pasamontañas. Empezaron a producirse tronidos cada vez más estridentes. A través de la pantalla del parabrisas del autobús, noté que el cielo comenzaba a llenarse de humo, por fin el sol había logrado incendiar la tapa de la Tierra. El camionero no disminuía la velocidad y unas balas perdidas arañaron la carrocería gris, de pronto impactamos contra algún artefacto explosivo y nos quedamos sin techo, el conductor salió volando. Un hombre trajeado con bigote recitaba de memoria unas palabras aprendidas a la perfección, nos decía que estábamos traspasando a otra dimensión, que se había borrado la línea de la frontera entre el espacio y el tiempo.

"Se ha cumplido. El complot contra nuestra gente, ha empezado. Bienaventurados aquellos que creen en su madre patria, que serán los únicos que sobrevivirán a la maldición extranjera. Recen por sus hijos para que las plagas no los destrocen. Salven sus raíces, no se dejen vencer."

Luego, el hombre se fue evaporando como una nube de humo. Los pasajeros, como pudimos, nos apeamos buscando un refugio que nos protegiera de las balas. Un soldado con ojos de zombi nos puso a salvo detrás de un muro de rocas.

-No se muevan de aquí que nos están contragolpeando.

-¿Quiénes? ¿Qué pasa? ¡Explíquese mejor!

-Son las cabezas. Las cabezas degolladas, infestadas. Ahora se ha formado un ánima del crimen que vaga hambrienta de sangre. Luchamos todos contra todos, nos matamos por que sí, sin causa alguna. Ya no hay tierra virgen que no conozca el dolor y la desesperanza. Esa es la herencia, ¡La herencia!

No tuvimos fuerzas ni valor para hablar y nos replegamos lo más que pudimos a las sangrantes rocas. Mis labios temblorosos, emitían algo que parecía un rezo pero sonaba como un nombre.

FIN.